

**Jubileo Dominicano
2006-2016**



3

**Las Dominicas
y la Predicación**



PRESENTACIÓN DE LA CARPETA

“Ve y dile a mis hermanos...” (Jn 20,17)

Nos encontramos haciendo camino, fieles al mandato de Jesús, un camino iniciado hace 800 años por Domingo y que quiere ensamblarse, fusionarse, con el del Maestro que es el Camino, la Verdad y la Vida, y hacer realidad en el mundo su Mensaje, su Proyecto.

El año 2012, dentro del proceso jubilar que la Orden está celebrando hasta el año 2016, dedicamos especial atención a la identidad de las hermanas dominicas, como mujeres predicadoras dentro de la Familia Dominicana.

Esta tercera carpeta que presentamos lleva por título **“Las Dominicas y la Predicación”**. Hoy cada vez es más clara la convicción de que necesitamos complementar la visión teológica y la predicación de la Palabra desde las perspectivas masculina y femenina.

La carpeta presenta textos a distintos niveles. Los primeros (1-11) abordan una breve reflexión desde la teología. Se inicia con una carta del Maestro de la Orden y otros documentos de la presencia de las mujeres en la predicación. También se reflejan algunos elementos o aspectos concretos de la predicación enfocados desde una visión femenina. Son motivo de alegría las presencias cada vez más numerosas de Dominicas en el campo de la teología.

Le siguen unos textos (12-13) que recogen lo que dice nuestra legislación (Constituciones y Actas capitulares de diferentes Congregaciones y de las Monjas) cuando habla de la predicación. En todos ellos queda claro que la predicación es parte importante del ideal de vida y de los proyectos concretos de las hermanas.

Los últimos textos (14-23) recogen distintos testimonios de predicación. Se trata de presencias que son predicación en sí mismas, foros donde las hermanas predicán y asumen el reto de hoy y de siempre: acercarnos vitalmente y acercar a nuestros contemporáneos a Jesús y su proyecto de vida, Jesús como Camino, como Verdad y capaz de transmitir Vida. Vida digna y abundante para todos.

Ojalá estos materiales nos sirvan para reflexionar sobre nuestra vocación de predicadores, y nos ayuden a renovar nuestra vida y misión desde la invitación que María Magdalena recibió aquella mañana de la resurrección: *“Ve y dile a mis hermanos...”* (Jn 20,17).



ÍNDICE

01	Carta del Maestro de la Orden para el jubileo 2012	<i>Bruno Cadoré, O.P.</i>
02	Las mujeres dominicas en el mundo de hoy	<i>Mary O'Driscoll, O.P.</i>
03	Mujeres predicadoras: alumbrar la palabra	<i>Eloísa Braceras, O.P.</i>
04	Mujeres dominicas, predicadoras en el mundo	<i>Alejandra Marabotto, O.P.</i>
05	El silencio, tierra fértil para la predicación	<i>Monjas Dominicas</i>
06	María Magdalena en las narraciones evangélicas	<i>Carmen Lanao, O.P.</i>
07	Catalina de Siena: profeta en medio de la Iglesia	<i>Mary O'Driscoll, O.P.</i>
08	Una mujer que predica en el contexto de una cena	<i>Maritzé Trigos, O.P.</i>
09	Hijas e hijos de Domingo hacen teología juntos	<i>Varios autores</i>
10	La liturgia: plataforma de predicación	<i>Inmaculada Egüés, O.P.</i>
11	La mujer, llamada a dar vida	<i>Judith León Guevara, O.P.</i>
12	Textos de las constituciones de las monjas y hermanas	
13	Textos de las actas de los capítulos generales	
14	La predicación dominicana en la educación	
15	Una entrega a todo riesgo: mártires del Congo	<i>Nieves Campión, O.P.</i>
16	Testimonio de las monjas contemplativas de clausura	<i>Monjas de Toro (Zamora)</i>
17	¿Cómo predicamos en comunidad?	<i>Dominicas de Racine</i>
18	Verdad en el amor	<i>Silvia Bara, O.P.</i>
19	Retazos de predicación misionera	<i>Celestina Veloso, O.P.</i>
20	Allí está Dios	<i>Valeria María Nougues, O.P.</i>
21	Las dominicas y la predicación	<i>Edvige Tamburini, O.P.</i>
22	Humanizando las cárceles	<i>María Basterra, O.P.</i>
23	Ministerio de predicación en Naciones Unidas	<i>Lucienne Siers, O.P.</i>



“¡Ve a decir a mis hermanos!” (Jn 20,15): Las dominicas y la predicación¹

Fr. Bruno Cadoré, O.P.

Es esta llamada de Cristo a María, al alba de la resurrección, la que ha sido elegida como tema de este cuarto año de la novena que nos prepara a la celebración del Jubileo de la Orden. Con el título “las dominicas y la evangelización”, este año nos invita, por tanto, a poner el anuncio de la resurrección en la fuente misma de la misión de nuestra Orden.

Lo primero que esta frase tan sencilla de Cristo despertó en mí, fue el recuerdo de la emoción que sentí, hace algunos años, en la iglesia de un pueblo de Irak. El alba había apenas despuntado y nos preparábamos para celebrar el ingreso al noviciado y la profesión de algunos hermanos jóvenes. Esperando aquel momento, se encontraban ya allí en la iglesia una gran cantidad de mujeres, y entre ellas madres, hermanas, amigas, hermanas apostólicas y laicas dominicas. Todas juntas, llenaban la iglesia con el denso silencio de su oración, mientras que alrededor nuestro, todo el país sufría el caos, la violencia y las amenazas. En el silencio, en presencia del Padre, estas mujeres oraban con una intensidad tal que, en el corazón del caos que devastaba el país y lo desgarraba con todo tipo de divisiones, ellas eran portadoras de la certeza de que nada puede acallar el mensaje de la vida. Un día, en este mundo, despuntó una aurora por el nacimiento, en el país de Judea, de un niño, Príncipe de la Paz. Su venida ha rechazado para siempre las tinieblas, a pesar de las apariencias, y la noche fue definitivamente destrozada cuando, desde lo más hondo de la muerte infligida, Él entregó su vida. Muy a menudo, en estos lugares del mundo donde la violencia pretende destruir y destruir todos los lazos sociales, las mujeres, las madres, están allí como guardianas de la vida que dan testimonio de que a pesar de las apariencias, nadie puede pretender hacerse dueño de una vida, que se recibe ante todo para ser entregada. ¡Ve a decir a mis hermanos! Diles la fuerza de la vida, la historia inaudita de la humanidad que, día tras día, nace de nuevo en el Espíritu de la vida ofrecida, hasta la Pasión, para la Resurrección. Estas mujeres de Irak manifestaban el horizonte de la misión de evangelización: inscribir en el corazón de la historia humana el gozo y la esperanza en la vida entregada de Cristo para que el mundo viva, y aprender a ser sus testigos.

En la familia dominicana, las mujeres -monjas, hermanas apostólicas, laicas dominicas, miembros de Institutos seculares- aportan una contribución esencial a la misión de evangelización de la Orden. Más que hablar de predicación, opto por la definición de nuestra misión dada en la época de la fundación de la Orden: totalmente entregados a la evangelización de la Palabra de Dios. Somos de la familia de los “predicadores”, hombres y mujeres, ante todo porque comprometemos nuestra vida en esta aventura de la evangelización que, de algún modo, cada uno según su estado de vida y su ministerio, define “la vida” que deseamos llevar antes que describir “acciones”.

“¡Ve a decir a mis hermanos!” Por medio de este envío, Cristo encomienda a María y a las otras la tarea de invitar a la Iglesia a nacer de la predicación. Esto evoca para nosotros la primera intuición de la predicación que será fundadora de la Orden. En los primeros tiempos de esta nueva aventura de evangelización dirigida por Domingo son también, de hecho, algunas mujeres quienes vinieron para unirse a él, y luego algunos laicos, como para dar desde el comienzo la figura que debe tomar la evangelización: una especie de “pequeña Iglesia”, de comunidad reunida por la fuerza de la Palabra escuchada, reunida para escuchar juntos esta Palabra y llevarla al mundo. Como en la vida de Jesús -tal como escribe Lucas (Lc 8,14)- la comunidad se reúne al mismo tiempo que tiene la intuición de transformarse en una “comunidad para la evangelización”. Ya desde el origen, y por extraño que pueda parecer en aquella época, algunas mujeres formaban parte de la comunidad que se había reunido en torno a Jesús. Las categorías del mundo no tienen espacio cuando se trata de ser discípulos. Imaginemos esta comunidad que se constituye siguiendo a Jesús en el primer camino de la evangelización. La misma se reúne más allá de las debilidades, faltas, pecados, fragilidades que pueden ser sanados únicamente por Jesús. Y es a causa de su misericordia probada en tan diversos modos que se establece la santa predicación. Viéndolo vivir y enseñar, los discípulos probablemente tuvieron la ocasión de compartir sus experiencias de encuentro personal con Él. Y las mujeres del Evangelio tuvieron entonces la ocasión de testimoniar las palabras que Él les había dirigido: Palabra de anuncio de la resurrección, de reconocimiento

de la fe y de promesa de salvación, palabra de vida y de perdón, de sanación y de confianza. Él les hablaba así, llegando al corazón mismo de su ser femenino, de su familiaridad con la vida engendrada, de su capacidad de cuidar y proteger la vida frágil, y también a su fuerza de confianza en la creatividad y la resistencia de la vida. Esas mujeres estarán con Él en los caminos de la enseñanza, así como también estarán con Él en el camino que lo lleva al Calvario; ellas esperan en el jardín de la tumba, así como estarán en el camino, yendo deprisa a anunciar a los apóstoles que Él ha resucitado. La misión de evangelización tiene necesidad de este testimonio y de este anuncio para saber cómo hacer escuchar al mundo una Palabra que lleva en sí misma la vida.

Desde su fundación, cuando las primeras “dominicas” vienen para unirse a Domingo y nace la “santa predicación de Prouilhe” nuestra propia “comunidad para la evangelización”, que es la familia dominicana, tiene necesidad de estar compuesta por hombres y mujeres, religiosos y laicos, porque ella necesita ser imagen de la primera comunidad que camina por los caminos con Jesús, que aprende de Él cómo amar el mundo y cómo hablarle, cómo buscar al Padre y cómo recibir todo de Él. Todos juntos, en la diversidad y la complementariedad, así como en el respeto mutuo de las diferencias y la voluntad común de una igualdad entre todos, tenemos que realizar este “trabajo de la fraternidad” del que debemos ser signos en el mundo y en la Iglesia. Una fraternidad que sabe que el igual reconocimiento de cada uno se ve a menudo afectado por la mundanidad. En particular, hay mucho que hacer todavía para que, en distintos lugares, la palabra de las mujeres, tenga el mismo valor que la palabra de los hombres, para que sean rechazadas todas las injusticias y las violencias que sufren, todavía hoy, tantas mujeres en el mundo. Las dominicas, en la aventura de la “santa predicación” tienen ciertamente la tarea de recordar, contra viento y marea, que el mundo no puede sentirse “en paz” mientras estas iniquidades no se hayan resuelto. Hay que aprender a ser hermanas y hermanos, a identificar las injusticias, a combatirlas, a través del largo y bello trabajo de escucha y de mutua estima. Pero ellas tienen también que ser signos de que la evangelización no es primeramente una cuestión de ministerio sino una invitación a una cierta manera de vivir, enteramente dedicada a que la Palabra de Dios sea una buena nueva para el mundo. En el fondo, a menudo dedicamos tiempo para examinar primero lo que nos distingue en la familia dominica. Estemos atentos ante todo a lo que nos reúne y nos une: la gracia de la Palabra de Dios, su verdad y su fuerza, su vida y su misericordia. ¿Las dominicas y la predicación? Es ante todo el deber que tenemos todos de compartir con ellas lo que reciben y realizan de la gracia de “la evangelización de la Palabra de Dios” para que la comunidad se construya y se consolide en una misión común.

Porque, hablar de dominicas -monjas, hermanas, consagradas y laicas- es ante todo hablar de la parte inmensa que han tenido y tienen todavía hoy en este trabajo de la evangelización, en este engendrar la esperanza por medio de “la evangelización de la Palabra de Dios” en el mundo. Los lugares de oración y de fraternidad, de contemplación y de hospitalidad que son los monasterios de la Orden son las primeras piedras de la predicación. En estos lugares, las llamadas y las necesidades, las penas y las esperanzas del mundo entero, son recogidas en la oración y presentadas al Padre. La contemplación dominicana es así, total y profundamente, predicación. Es imposible enumerar los innumerables compromisos, amistades y obras realizados por las hermanas apostólicas de la Orden. Son siempre presencias y actos que hacen de la Palabra una buena nueva para sus contemporáneos. Con la preocupación específica de encontrar cómo traducir el deseo de que “se encienda el fuego” de la gracia del Espíritu en este mundo. Preocupación manifestada a lo largo de los siglos por sus fundadoras o fundadores, en contextos en los que el lugar y el reconocimiento de las mujeres no eran evidentes. En el caso de las hermanas laicas, en sus familias, sus grupos de amistad, los lugares de su profesión, es siempre esta gran creatividad y diversidad que se manifiestan para hacer ver y escuchar la Palabra como una buena nueva de la que puede nacer la esperanza de la resurrección.

Al hablar de las dominicas y la predicación, no es mi deseo desarrollar aquí el tema de la complementariedad, tan evidente, ni tampoco el del ministerio ordenado de la predicación. Como habrán ya comprendido, la cuestión no es ante todo lo que se hace, sino lo que se aporta al bien común de la santa predicación, y cómo todos juntos podemos organizarnos para recibir lo que es ofrecido. Las dominicas, creo -pero les corresponde a ellas expresarlo- aportan a la santa predicación una experiencia específica de la relación a Cristo, una manera particular de estudiar la Palabra, un modo preciso de organización de su fraternidad, una vulnerabilidad a lo que hace nacer y morir el mundo que les es propio, una manera de decir Dios. Ellas aportan también la gran diversidad de las interpretaciones de la intuición dominicana tal como sus fundadoras se las han transmitido, y de manera especial una comprensión fulgurante, en un momento dado de la historia humana, de la actualidad de la intuición de Domingo en tal o tal contexto o medio, para una u otra tarea del servicio de la humanidad. ¡Ve a decir a mis hermanos! Esto sería quizás lo que tendrían que enseñarnos nuestras hermanas, laicas y religiosas. Esto sería también, sin duda, lo que los hermanos podrían tener ganas de aprender. Aprender juntos el mundo, y en este año muy particularmente, los hermanos gracias a las hermanas y las hermanas entre ellas, más allá de las divergencias, para dejar que se abra en el corazón de

la santa predicación de hoy, una sed de la Palabra de resurrección. En una familia, los vínculos más sólidos y más bellos son a menudo los que se tejen a través del compartir gozos y penas, por la ofrenda mutua de las amistades compartidas, por el apoyo mutuo, cuando la prueba del mundo nos hace dudar de saber cómo encontrar nuestro futuro en él. En la familia, ¿no son a menudo las mujeres las que establecen los vínculos, ellas que son garantes del vínculo entre los seres, porque ellas engendran a la vida, ellas las que inspiran la confianza necesaria para que el conjunto de los miembros tengan el deseo de nacer de nuevo en la fraternidad y en la filiación? Y para nosotros, en la familia de Domingo, el deseo de aprender a escuchar y a amar el mundo como hijas e hijos del Padre y como hermanas y hermanos de la humanidad, el deseo de ser, en este mundo, como “sacramentos de la fraternidad”.

“¡Ve a decir a mis hermanos!” Me parece que al hablar de las dominicas en su relación con la predicación, hay que evocar la experiencia difícil que tienen hoy en día varias congregaciones de hermanas apostólicas y varios monasterios de la Orden. Después de años de despliegue y desarrollo, he aquí que no se anuncia un relevo para el futuro. Debemos atravesar esta prueba reunidos, sosteniendo a la vez a cada uno en su especificidad y su autonomía, pero también dando testimonio de que la misión de la predicación realizada juntos es, por un lado, deudora de todo lo que ha sido sembrado y, por otro lado, es más grande que la misión específica de una institución determinada. No ignoro que puede ser difícil afrontar concretamente esta prueba, de manera realista y creativa, sin resignación y sin obstinación. Tenemos que “pasar” del lado de la verdadera esperanza de la vida, cuando algo de la muerte se deja percibir, cuando hay que cerrar casas en gran número y enterrar tantas hermanas queridas. Para realizar este paso tenemos absoluta necesidad de mantenernos solidarios y unidos a fin de preparar el futuro de la misión de la santa predicación a partir de las fuerzas actuales. Sin soñar lo que dichas fuerzas ya no son, sin determinar lo que ellas deberían ser. Sino recibiendo, simplemente, la gracia de las vocaciones dadas y ordenándolas a la misión común realizada por todos. La consagración y la vida religiosa deben abrir nuestra esperanza a las dimensiones del mundo, y para el mundo, y guardarnos de vivir paralizados ni por el recuerdo de las glorias pasadas, ni por las dificultades presentes. Se escucha a menudo decir que, en muchos lugares del mundo, la vida religiosa apostólica y por tanto también dominicana envejece mucho y que no podrá renovarse como fue en el pasado. Ciertamente. Pero hay una gran aventura por vivir en la vejez, que puede dar gracias de haber sido tan fecunda para la vida de la Iglesia y de tantas comunidades humanas: ¿podemos juntos, aprender a dejarnos llevar por la ligereza de la acción de gracias en lugar de desalentarnos por el peso del futuro perdido? Por encima de todo, y estamos todos convencidos de ello, la santa predicación tiene necesidad, una necesidad absoluta, de la contribución de mujeres dominicas que consagren a ella totalmente su vida: es por tanto reunidos, y a partir de lo que ya está muy vivo, que debemos preparar los posibles marcos de esta predicación. Esta necesidad, esta urgencia, de llamar a las mujeres a unirse a la misión de la Orden bajo sus diferentes formas posibles, es algo que atañe a todos los miembros de la familia dominica, tanto hombres como mujeres.

Como en el tiempo de la predicación de Jesús, como en los tiempos apostólicos, como también en el tiempo de la fundación de la Orden, en un tiempo en el que la Iglesia subraya la urgencia de la evangelización, la familia de Santo Domingo, “familia para la evangelización” tiene, hoy más que nunca, el deber de dejarse constituir por la fraternidad que “predica la Palabra”. Ve a decir a mis hermanos...

¡Un buen y feliz año para todas y todos!

Roma, 13 de enero 2012



Las mujeres dominicas en el mundo de hoy¹

Mary O'Driscoll, O.P.

La llamada a la predicación

No hay ninguna duda de **que la llamada a ser una Dominica es una llamada a ser una predicadora**. Las Constituciones Primitivas de la Orden nos dicen: "Esta Orden fue fundada para predicar el Evangelio", y el Documento de Bolonia redactado para toda la Familia Dominicana nos recuerda que "nuestra misión particular es la proclamación de la Palabra de Dios". Las recientes declaraciones sobre las prioridades apostólicas de la Orden nos llaman a estar atentas constantemente al hecho de que para nosotras las Dominicas la "prioridad de todas las prioridades" es predicar. Pertenecer a la Orden de Predicadores y no ser un predicador es por lo tanto una situación insostenible.

¿Qué es, entonces, una predicadora? Se pueden dar muchas respuestas a esta pregunta. La que prefiero es la que describe a una predicadora como alguien que sabe que le ha sido confiada la Palabra de Dios para los demás: alguien que siente urgencia por decir la palabra de la verdad, el amor, la misericordia y la justicia que ella misma ha recibido de Dios en Cristo Jesús. Alguien que, como Pablo, sabe que no debe negarse a proclamarla, aun cuando ella se sienta incapaz o pecadora. Domingo fue un predicador, Catalina fue predicadora, como también Vicente Ferrer, Fray Angélico, Bartolomé de Las Casas, Rosa de Lima, Henri Lacordaire, Catherine Sanzo de China, Margaret Hallahan, Louis Joseph Lebret y otros innumerables en nuestra historia dominicana. ¿Somos nosotras predicadoras? ¿Tenemos nosotras el mismo ardor y deseo compulsivo que tuvieron ellos para compartir con los demás la Buena Noticia que nos ha sido confiada? Si no lo tenemos, las letras "O. P." detrás de nuestro nombre no responden a la realidad, son una burla.

Por supuesto, necesitamos recordar que la Palabra de Dios puede ser predicada de mil maneras distintas. A menudo cuando ustedes mencionan la palabra predicación, algunas personas inmediatamente piensan en un púlpito u otro lugar formal. Pero la Palabra de Dios puede proclamarse en cualquier parte donde la gente se reúna y aún hasta donde haya una sola persona. El capellán del hospital puede ser un predicador. También el maestro y el profesor de secundaria, el director de retiros, el animador en la comunidad, el que trabaja en la pastoral, el cocinero, el que visita las cárceles, el escritor, el artista, el jubilado y la hermana enferma. Vicente de Couesnongle, cuando era Maestro de la Orden, nos recordaba que el púlpito no es a menudo el mejor lugar para predicar el Evangelio. Siempre estaba diciendo a sus hermanos dominicos que necesitaban buscar **nuevos lugares de predicación** porque no pueden estar contentos al "predicar solamente desde un púlpito dentro de una Iglesia".

Aunque podamos entristecernos de que como mujeres, pertenecientes a los no-ordenados en la iglesia, se nos niegue jurídicamente el derecho a predicar en el contexto de la celebración eucarística y haber tenido consecuentemente que encontrar nuestros lugares de predicación fuera del edificio de una Iglesia, podemos estar felices al saber que a causa de esto **hemos aprendido a ser flexibles y creativas en nuestra predicación**. Este siempre ha sido el caso de las mujeres en la Orden. Piensen, por ejemplo, en Catalina de Siena. Si alguna vez hubo alguien que experimentó la urgencia de predicar el Evangelio, ésta fue Catalina. Si alguna vez hubo una mujer que estaba atenta a los nuevos lugares de predicación, fue ella.

Pero Catalina no fue la única mujer Dominica en nuestra historia con el carisma de predicar de nuevas maneras y en nuevos lugares; más bien, esto ha sido característico de muchas de nuestras mujeres. A través de nuestra historia me ha deleitado descubrir mujeres entusiastas en cada siglo desde el comienzo de la Orden quienes en respuesta a las necesidades concretas de sus contemporáneos, particularmente los pobres y los marginados, fueron movidas a salir para compartir con ellos la Buena Noticia del amor de Dios. Y me parece a mí que a causa de que estas mujeres eran libres de status clerical en la iglesia podían a menudo expresar, más libremente y creativamente que sus hermanos, la misión de la Orden de predicar el Evangelio. Como ellas, nosotras también nos encontramos en mejor situación para responder al llamado de la Orden a estar siempre alertas a los nuevos y relevantes lugares de predicación.

Hoy, cuando buscamos relevantes lugares de predicación, hacemos lo que siempre se ha hecho en los

mejores momentos de predicación en la Orden, a saber: buscarlos en el contexto del mundo real en el cual vivimos.

Mujeres predicadoras

¿Se nota alguna diferencia en la tarea de predicar el Evangelio cuando lo hace una mujer y no un hombre? Pienso que sí. Al hacer esta afirmación por supuesto reconozco que mucho de lo que denominamos experiencia femenina, mucho de lo que involucra "ser-mujer" en nuestra sociedad no es intrínseco sino que ha sido adquirido a través de un largo proceso de acondicionamiento. Se sabe generalmente que aparte de diferencias puramente biológicas entre los sexos, la mayoría, si no todas, de las otras diferencias son relativas a una cultura dada. No obstante, sin entrar en la materia, pienso que todas estaríamos de acuerdo que, la cualidad de "ser-mujer" le da un color especial a la existencia de una persona, y que consecuentemente el "ser-mujer" le da un color especial al ser dominica, como obviamente, "ser varón" le da un color especial al ser dominico. Sé que es difícil señalar con exactitud qué es este color especial, aunque pienso que todas somos conscientes de que hay una diferencia entre la manera en que una mujer proclama y revela la Palabra de Dios y el modo en que un varón lo hace, no necesariamente mejor, ni peor, sino diferente. Piensen por ejemplo en la diferencia entre la predicación de Domingo y Catalina. Cuando una mujer dominica proclama la Palabra, si es fiel y verdadera, debe hacerlo desde su propia experiencia de cómo ilumina la condición humana y desde su experiencia femenina de la condición humana.

Recuerden que Domingo, en respuesta a las apremiantes necesidades de su época decidió permanecer en el sur de Francia y convertirse en predicador de la Verdad y el Amor de Dios. Con su Obispo Diego, se dio cuenta de que la condición más importante para una predicación efectiva era un estilo de vida Evangélico. Sabía que, solamente tendría derecho a predicar el Evangelio si primeramente lo vivía. Por eso hizo una elección muy consciente en favor de una vida evangélica sencilla. Esa elección clave y la consecuente vivencia de ella por parte de Domingo y de quienes lo seguían, ha dado forma para siempre a la comprensión dominicana de la predicación. A través de esto, Domingo ha demostrado que el contexto esencial para la predicación Evangélica es la vivencia evangélica a imitación de Cristo, el predicador por excelencia. Edward Schillebeeckx, de acuerdo con esto ha señalado muy bien que "la fidelidad a la praxis de vida de Jesús mismo" es precisamente "fundamento de una proclamación del Evangelio llena del Espíritu" pues es sólo a la luz de la experiencia evangélica que cualquier cristiano tiene derecho a proclamar la Buena Noticia.

Un estilo de vida evangélica

Tomando a Jesús como modelo según se presenta en los Evangelios, descubrimos que un estilo de vida evangélica tiene **tres dimensiones esenciales**. Reflexionemos sobre ellas en la medida en que se relacionan con nuestra vocación Dominicana.

a) Una vida de sencillez

Cuando hablamos de una vida **sencilla** tenemos en mente una **vida libre de cosas superfluas de cualquier clase**. Cuando Domingo decidió permanecer en Francia y dedicar su vida a la predicación del Evangelio, se dio cuenta rápidamente de que la razón por la cual los abades cistercienses, que habían estado trabajando en la zona durante algún tiempo, no habían logrado nada, era su modo lujoso de vida. Una de las primeras acciones de Domingo, por eso, fue deshacerse de sus caballos y otras posesiones innecesarias y así poder vivir pobremente.

Desde ese momento en adelante la pobreza evangélica ha estado íntimamente conectada con la predicación evangélica en la comprensión dominicana de la misión. "Predicación en la pobreza" es como fue descrita la tarea de la Orden en la Bula Papal de aprobación. Nuestra pobreza, consecuentemente, es para bien de nuestra predicación y nunca es un fin en sí. Al escribir esta condición en las Constituciones Primitivas, Domingo se inspiró en el capítulo diez del evangelio de Mateo, donde Jesús al enviar a sus discípulos a anunciar la Buena Noticia, les dice que no lleven con ellos nada más que lo esencial.

Estar libre de todo equipaje innecesario (lo que es una manera de describir la pobreza) debe ser una característica de la predicadora dominica. Santo Tomás ha definido la vida de un predicador como una vida en la cual se abandona todo para ir por todo el mundo anunciando y predicando el Evangelio.

b) Una vida de compasión

La segunda característica de la praxis de Jesús que se nos pide como predicadoras del Evangelio es **la**

compasión por todo el que sufre. Domingo tuvo esa compasión. Se nos cuenta que estaba siempre alegre, su cara siempre feliz y radiante, excepto cuando se encontraba con cualquier clase de sufrimiento. Muchos biógrafos singularizan la compasión como la cualidad que más caracterizaba a Domingo. A causa de esto, su tarea y la nuestra se describe en términos de predicar un Evangelio de misericordia. Como en ningún período de la historia nuestro mundo angustiado necesita oír el Evangelio de la misericordia. Nosotras dominicas seremos conscientes, por lo tanto, de que en nuestro ministerio de predicación, la palabra que sobre todo debe ser proclamada es la palabra de la compasión. Al dirigirse a las dominicas el Padre de Couesnongle sugiere que dentro de la Orden, las mujeres están particularmente capacitadas para esta tarea. Él nos pregunta "¿es la misericordia realmente una fuerza vital entre nosotros?... ¿una fuerza enraizada profundamente en nosotros, una inquietud profundamente sentida? ¿Es algo que nace de la tristeza humana y nos atrapa, sacándonos de nuestras costumbres normales, nuestro modo común de vida, obligándonos a cambiar nuestra conducta y provocando insomnio en la noche? El mundo moderno está clamando por este mensaje.

¿Cómo se manifestarán la misericordia y la compasión? Para comenzar, en un mundo donde hay tanta injusticia y opresión, se pedirá a las dominicas que se pongan al lado de aquellos que sufren y que tomen su causa como algo propio. De esta manera, las mujeres podremos mirar más allá de nuestra propia liberación de la opresión hacia la liberación de todos los oprimidos. En realidad, cualquier experiencia de opresión nuestra puede provocar un nuevo entendimiento de los mecanismos sutiles que destruyen a la gente en nuestra sociedad y una identificación con todos los oprimidos del mundo. Si nos faltan ese entendimiento e identificación, entonces necesitamos acercarnos aún más a aquellos que sufren para ver mejor su sufrimiento. Es precisamente la virtud de la compasión la que nos capacita para acercarnos aun intuyendo que lo que está allí nos perturbará.

Como predicadoras sensibles del Evangelio las dominicas somos llamadas a ayudar en el proceso de liberación de todas las mujeres. Al hacerlo, vamos a encontrarnos involucradas cada vez más en situaciones donde, desde un profundo sentido de compasión y solidaridad, no podremos contenernos sino que más bien seremos impulsadas a hablar proféticamente.

c) Una vida de disponibilidad

En tercer lugar, un modo de vida evangélica se caracteriza por una actitud de disponibilidad hacia los otros. Santo Tomás describe el estilo de vida de Jesús como de constante disponibilidad a todos los que lo necesitaban. Me gustaría relacionar lo que tengo que decir aquí sobre la disponibilidad evangélica con la predicación itinerante en nuestra Orden Dominicana. La predicación itinerante, que se modela en la vida de Jesús y sus discípulos que iban de un lugar a otro llevando la Buena Noticia de salvación, implica un deseo de no establecerse, de estar siempre dispuestos a ir a nuevos lugares de predicación.

Buscar a aquellos cuyos lamentos oímos y estar dispuesta a caminar compasivamente con ellos, es una forma de predicación itinerante para la cual las dominicas somos muy idóneas, y en la cual ya estamos comprometidas. Caminar un tiempo junto con otro ser humano necesitado, en la compasión y la solidaridad, seguramente forma parte de la tarea y privilegio del predicador itinerante.

A veces, cuando compartimos parte de su camino con otra persona desde la compasión puede parecer casi lo opuesto a ser itinerante, porque puede significar estar presente aun cuando hay poco que podamos hacer. Pienso que las mujeres lo hacemos bien. En muchas situaciones de la vida, especialmente las confusas, las dolorosas, las que nos dejan sentimiento de impotencia, a las mujeres nos resulta fácil estar allí, en la misma impotencia, sufriendo en solidaridad con los demás, disponibles a dar una palabra de esperanza y consuelo cuando pueda ser escuchada. Los varones tienden frecuentemente a apartarse de estas situaciones cuando descubren que no pueden hacer nada. Esto es exactamente lo que sucedió en el momento de la Resurrección. Hombres y mujeres, ambos, vinieron al lugar donde Jesús había sido sepultado. Los hombres vieron la tumba vacía y se fueron; Jesús no estaba allí, no había nada que pudieran hacer. María Magdalena también vio la tumba vacía, pero ella se quedó. Se quedó en el lugar, triste, sin fuerzas, tal vez sintiendo un poco de desesperanza, queriendo estar cerca del lugar de sufrimiento de Jesús. Y ella fue la que lo encontró y a quien le fue dada una palabra de esperanza y alegría para transmitir a los otros discípulos.

La conciencia teológica

Un estilo de Vida Evangélica que se expresa en la sencillez, la compasión y la disponibilidad es entonces el primer y más importante criterio para toda predicación dominicana auténtica. Pero hay también otro criterio, llamado, **conciencia teológica**. Domingo actuó en base a este criterio cuando con sus primeros compañeros

golpeó la puerta del teólogo inglés, Alexander Stavensby, en Toulouse y pidió aprender del maestro. Domingo siendo ya un predicador de experiencia y conocimiento, sabía que para ser fiel a este llamado necesitaba aprender y estar abierto a nuevas ideas toda su vida. En el pasado, a causa de la falta de competencia teológica, las mujeres, como también los hombres laicos, han sido excluidas de la predicación. Pero, en estos días, cuando esa competencia es accesible para todos, es posible para las mujeres cumplir también esta condición, y así ser predicadoras del Evangelio. Este hecho establece un nuevo desafío, como también una nueva invitación, a las mujeres de la Orden. Y si queremos predicar una palabra relevante a nuestros contemporáneos, necesitamos, también, hacer de las situaciones de vida, las propias y las de los demás, una fuente de nuestra teología.

Esta manera de hacer teología que, además de los libros, tiene como herramientas una fe viva y una capacidad para reflexionar sobre lo que está sucediendo en nuestra vida diaria y la de los otros es un modo idóneo para nosotras como mujeres. Al no pertenecer al estado clerical y por ser mujeres muy frecuentemente tenemos más acceso directo a muchos lugares donde la vida, con su dolor y alegría, se está viviendo en un nivel profundo.

No olvidemos nunca, no obstante, que aun cuando hagamos nuestra propia teología en medio de la vida donde Dios está trabajando, también podemos aprender de aquellos a quienes hablamos porque ellos también pueden hacer teología.

Dimensión contemplativa

Al principio describí al predicador como aquel que sabe que le ha sido confiada la Palabra de Dios para los otros. Hasta ahora nos hemos concentrado en la parte de "para los otros". Pero antes de concluir necesitamos mirar más de cerca el resto de la frase: "un predicador es aquel que sabe que le ha sido confiada la Palabra de Dios". El Maestro Eckhart dice: "La única palabra que cualquiera de nosotros puede predicar es la Palabra que ha nacido dentro de nosotros, la palabra que hemos recibido y hemos oído en la profundidad de nuestro ser".

La única palabra que podemos predicar es por lo tanto la palabra que ha encontrado un hogar dentro de nosotros porque la hemos recibido bien, la hemos meditado y contemplado en el silencio de nuestros corazones. Esta comprensión nos alienta a atender la **dimensión contemplativa** de nuestras vidas como predicadoras: la dimensión que nos enraíza en los lugares profundos de Dios y de nosotras mismas en Dios, y nos abre para recibir la Palabra de Dios.

Esa Palabra nos llega en la Escritura, en la oración, en los lugares secretos de nuestro corazón, en la Liturgia, a través de otras personas y en los eventos de nuestra vida diaria. Dios está siempre diciéndonos esa Palabra, si tenemos corazones atentos a oírla.

Nuestra historia dominicana comenzó en el pasado con Domingo y ahora va apresuradamente hacia el futuro. ¿Cómo será ese futuro? Verdaderamente no podemos controlarlo pero podemos con optimismo darle una dirección. Podemos hacer esto abrazando hoy el llamado que es nuestro como mujeres dominicas: **ser predicadoras contemplativas y teológicamente reflexivas que vivamos evangélicamente mientras nos volvemos hacia los otros en la compasión y la disponibilidad.**

Esta tarea es grande y ninguna puede hacerla sola. Nos necesitamos unas a otras hasta para tener el valor de intentarlo. Pero podemos hacerlo juntas mientras nos movamos en el futuro, llamémonos constantemente las unas a las otras y apoyémonos unas a otras en ello.

Cuando Domingo fundó las primeras casas de la Orden se conocían, cada una de ellas, como "la predicación de Jesucristo". Cada comunidad formaba tal predicación. Hoy, cada una de nuestras comunidades, como así también toda la Orden Dominicana puede solamente ser genuina y definir su futuro preferido, si se transforma (para nuestro mundo), en una predicación de Jesucristo.

Si todas nosotras tratamos de ser esto, luego al final de nuestras vidas, a la pregunta: "¿Has intentado ser lo que fuiste llamada a ser?" podremos responder: "Sí, lo he intentado".



Mujeres predicadoras: alumbrar la Palabra

Eloísa Braceras, O.P.

En la historia de la Orden Dominicana ha habido figuras femeninas asociadas a la predicación. No puede ser de otra manera, cuando su propia patrona es predicadora de los propios apóstoles.

María Magdalena no es la única mujer que llega al sepulcro con una intención y sale de allí con otra bien distinta; llega con la misión reservada a cualquier mujer -ungir el cuerpo de Jesús, prepararlo para permanecer en el sepulcro- y se encuentra con la misión propia de los más escogidos hombres: predicar una noticia increíble, que iba a ser difícil de creer, y mucho más de aceptar, sobre todo de boca de una mujer. Fue tachada de loca, y su evangelio eliminado del canon, por razones no del todo claras. No es esto lo que nos ocupa ahora. María Magdalena, una "histórica"¹ que sale corriendo del sepulcro para proclamar, predicar, la vida. Dar vida no es nada nuevo para la mujer de aquella época, proclamarla sí, y convertir la vida en palabra y la palabra en vida, más aún.

Desde Eva, pasando por las heroínas bíblicas -Judit, Rut, Ester, y también las hijas de Lot, aunque la licitud moral de su acción pueda ser puesta en entredicho- las mujeres en la Biblia tienen el cometido de dar vida, generar vida. No todas lo hacen, pero todas pelean con sus armas de mujer. Una suerte poseerlas. Una suerte poder generar vida. Una bendición, y si no que se lo digan a Sara, a la anónima madre de Sansón, a Raquel... Después de haber pasado por las mujeres del evangelio -Isabel, María, la otra María, Marta, la adúltera...- en María la de Magdala vemos otra manera de generar vida, de procrear. En ella vemos que dar vida no se hace solo a través de la maternidad, sino transmitiendo las palabras. No podía haber otra inspiradora y protectora para la Orden. Palabra y vida.

Las mujeres de la Orden no solo tenemos que transmitir la palabra; también tenemos que generar vida a nuestro alrededor. Las mujeres de la Orden no necesitamos gestar vida en nuestro vientre para generar vida ni subirnos a un púlpito para ser predicadoras. La de Magdala nos mostró otro camino: el camino del servicio hacia la tarea más humilde y desagradable con la persona a la que amamos, el camino de la sorpresa, del asombro, de la fe, de la carrera rauda hacia nuestro pueblo... y también, por supuesto, el del torrente de palabras. Es una suerte en una historia de la Iglesia que no ha sido especialmente generosa con las mujeres en general, y con el ministerio de la predicación de las mujeres en particular. La llamada de una mujer para transmitir vida no podía ser de otra manera en la Biblia- predicando a los hermanos justo al inicio de la misión apostólica es una verdadera suerte. O mirándolo desde la fe, una Gracia.

Pero, ¿cómo hemos traducido esta predicación vital o esta "gestación oral" en la Orden de Predicadores(as)? Intentar elaborar una historia de la predicación de la mujer en la Orden de Predicadores excede con mucho las posibilidades de un breve artículo. Tampoco es la pretensión de quien lo escribe, por lo que nos tendremos que conformar con intentar señalar algunos rasgos de esta predicación hecha vida en cuatro ejemplos sobresalientes de la historia de la Orden. Si nos metiéramos a hablar del momento actual y el papel que la mujer está ejerciendo nos meteríamos en camisas de once varas. E incluso pasaría eso mismo si pretendiéramos retrotraernos hasta dos siglos, cuando la misión de la mujer dentro de la Iglesia cruza los portones de los monasterios y surgen las congregaciones dominicanas. Por tanto, modestamente, nos quedaremos en la Edad Media o principio del Renacimiento.

No podemos pretender aquí hacer un amplio y detallado elenco de mujeres predicadoras en nuestra historia, incluso aceptando, repetimos, quedarnos en los orígenes. Tampoco se trata de hacer una apología de mujeres micrófono en mano. Apenas podremos señalar algunos hitos -pocos y tal vez no del todo justos-, sino forzados por lo que la historia ha hecho que pase a la posteridad, no sabemos si omitiendo los ejemplos más valiosos. Pudiera ser. Son hitos conocidos ya por todos.

Hitos de mujeres que han llevado de la mano palabra y vida en la historia de la Orden.

Monasterio de Prulla: ayudar a nacer

Si en algún momento dentro de la historia de la Orden la mujer ha realizado el papel que -por naturaleza- se esperaba de ella, no podía ser otro que al principio, en el nacimiento. Las monjas de Prulla son realmente “gestantes” de la Orden, un grupo de conversas medio huidas de la justicia y protegidas por los muros de una iglesia en un terreno fronterizo y crucial -y nunca mejor dicho-, en una encrucijada no solo de caminos, sino de fe.

Dice la historia que Domingo las pone allí como lugar de oración, de “santidad vigorosa y preclara pureza de inocencia”, con “una vida provechosa para sí, ejemplar para los hombres”²; en una palabra, como semilla de lo que más tarde querrá ser la Orden. Predicar, lo que se dice predicar, no pueden; a duras penas, tras mucha negociación, los frailes cinco años más tarde, pero las mujeres de Prulla son las primeras predicadoras de la Orden, al igual que predicar, lo que se dice predicar, no pudo María Magdalena, y sin embargo lo hizo. Si Domingo es el padre, ellas son las madres; ellas gestan una espiritualidad que es predicación en sí misma, por la experiencia de oración y de comunidad.

Predicar con las virtudes

Por el sucesor y biógrafo de santo Domingo, Jordán de Sajonia, conocemos casi en intimidad a una mujer: la beata Diana, priora del monasterio de Santa Inés de Bolonia, a quienes unió el lazo de una entrañable amistad, cristiana y humana. Jordán no es maestro espiritual, confesor y mucho menos visitador, sino hermano; hermano de todas las monjas del monasterio y especialmente de Diana. La consuela tras la muerte de su hermano fr. Enrique, le agradece y pide más y más oraciones por las abundantes vocaciones de frailes para la Orden, le previene contra la excesiva penitencia y contra la tristeza, la apatía, la melancolía; le recuerda cariñosamente: “Muchas veces os lo he dicho (...): en las vigiliyas y las abstinencias y lo mismo en las lágrimas, fácilmente se pasa la medida. En cambio, las virtudes nunca pueden crecer demasiado”³. La relación del beato Jordán con Diana, es de amistad y unión fortísima en Cristo, interés sincero y deseo profundo de encuentro; es una relación que anima a una rica vida espiritual, poniendo en juego todas las dimensiones de la persona.

Como ya hemos dicho, no había espacio para la predicación de la mujer en la Iglesia del momento; no podemos pretender encontrar rastro de ello en las cartas del beato Jordán. Debemos conformarnos con la vida que, esa sí, rezuma en todas sus páginas, una vida transmitida y convertida en vocaciones y crecimiento espiritual de los frailes. Sin embargo, sí queremos rescatar el fragmento que transcribimos a continuación, por parecernos bellísimo pero también -sobre todo- por tener como protagonista la Palabra y la palabra, instrumento siempre considerado privilegiado para la predicación.

En este párrafo de una carta fechada en torno a la Navidad, la Palabra y la palabra son enviadas y encomendadas por el Maestro a las monjas; les encarga leerla, rumiarla, acogerla, pensarla y repensarla, transmitirla en el fondo del alma. Jordán encarga a las monjas la práctica interior de la predicación, no sin encomendarles numerosísimas veces la práctica de las virtudes y de la oración:

“... te escribo y te mando la Palabra abreviada y acurrucada en el pesebre, que se ha hecho carne por nosotros. Palabra de salvación y de gracia, Palabra de dulzura y de gloria, Palabra buena y suave; te mando a Jesucristo y a este crucificado, exaltado en la cruz, elevado a la derecha del Padre. Él levante tu alma y sea tu descanso sin fin por los siglos de los siglos. Esta Palabra léela en tu corazón, rúmiala en tu mente y que ella ponga tu boca dulce como la miel. Piensa y repiensa esta Palabra. Que permanezca en ti y habite siempre contigo. Hay también otra palabra breve y pequeña, que es vuestro afecto y vuestro corazón, que satisfará las exigencias de tu amor y hablará en mi favor en lo íntimo de tu alma. Que esta palabra sea también tuya y que permanezca siempre contigo”⁴.

¿Beguinas o dominicas? Dominicas

Es bien conocida la influencia que las beguinas, mujeres pertenecientes a ese movimiento medieval de religiosidad de gran componente místico, y sin embargo popular, tuvieron en los llamados “místicos renanos”, dominicos. Como ellas, quisieron -conscientes o no- llevar la religiosidad a un amplio público, pero una religiosidad no “de baja calidad” o sencillamente beata, condicionada por la jerarquía y las prácticas populares ligadas a las indulgencias y salvación eterna, sino una religiosidad de carácter místico. Los dominicos de la escuela renana llevan la mística a la calle, esa mística de cierta influencia femenina que no abandona, sin embargo, la fuente tomista y el conocimiento teológico propios de la Orden.

Las beguinas no pertenecen a la Orden, más bien nacen en el contexto de la espiritualidad cisterciense, desgajadas de la vida monacal por circunstancias económicas y sociales. Tampoco fueron propiamente mujeres predicadoras, aunque sí escritoras.

Nos interesa ahora fijarnos en un ejemplo concreto, que guarda relación con este movimiento medieval y con la Orden de Predicadores al mismo tiempo. Nos referimos al convento de Santa María de las Dueñas de Zamora. María Luisa Bueno, profesora de Historia Medieval de la UAM, da el siguiente título a uno de sus trabajos: "Santa María de las Dueñas de Zamora, ¿Beguinas o monjas? El proceso de 1279"⁵. A lo largo de veinte páginas la autora desgrana diferentes elementos de una problemática fundación y, en general, de un problemático monasterio, sujeto a un obispo al que se declara rebelde, acusado de desobediencia y de turbios aspectos económicos. Se subraya la íntima relación del nacimiento del monasterio con el nacimiento de la Orden, relacionado a su vez con las nuevas necesidades y aspectos económicos y sociales de la Baja Edad Media. A su vez, la fundación del monasterio parece responder a una iniciativa privada de un grupo de viudas, que subvencionan la formación de un pequeño oratorio buscando el apoyo recíproco en la soledad e indefensión social. Es en este sentido en que tienen aspectos relacionados con lo que será el movimiento de las beguinas, pero sin olvidar que será desde el inicio un monasterio ligado a la Orden y formado en su Regla y Constituciones.

Sin entrar en detalles que no interesan aquí al respecto de las controversias con el obispo de Zamora, sí cabe señalar que la desobediencia de las monjas "pondría en tela de juicio los numerosos tratados de religiosidad medievales en los que la mujer era apartada del saber, de los conocimientos, pensada como un ser al margen de lo intelectual que no podía llegar a comprender las cosas del mundo del espíritu. Por razones de formación, las Dueñas no pueden ser consideradas pobres intelectualmente hablando" (pp. 91s). La Orden apoya este monasterio, y todo parece indicar que las Dueñas no permanecían recluidas en el convento, sino que salían, eran conocidas en la ciudad y sabían hacer valer sus derechos, tanto por su posición económica como por su formación intelectual. Defienden cierta independencia diocesana. Parece que se gesta una forma diferente de vivir la religiosidad dentro del universo femenino en relación con otros modelos, como el benedictino (cf. p. 95).

No olvidemos que en lo que en estas pocas páginas queremos centrarnos es en la predicación de la mujer. Pues bien, después de un serio y doloroso conflicto, las monjas de Dueñas utilizan un medio poco común entre las mujeres de la época para ellas mismas manifestarse, no por voces masculinas. Se trata de cartas, cartas fijadas en paredes o arrojadas en el coro, con un mensaje concreto: las Dueñas son de la Orden de Santo Domingo (cf. p. 103). Este aspecto es tremendamente novedoso. Que las mujeres tuvieran una amplia formación intelectual ya es reseñable, como lo es que protagonicen sus propias decisiones y se opongan a la tutela episcopal, llevadas por el deseo de pertenencia a la Orden, pero que *prediquen por escrito*, aunque sea en el contexto y con el objetivo de posicionarse de uno de los "bandos" ante una división intestina... eso es algo que, queremos pensar, solo dominicas podían llevar a cabo. En opinión de la autora, los propios dominicos estaban por detrás de esta "correspondencia" -ciertamente tendenciosa-, pues ellos mismos les facilitaron cartas donde justificaban su identidad, cartas pasadas a través de huecos en las paredes del monasterio (cf. p. 105).

No hay duda: las monjas de las Dueñas, dominicas, fueron representantes de una religiosidad combativa, muy en la línea del movimiento beguino, pero también de la espiritualidad dominicana. Son mujeres testimonio por sí mismas, y además con la suficiente preparación y capacidad intelectual para permitirse predicar no de viva voz, pero sí por escrito. La *vida* que este grupo de mujeres, en su origen viudas, trasmite a la ciudad y diócesis de Zamora, parece estar preñada de un mensaje: la espiritualidad se puede vivir en la calle y con independencia de la autoridad impuesta; la espiritualidad no responde necesariamente a unos cánones establecidos ni el papel femenino es necesariamente la sumisión. Beguinas o no, ciertamente dominicas.

Santa Catalina de Siena

El asunto de las cartas de que hemos hablado no puede menos que recordarnos a otra dominica, de presencia obligada en estas pocas páginas. No se puede pensar en predicación en femenino dentro de la Orden sin pensar en Catalina de Siena, y pensar en ella nos hace recordar sus cartas, su predicación escrita, atrevida... aunque casi analfabeta.

Ciertamente es innecesario querer narrar aquí la vida de quien se convertiría en patrona de Europa. Su relación con la Orden de Predicadores, su vocación a la vida ascética, mística y monacal -truncada tanto por circunstancias humanas como por la propia llamada a la misión en la Iglesia-, su pertenencia, no exenta de

críticas y dificultades, al movimiento de las *mantellate*, su papel como mediadora en los graves conflictos eclesiales del siglo XIV... son bien conocidos. Impensable la predicación en público. No podemos olvidar que en principio hasta a los hombres les estaba negado el derecho a predicar, reservado como estaba -reserva que Domingo consigue echar por tierra al conseguir de Inocencio III el título de *Predicadores*- a abades y obispos; si bien es cierto que ha pasado un siglo, la predicación femenina es a todas luces impensable.

Impensable, insistimos, la predicación *en público*. Ciertamente no será esa la predicación de Catalina. Ni falta que hace. Por sus cartas⁶ sabemos la influencia que la inculta y humilde *mantellata* ejerció en la Iglesia, a través de la figura del mismísimo papa (¡uno de tantos en ese momento!). Conforme a su tiempo, Catalina entiende por "Iglesia" a la jerarquía y ella, como buena esposa de Cristo, atiende a los intereses de esta institución apostólica. Son bien conocidas las estrategias utilizadas por Catalina en su favor, estrategias que le valieron el título de Doctora de la Iglesia. Amante de la Iglesia, y siempre respetuosa de la autoridad legítima, no duda en poner en juego su propio dolor en pro de la reforma eclesial. Como hija de su época, sacrificios y ascesis forman parte de su movimiento de reforma; sin embargo, hay otro tipo de obras, consideramos que de mayor eficacia, y que son otro tipo de predicación.

Nos referimos, obviamente, a sus cartas: 381, de las cuales 23 dirigidas a papas, con el objetivo de evitar la lucha fratricida que después se convertiría en cisma. Predicadora de la paz, no dudará en dirigirse así al propio Gregorio IX: "*¡Oh Santísimo Padre, dulcísimo papaíto mío; [...] No más guerra, en modo alguno. Aun cumpliendo con vuestro deber, se puede conseguir la paz. Que la guerra sea contra los infieles, que es donde debe estar*"⁷.

Si pretendiéramos aquí pormenorizar el contenido y la temática de las cartas de Catalina, y por tanto de su predicación, no sería posible. Debemos conformarnos con la existencia de este tipo predicación y con la vivencia de esta doctora peculiar, falta de letras y, sin embargo, con torrente de palabras... ¡y qué palabras! Sin duda, fiel hija de Domingo y hermana de la Orden. Dominica y predicadora.

El carisma de la predicación en la Orden no tiene rostro masculino, como no es masculino el Espíritu que la anima. Tampoco femenino. Tiene rostro de humanidad, hombres y mujeres con un objetivo en el horizonte, ese horizonte de utopía que solo sirve para caminar hacia él: el Reino de Dios, predicarlo y, predicándolo, realizarlo. Si las mujeres de la Orden ya predicaron cuando tal misión era imposible, ¿cómo no hacerlo ahora, en la Iglesia del XXI, ochocientos años después del nacimiento de nuestras madres de Prulla?

Eloísa Braceras, O.P., pertenece a las Dominicas de la Anunciata

- 1.- Así se expresa el historiador Celso respecto a los acontecimientos de la resurrección: "*Sólo una mujer histérica parece haberlo visto*" (*Discurso verdadero*, 2,55). Tal vez esta no fuera opinión apenas de un furibundo instigador contra el cristianismo.
- 2.- Cf. Beato Jordán de Sajonia: *Escritos sobre Santo Domingo*, n. 27, en GALMÉS, L. - GÓMEZ, V.: *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*, BAC, Madrid, 1987, p. 93.
- 3.- Carta del beato Jordán n. 41, en *Cartas a Diana y otras religiosas*, OPE, Burgos, 1984, p. 42.
- 4.- *Idem*, p. 86.
- 5.- *Historia, Instituciones, Documentos*, n. 20, 1993, pp. 85 a 103
- 6.- En castellano: SALVADORY CONDE, J.: *Epistolario de Santa Catalina de Siena*, San Esteban, Salamanca, 1982.
- 7.- *Idem*, p. 880.



Mujeres dominicas, predicadoras en el mundo: desafíos y posibilidades¹

Alejandra Marabotto, O.P.

*“Ahora en el exilio el Espíritu Santo desciende más fácilmente
que en el tiempo en que estaba de pie en el Santuario.”
(Maggid de Mesritscli)*

Por ser dominica entre la multitud de dominicas he aceptado, no sin temor y temblor, narrar algo de nuestro patrimonio común y de los frutos de nuestro estar “en medio del pueblo”.

Lo hago con alegría, porque me parece un símbolo lleno de esperanza que se me invite a hablar, llamándome desde el Sur y desde el mundo de los discapacitados, donde hago itinerancia y convento.

Mujer y predicación

El primer desafío supone tomar conciencia y abrir caminos para que la mujer llegue a ser un lugar teológico, superando la cultura de los lugares comunes. Estos empiezan definiendo a la mujer desde su uterinidad - como madre-, en lugar de incluirla en la categoría mayor de persona.

Además, el discurso masculino continúa generando un modo de percibir a la mujer como alguien incapaz y frágil, lo que fue conduciendo a que no sólo nos viéramos así y lo aceptásemos, sino que origináramos algo que yo llamaría “la conciencia de lo imposible”. Esta conciencia tiene un particular peso en el momento de ocupar espacios, de tomar decisiones, porque aparece como una enorme resistencia que tira para atrás y activa la sensación de “no poder”.

Sabemos también que, más allá del discurso oficial sobre la paridad de derechos inaugurados por la revolución francesa, la cultura patriarcal continúa encerrándonos en un “imaginario igualitario” para sumirnos prácticamente en una “violencia invisible” que muestra su eficacia cuando conversamos en la cotidianidad.

El breve panorama que refleja la situación de América Latina, en primer lugar quiere ser memoria e invitación a la vez, para que nos vinculemos estrechamente al destino de la femineidad en este hoy histórico que transitamos.

¿Y desde ahí qué es nuestro predicar?

Domingo y los frailes que lo acompañaron desde el comienzo; los hermanos y hermanas que después de ellos caminaron en fidelidad al carisma, son quienes nos descubren el hondo sentido de nuestra predicación y nos aseguran que la predicación continuará teniendo futuro si sabe alimentar a los nativos del mundo entero, nuestros hermanos, hijos de nuestros compañeros de viaje.

Nuestra predicación es en sí misma un atrevimiento, abierta a todos los riesgos, frágil como toda criatura humana, en busca de interlocutores, invitando, esperando, vulnerable a la distracción ajena, a veces “voz en el desierto”. Pero es condición indispensable que prediquemos; por la gracia de predicar y porque lo que deseamos predicar gratuitamente nos ha sido dado. Como mujeres predicadoras buscamos nostálgicamente a las demás mujeres, a la humanidad entera para cambiar las situaciones de postergación y de cansancio, de amanecer que tarda en llegar.

Nuestra predicación además ha de acreditar nuestra esperanza y solicitar toda la esperanza adormilada que, por no atreverse a ser, se angustia en miles de protestas.

“Me quité la túnica ¿tendré que ponérmela otra vez? Me lavé los pies ¿cómo voy a volver a ensuciármelos?” (Cant. 5,3-4)

Enumerando algunos desafíos

- a) **La omnipotencia de la tecnología.** Nuestra predicación es como la pequeña honda de David, delante del gigante tecnológico que exhibe su omnipotencia y omnipresencia.
Parece claro que en la relación de la ciencia moderna con el mundo le esté faltando algo, pues éste no acierta a conectarse con la más intrínseca naturaleza de la realidad. Havel dice que solo nuevos brotes de trascendencia serán la real alternativa a la extensión.
- b) **La crisis de la familia.** Nos interroga nuestra predicación frente al desafío de la fragmentación de la familia, cuya placenta ya no es continente de rostros y de sueños.
- c) **La religiosidad desencarnada.** Tiene que ver con cierta esfera del mundo religioso institucionalizado donde fácilmente los valores se hacen invisibles.... Descubrimos con euforia al Dios de los milagros, y cae en la penumbra el respeto por el milagro del ser, del universo, de cada existencia...
- d) **La demagogia discriminante.**
- e) **Y las nuevas generaciones...**

Posibilidades de predicación dominicana

Hoy si nos dirigiéramos a Domingo y le dijéramos: “Dime, Domingo, ¿qué harías si volvieras?”, tal vez escucharíamos esta invitación: *“Cuida de cada mujer, de su nombre y de su rostro; cuida de la humanidad en lucha todavía. No dejes que el grano de tu granero, amontonado, se pudra y tu sangre se reseque llenando tan sólo el cáliz de tus venas”*.

Si, como Domingo, conservamos la *“rectitud y la gozosa satisfacción de la esperanza”* (Heb 3, 6), descubriremos que cada espera se vuelve esperanza y que “saber esperar” significa saber vivir activos, vigilantes, con las lámparas encendidas.

a) La predicación y el pozo

Pozo y mujer frecuentemente se asocian en la Biblia y en las culturas, no solo porque en su sentido positivo el pozo se asemeja al vientre de una mujer en gestación, sino porque, en su vertiente negativa, es figura de la negritud de la ofensa que hendiéndose en el alma de la humanidad-mujer, amenaza con hundirla.

Es importante que nuestro predicar empiece escuchando las voces y el sufrimiento de una gran parte de la humanidad. Si nos convertimos en oído amigo que escucha,... el pozo entonces será lugar y símbolo de las aguas que engendran la nueva matriz de la paz.

Creemos que lo más auténtico de nuestra predicación femenina se diseña en este ámbito del escuchar y del suscitar la narración, cuidando de que las palabras acogidas y brindadas sean sobriamente necesarias, fermento de liberación.

b) La predicación y el desierto

El segundo lugar de nuestras posibilidades frente a los desafíos, es el desierto. *“Su belleza -dice Saint Exupéry- consiste en que esconde un pozo en algún lugar”*.

Israel vivió el desierto como una realidad ambivalente. Creo que para nosotras, dominicas, el desierto hacia el cual debemos caminar sin titubeos es *“la ciudad invisible”* que cruza toda ciudad opulenta; la periferia del centro; el sur, hijo ilegítimo del norte.

En una sociedad que divide a los hombres en usuarios de derechos y excedencia, siguiendo las huellas de Domingo caminamos hacia los que están de más, los no necesarios, los no previstos. Estamos llamadas a nombrarlos y a incluirlos; a necesitarlos allí donde están con compasión, y con la fuerza de la Palabra que nos ha sido confiada.

c) La itinerancia y la mendicidad

Son el tercer lugar de nuestra predicación. Es el camino elegido por el Señor de la vida, quien se hizo mendigo del hombre y enseñó este secreto a Domingo.

Nuestro Padre, celoso de la porción de herencia que le tocó en suerte, nos la transfiere íntegra, queriendo que nuestro horizonte sea el mundo entero; contemplativo de cada átomo que compone la vida y servidoras de la verdad que por la mendicidad de Cristo habita todo hombre y mujer confiriéndole dignidad absoluta.

Nuestra femineidad y la actitud misericordiosa que aprendemos de Domingo se cifran peculiarmente en la esperanza, ya que su campo se configura con lo que todavía no está y exige sin embargo entrega para llegar a ser.

Por otra parte, nosotras que, por carisma, estamos llamadas a itinerar, tenemos hoy como tarea fundamental encontrar, junto a todo hombre y mujer de buena voluntad, los caminos válidos para que la postmodernidad se reencontre con la esperanza. No podemos crear valores que la fundamentan, pero está en nosotras aplicarnos para hacerlos luminosos.

Como dominicas que creemos en el estudio y amamos la razón "*que nos alegra con su claridad*" (fray Luis de Granada) estamos invitadas a reinstalarla en el centro mismo de la escena de la vida dejando que pronuncie palabras desde lo más profundo de su ser, que no ama el absurdo ni puede vivir indefinidamente en él.

Si, juntos, volvemos a la sensatez de una razón *afectuosa*, reconstruiremos la espiritualidad y la genuina actitud religiosa que son esencialmente vivencia gozosa de los valores, máxima apertura hacia el sentido y la afirmación de la vida.

Gracias a la esperanza, volveremos a percibir que todo en la vida apunta hacia una complementación de su sentido, un todo cumplido que los creyentes llamamos Reino de Dios, y los hombres de buena voluntad armonización y plenitud de vida, justicia y paz.

Los que vivimos en el sur del mundo hemos encontrado la esperanza en nuestra itinerancia y necesitamos anunciarla, ser ministras de nuestros pueblos que cuidan tiernamente de ella y por ella son alimentados. En el sur del mundo el proyecto engendrado por la esperanza salva a diario la vida amenazada.

En el norte del mundo la esperanza tal vez deba resucitar tantos proyectos nacidos en favor de la vida, de la justicia, de la fraternidad y de la paz que, sin embargo, el egoísmo estructural ha reducido a faraones de muerte.

d) El convento y la alabanza

Nuestra itinerancia lleva en sus entrañas la nostalgia del convento: luego de la urgencia o de la serenidad con que hicimos caminos, reencontrarnos es el momento de la memoria y de la nueva *proyectualidad*.

Como María que conservaba todo en su corazón y para quien Lucas emplea la palabra griega "*symbollos*" para expresar el proceso simbólico de confrontación entre la Escritura y los acontecimientos, las mujeres dominicas convenimos para hacer síntesis y apertura.

Según la más honda intuición de Domingo, "*hacer convento*" es otra de nuestras posibilidades y un desafío también. El convento se configura como el lugar donde cada vez más ahorraremos las palabras inútiles y nos purificaremos para encontrar aquellas pocas que son necesarias.

Será también el lugar donde -porque soñamos- tendremos la gracia de vivir despiertos, y porque padeceremos contradicciones y discutimos, abriremos espacios al "*Siervo-brote*" (Zac 4,8), cuyo recuerdo entre las gentes, a pesar de las estrangulaciones, genera siempre nostalgia y búsqueda.

El convento, de cuya construcción cada mujer dominica es responsable y capaz, permite hoy que nuestro ser dialógico triunfe, y pronunciando la verdad destruya la mentira, gritando la esperanza venza la tristeza, predicando el amor venza al egoísmo. También en el convento predicamos pero al mismo tiempo disfrutamos el privilegio de contemplar cómo nace la Palabra que nos salva, cómo verdaderamente se hace carne en cada carne y que por la Palabra entregada redimimos, mientras somos redimidas cuando la acogemos.

El convento, cuando es compartir el sufrimiento de los pobres, nos hará llorar como Domingo lloraba en el corazón de la noche; nos ensuciará de barro y nos cansará física y moralmente cuando se trate de compartir la historia de mujeres y de hombres saturados de violencia, de desesperanza y de oscuridad.

El convento será también lugar de la alabanza a Dios, que nos lleve a contemplarlo en todos los iconos sembrados en la historia y a descubrirlo también en los más dolientes y silenciados, es gozo que santifica la humanidad y unción que alivia las heridas.

Finalizando entonces, sencillamente podemos sintetizar nuestra misión en este gesto: preparar incesantemente una morada para Dios allí donde estamos, instaurando vínculos santos y siendo ministras para que su Espíritu llegue a cumplimientos.

Y cuando nuestros compañeros de itinerancia y de convento, en el gozo o en el desierto, desde la nostalgia pregunten por "*dónde habita Dios*", humildemente dejaremos resonar la sentencia de rabi Mendel de Kotzk: "*Dios habita donde se le deja entrar*". Ésta es la debilidad del Dios en que ponemos nuestra confianza: se consigna a toda mujer y a todo hombre que quiere dejarse conquistar por Él.

Alejandra Marabotto, O.P., pertenece a la Unión de Hermanas Dominicadas Santo Tomás de Aquino

1.- Resumen de una conferencia de la Hna. Alejandra Marabotto, OP ante la Asamblea inaugural del Movimiento Internacional de Hermanas Dominicadas en mayo de 1995.



El silencio: tierra fértil para la predicación¹

En las Constituciones de las monjas, hablando del silencio contemplativo de Santo Domingo, se exhorta a hacer de la “casa”, especialmente del corazón, un lugar de silencio (Cf. LCM 46.I). Este 'silencio dominicano' es el que hace posible un verdadero encuentro contemplativo con la Palabra de Dios. Nuestro silencio no es privado, sino que lo vivimos 'en casa', dentro de un contexto comunitario y como entrega mutua; se vive en sintonía con la Orden, para que nuestra predicación llegue -como Buena Nueva- a la Iglesia y al mundo entero.

Este *silencio predicador* es, sin duda, más que un simple no emitir palabras, ya que la mera ausencia externa de palabras no tiene sentido si no va acompañada de una escucha profunda, de un corazón receptivo donde la siembra de la Palabra, dé su fruto (cf. C. Fund. n. III).

Dice el Maestro Eckhart: “Si Jesús ha de hablar en el alma, ella debe estar sola y silenciosa. Entonces entra Él y comienza a hablar”². Comentando estas palabras, otro autor dice, “No puede haber Palabra sin silencio... Del silencio emerge la Palabra y vuelve a él. Ninguna palabra podrá tener verdadera profundidad, verdad o poder si no emerge del silencio, es decir, si no expresa, en vez de aniquilar el silencio”³. Y el fraile dominico francés, Thomas Philippe, OP, escribió hace algunos años que “Dios se nos revela dentro de un silencio que nos desnuda y nos permite experimentar las palabras de Jesús: *Bienaventurados los pobres*. El silencio nos libera de toda ilusión...”⁴

Una monja, al hablar de su propio camino contemplativo hacia la libertad, dice: “*El silencio monástico me ha servido como un encuentro con mis heridas y temores, es decir, con mi propia vulnerabilidad. Me ha permitido morir a mis ilusiones sobre lo que me parecía importante, e incluso sobre quién es Dios y qué es la oración. Como fruto de un camino de muchos años, puedo decir con alegría que he podido soltar muchos de mis deseos pequeños y limitados. Hoy encuentro el verdadero silencio cuando salto hacia el abismo interior del corazón, donde Dios y yo somos uno. En esa quietud todas mis esperanzas, mis deseos y mis oraciones existen como una simple expresión del anhelo de Dios para con su pueblo. En el silencio realizo plenamente mi vocación dominicana. Creo profundamente que ser monja dominica significa entrar en el corazón de Dios y ser el lugar de la salvación de Dios en el mundo.*”

Aunque todo cristiano está llamado a la contemplación, nuestra vocación dominicana le da un enfoque especial: intimidad con la Palabra de Dios que se manifiesta en una predicación compasiva y misericordiosa de la Buena Nueva del Reino. Es decir, nuestra contemplación, después de germinar en el silencio orante, se une al clamor apostólico de Santo Domingo, expresado de forma extraordinaria en estas palabras de Jordán de Sajonia: “Dios había concedido a Domingo una gracia especial para llorar por los pecadores y por los afligidos y oprimidos; cargó con sus miserias en el más íntimo recinto de su compasión, y la cálida simpatía que sentía por ellos en su corazón desbordaba en las lágrimas que caían de sus ojos.”⁵

Esta misión de anunciar la compasión y la misericordia de Dios es obra y exigencia de toda la Familia Dominicana. Ya fray Timothy Radcliffe expresó con gran intuición cómo las monjas también participan íntimamente en esta misión de la Orden: “Sois misioneras tanto como los frailes, no yendo a parte alguna, sino viviendo vuestras vidas desde Dios y para Dios. Sois una palabra predicada en vuestro ser...”⁶

Al final del Sínodo de la Palabra de Dios, el Papa Benedicto XVI en un “Mensaje al Pueblo de Dios”, termina con estas palabras, que tal vez nos puedan ayudar a integrar más profundamente la práctica del silencio contemplativo en nuestra vida cotidiana: “Hagamos ahora silencio para escuchar con eficacia la Palabra del Señor y mantengamos el silencio luego de la escucha porque seguirá habitando, viviendo en nosotros y hablándonos. Hagámosla resonar al principio de nuestro día, para que Dios tenga la primera palabra y dejémosla que resuene dentro de nosotros por la noche, para que la última palabra sea de Dios.”⁷

1.- Reflexión de Monjas Dominicas para una carta a las monjas “Estar con él” - *Enviadas a predicar (Mc 3,13-14)*

2.- Maestro Eckhart, *Intravit Iesus in templum*, citado en *Tratados y Sermones*, Sermón I, Barcelona: EDHASA, 1983

3.- Cyprian Smith, OSB, *Way of Paradox*, (NY: Paulist Press, 1987), p. 59

4.- Thomas Philippe, OP, *The Contemplative Life*, (London: Collins, 1990), p. 22

5.- B. Jordán de Sajonia, OP, *Libellus de Principiis ordinis praedicatorum*, n. 12

6.- Timothy Radcliffe, OP, Carta a la Orden, *Una Vida Contemplativa*, 2001. “Alabar, bendecir, predicar” p. 516, Ed. San Esteban, 2004

7.- Benedicto XVI. *Mensaje al Pueblo de Dios del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios*, Ciudad del Vaticano, 2008



María Magdalena en las narraciones evangélicas¹

Carmen Lanao, O.P.

La figura de María Magdalena aparece en los cuatro relatos evangélicos y, salvo en Lc 8,1, en todos los demás casos es nombrada en el contexto de la muerte y resurrección del Señor. De estos relatos se deduce que al nombrarla en el momento definitivo, la comunidad la reconoce como alguien que ha estado muy cerca del Señor y ocupa un lugar importante entre sus amigos y testigos. El Señor Resucitado se le ha manifestado a ella y así la ha hecho testigo. La ha enviado para continuar su tarea evangelizadora dando testimonio, con la autoridad que le da la cercanía y la relación de profunda amistad que la mantuvo vinculada a Jesús. Los evangelistas no dejan lugar a dudas sobre la presencia de María Magdalena junto a la cruz del Señor y sobre su calidad de testigo directo del Resucitado. Según los relatos evangélicos, el puesto que el Señor había otorgado a María Magdalena no dejó de provocar la resistencia de los discípulos, que se negaron a creer. María Magdalena es una discípula muy especial. Ella misma es un signo de la llegada del Reino. De ella *ha expulsado siete demonios* (Lc 8,2). Sabemos que el número siete tenía un significado de totalidad. He experimentado una liberación radical. Al hacer suya la causa del Reino es incluida entre los discípulos y camino con ellos junto a Jesús. Los verbos *seguir* y *acompañar*, tal como figura en los tres evangelistas, tienen una connotación de adhesión personal y seguimiento.

Los tres sinópticos hablan de la presencia de aquel grupo de mujeres en todo el recorrido de Jesús desde Galilea hasta Jerusalén. Los tres evangelistas reconocen a este grupo de mujeres su condición de discípulas, puesto que seguían a Jesús junto con los doce. María Magdalena aparece en las listas siempre en primer lugar. Es una discípula que se mantiene fiel hasta el final. San embargo, el título de discípulas no aparece en ninguno de los evangelios canónicos. Sólo el evangelio de Felipe les da el título de discípulas a las mujeres y se trata de un texto no canónico.

Marcos indica que *habían subido con él a Jerusalén* (15,40). Parece que quiere señalar que estas mujeres han vencido el miedo de los discípulos (10,32) ante la perspectiva de dirigirse a Jerusalén. Para ello, presenta a las mujeres como *“encarnación perfecta del discipulado. Lo que no han logrado hacer los doce lo deben hacer ellas”*. En estrecha relación con la muerte de Jesús se ponen dos fenómenos igualmente sorprendentes: la confesión del Hijo de Dios por un gentil y la permanencia como testigo de aquellas discípulas, seguidoras desde el principio. Hay aquí una insistencia en la apertura sin límites del mensaje de Jesús y en la inversión de valores que constituye el Reino. Igual que las demás mujeres, María Magdalena también está incluida en la cita en Galilea. Galilea es un símbolo teológico en Marcos. Es el símbolo de la misión, el lugar donde las expectativas normales se truecan por las del Reino. Pedro aparece nombrado personalmente, significando al discípulo que ha fallado pero que Jesús vuelve a llamar y animar; paradójicamente, por medio de aquella mujer y sus compañeras.

Por otra parte, el silencio de las mujeres en Mc 16,8 es interpretado por muchos exégetas como una llamada de atención de Marcos, *“un aviso a los oyentes del peligro de no ser fieles al mandato del Resucitado de ser sus testigos. El peligro de no asumir hasta el final las consecuencias de ser portadores de su mensaje”*. La situación de estas mujeres que han permanecido fieles pero ahora parece que se dejan vencer por el temor llama a la vigilancia. Marcos deja abierto el camino que cada uno de nosotros tenemos que completar como discípulos.

Mateo, al igual que Marcos, presenta a María Magdalena por primera vez como testigo de la muerte de Jesús. Pero en Mateo encontramos un nuevo significado teológico. Su contexto es la comunidad judía. Habla en referencia al AT y en el marco de la Historia de la Salvación. Las mujeres son incluidas como colaboradoras en la Historia de la Salvación pero con un nuevo significado. Desde el comienzo del evangelio son nombradas en la genealogía. Al final, vuelven a asomar junto a Jesús en el calvario y en el sepulcro. María Magdalena forma parte de ese grupo formado por gentiles y mujeres excluidos en la antigua Alianza y que ahora son los primeros testigos del cambio que supone el Reino. María Magdalena es descrita como testigo implicado en los acontecimientos que están sucediendo y que van a suceder. Es una figura más destacada que en Marcos al aparecer como personaje principal.

Se deduce que para la comunidad de Mateo los gentiles y las mujeres seguramente suponían un problema.

Su inclusión en el evangelio chocaba con el judaísmo. Mateo presenta a María Magdalena como la discípula de primera hora, implicada totalmente en el seguimiento, en el mensaje de Jesús y en su transmisión. Es presentada en su doble dimensión: como figura histórica, discípula de Jesús en su vida mortal y, en su dimensión eclesial, como paradigma para los cristianos de aquella comunidad y los de todos los tiempos.

Lucas es el único evangelista que nombra a María Magdalena antes de los relatos de pasión y resurrección. En el sumario Lc 8,1ss introduce unas mujeres como grupo de discípulas que se preparan para acompañar a Jesús a Jerusalén. También en otro texto (24,6), Lucas deja entender que las mujeres eran discípulas. Nos presenta a dos varones con vestidos resplandecientes que se dirigen a ellas y les piden que “recuerden”: *Recordad cómo os habló cuando estaba todavía en Galilea*. Si pueden recordar, es que ha habido una experiencia de relación de discipulado vivida anteriormente. La escena confirma la presencia de María Magdalena entre el grupo de discípulos que había estado con él desde la predicación de Galilea.

Es sorprendente que Lucas evite toda manifestación explícita del Resucitado a las mujeres cuando las ha reconocido en su papel de discípulas en los textos precedentes. Muchos exégetas atribuyen la omisión de apariciones a las mujeres, en el relato de Lucas, a las dificultades del entorno cultural de la comunidad lucana para aceptar las numerosas innovaciones del evangelio. En concreto, en un contexto tan patriarcal, admitir el papel que para Jesús tiene la mujer y el protagonismo que le concede en el anuncio del Reino tenía que resultar imposible. La exégesis considera que reconocer a las mujeres explícitamente como primeras testigos hubiera eliminado toda posible credibilidad al hecho de la resurrección.

Cuando los evangelios hablan de la presencia de las mujeres junto a Jesús están transmitiendo un hecho completamente excepcional. En los evangelios podemos apreciar la postura contracultural que impregna toda la relación de Jesús con las mujeres.

Acoger a las mujeres en el círculo de sus discípulos, contrariamente a todo uso rabínico, es un gesto de Jesús especialmente innovador.

Juan como Mateo, al presentar a María Magdalena, tiene en cuenta una doble dimensión como discípula: la histórica y la eclesial. La primera es irrepetible; surge de su condición de discípula del Jesús terreno. La segunda, la constituye en paradigma para los cristianos de las primeras comunidades y de todos los tiempos. María Magdalena es paradigma de un modo diverso a los once. En Juan adquiere un particular valor simbólico. Representa a la nueva comunidad que busca a Jesús y, además, en ella queda reflejado el itinerario de fe del discipulado, en tres etapas:

- Son insuficientes los signos para reconocer al Señor y para relacionarse con él.
- La respuesta a los interrogantes y la revelación del Señor llega por la relación personal.
- Existe la posibilidad de acceder a la fe y a la relación con Jesús también para aquellos discípulos que no llegaron a verle en su existencia histórica.

De las ocho listas con nombres de mujeres que aparecen en los relatos de pasión y resurrección en las cuatro narraciones evangélicas, María Magdalena aparece en primer lugar en siete de ellas. Sólo Juan invierte el orden al pie de la cruz.

La que aparecía como testigo de la enseñanza y de la vida de Jesús es presentada como testigo también de su muerte y de su resurrección. Son los tres requisitos previos para la dedicación al servicio de la Palabra o ministerio apostólico en el Nuevo Testamento.

María Magdalena es *testigo* de Jesús -de su vida y de su muerte- y testigo de su Resurrección. En primer lugar, ella pertenecía al grupo de mujeres que le acompañaban y le servían en su ministerio durante la vida terrena (Lc 8,1). El seguimiento para ella fue una adhesión de gratitud, después de haber sido curada, y un deseo de acoger el ministerio de Jesús que ella vivió como liberador.

Si el testimonio de una mujer no era válido en el judaísmo, lo fue plenamente en el interior del cristianismo. María Magdalena y sus compañeras sin lugar a dudas, gozaron de una gran autoridad en la comunidad cristiana primitiva.

El título de “*Apóstola*” será el que más tomaremos en cuenta para relacionar a María Magdalena con la Orden de Predicadores. Esta denominación explícitamente aplicada a María Magdalena o a cualquier otra mujer no aparece en los evangelios canónicos ni en el resto de los escritos del Nuevo Testamento. Sin embargo, con otros muchos autores, consideraremos la cualidad de *apóstola* de María Magdalena a partir de la función de predicadora que el Señor le encomendó y que de hecho debió ejercer en las primeras comunidades cristianas. Nos apoyaremos además en el reconocimiento como *Apóstola de los Apóstoles* que

posteriormente le ha sido otorgado por la tradición eclesial en algunos periodos de la historia.

La imagen de María Magdalena que nos llega por los relatos evangélicos nos conduce hacia una mujer que tuvo que haber sido muy cercana al Señor durante su vida terrena. Jesús la había aceptado en calidad de discípula junto a otros discípulos y discípulas.

María Magdalena es una discípula de primera hora que acompaña al Señor hasta el final. Es testigo privilegiado de su muerte y resurrección, y es “apóstola”, en cuanto ha sido enviada personalmente a comunicar “*lo que ha visto y oído*” en su encuentro con el Resucitado.

María Magdalena, como mujer, es modelo para la predicación. Los evangelios siempre la designan por su propio nombre, como mujer autónoma que decide sobre su vida. María Magdalena es un símbolo de la llamada de las mujeres a la predicación junto a los varones y un desafío para la Orden de Predicadores, varones y mujeres.

Es modelo como testigo fiel que buscó al Señor con todos sus medios y recibió gratuitamente la experiencia del encuentro con Él una vez resucitado. Es modelo como discípula y apóstola especial: acogió el envío y predicó la Resurrección. Ejerció con naturalidad el rol de evangelista comunicando a los discípulos la buena noticia que le había confiado el Señor.

La Orden Dominicana puede encontrar en María Magdalena la imagen de la búsqueda incansable del Señor. El lema que Santo Tomás de Aquino atribuyó a la Orden, *Contemplari et contemplata aliis tradere* (contemplar y transmitir a otros lo contemplado), se encuentra reflejado en María Magdalena. Ella es un símbolo de contemplación y de transmisión de la buena noticia, la primera de la lista de las mujeres que aparecen en la resurrección, representa también la certeza de que la predicación es un lugar teológico porque es el espacio de encuentro con el Señor: “*Ellas... corrieron a llevar la noticia a los discípulos. Jesús salió a su encuentro y las saludó... Entonces Jesús les dijo: «No temáis, id a decir a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán»*”. (Mt 28, 8 ss.)

María Magdalena pasó su vida intentando conocer a Jesús, Camino, Verdad y Vida, y no dejó de buscarle incluso después de muerto. Jesús se le manifestó y la envió.

La regla de la vida dominicana está llamada a la búsqueda de la Verdad en el estudio y la oración, desde la experiencia de la fraternidad. Se dice de Santo Tomás de Aquino que fue un “hombre de deseos”. La búsqueda de la Verdad es el eje de toda su vida. Su teología quiso ser una predicación de la Verdad buscada en el estudio y en la contemplación. El compromiso con la Verdad abarca toda la vida porque a la Verdad sólo se la encuentra en una relación existencial. No se puede abarcar plenamente porque la Verdad es Dios mismo. Hay un relato que cuenta cómo Jesús se le apareció en una ocasión a Sto. Tomás y le preguntó: “*¿Qué recompensa quieres por tu trabajo?*”. Tomás gritó sin dudar: “*Sólo a ti Señor*”.

La búsqueda y la predicación de la Verdad en la Orden Dominicana no tiene fronteras, ni en las formas de estudio y transmisión ni en los destinatarios del anuncio. A María Magdalena el mismo Jesús resucitado le reveló que se haría presente “a sus hermanos” en la predicación en Galilea. Con ello le indicaba que la predicación no tiene fronteras sino que está llamada a la universalidad. Ella misma representa a las mujeres que junto a los gentiles, formaban dos colectivos *excluidos* por el judaísmo a los que Jesús incluye en el anuncio del Reino, como lo subraya Mateo.

En María Magdalena se muestran las tres etapas a tener en cuenta en el itinerario de fe del discipulado:

- Los signos, por sí mismos, no fuerzan al reconocimiento del Señor; son insuficientes.
- La revelación del Señor se da en una relación personal.
- Existe posibilidad de acceder a la fe y a la relación con Jesús también para aquellos que no le conocieron en su existencia histórica.

El proyecto dominicano tiene sus propios medios para vivir estas etapas: un acercamiento a los “signos” por el discernimiento comunitario, inseparable del estudio y la contemplación; la liturgia y la contemplación formando parte integrante de la misma predicación; la predicación sin fronteras y, prioritariamente en lugares de fronteras, como lo han indicado con fuerza los últimos capítulos generales de la Orden.

María Magdalena representa la alegría de la predicación: “*Con temor y grande gozo corrieron a anunciarlo a sus discípulos*”, escribe Mateo. También el cuarto evangelio deja percibir el gozo de María en el encuentro y en el anuncio. El himno de Romano el Meloda nos evoca la alegría pascual que debió producir la experiencia del anuncio en aquellas mujeres miróforas.

La predicación dominicana también aparece tradicionalmente como experiencia de alegría. Se dice de Santo Domingo que era un hombre de alegre semblante y que la alegría impregnaba su vida en toda circunstancia. La alegría y la sencillez evangélica acompañan al anuncio si es “evangélico”.

Un breve apunte puede servir de botón de muestra de esta realidad, al mismo tiempo que nos traslada al hoy de la Orden Dominicana. El sermón sobre María Magdalena realizado por el dominico Pedro Meca en Pascua 2002, es un poema que se titula “*Si longue soit la nuit, elle finit toujours par une aurore*”, (Por muy larga que sea la noche siempre termina por una aurora). Predicador nocturno con los “sin techo” de París, encuentra reflejada su situación pastoral en la búsqueda del Señor que vivió María Magdalena.

La historia de la vinculación de la Orden de Predicadores a María Magdalena arranca de una serie de circunstancias diversas. Cuando Domingo fundó la Orden, la devoción a María Magdalena, en plena efervescencia en la alta Edad Media, ya se estaba extendiendo por Europa. Domingo de Guzmán obtuvo la aprobación oficial de la Orden por él fundada en diciembre de 1216. En Francia el culto a María Magdalena se intensificó en el s. XII hasta llegar a su culmen en el s. XIII. Por tanto, los comienzos de la Orden de Predicadores, en el sur de Francia, coinciden en el espacio y en el tiempo con un período de interés creciente por María Magdalena.

Es fácil entender que los primeros predicadores compartieran el sentimiento religioso de su época y conectaron con una devoción en pleno vigor en aquel momento. Según las fuentes históricas, los dominicos, por su apelación al arrepentimiento desempeñaron un papel importante en la difusión del culto a María Magdalena. Además, los dominicos fueron fundados para la *vida apostólica* y la *predicación de la Palabra*. María Magdalena había recibido el título de *apóstola de los apóstoles* que desde el comienzo la Iglesia le había reconocido. En los relatos evangélicos el mismo Jesús le había asignado la función del anuncio de su Resurrección a los apóstoles. Es comprensible que los predicadores dominicos mostraran predilección por aquella mujer que al anunciar la Resurrección se había convertido en la primera *predicadora de la buena noticia de la salvación*.

En cuanto a la relación explícita de la Orden con María Magdalena, no aparecen indicios claros de que hubiera una devoción especial a esta santa en el período inmediato a la fundación. Fue la Virgen María la gran protectora de la Orden de Predicadores. No encontramos huellas de la devoción a María Magdalena en las “fuentes” dominicanas, ni en Jordán de Sajonia ni en Gerardo de Frachet, ni en los demás escritos. Sin embargo la fiesta de M.M. consta como una de las fiestas significativas para la Orden desde los comienzos: La fiesta de María Magdalena del año 1220 así como la fiesta de la Asunción del mismo año se citan para asegurar que Domingo en ese momento se encontraba en Bolonia a pesar de su vida ajetreada por los viajes a Roma. También es nombrada la fiesta de María Magdalena como referencia importante, en una lista de fiestas del Señor, la Virgen María y los apóstoles Pedro y Pablo que figura en las *constituciones antiguas de la Orden*, escritas de la mano de Domingo.

¿Cuáles fueron las circunstancias que favorecieron la vinculación de la Orden Dominicana con esta santa?

Entre otras líneas de convergencia, existen unas circunstancias históricas en relación con el convento de S. Maximin, que hermanaron particularmente a los dominicos con María Magdalena. Desde 1295, bajo la demanda del Papa Gregorio VIII, los dominicos se hicieron cargo del santuario de S. Maximin y de la *Sainte Baume*. Han permanecido allí hasta 1791 y, después de un período de ausencia, volvieron a estar presentes entre 1859 y 1957. A partir de entonces permanece la presencia de la Orden en el lugar a través del monasterio de dominicas contemplativas.

Aunque el interés de los dominicos por María Magdalena comienza antes de finales del siglo XIII, de hecho, en 1295 comienza una historia que vinculará formalmente a la Orden de Predicadores con María Magdalena hasta el punto de que llegará a formar parte de la tradición dominicana a lo largo de la historia. La devoción a María Magdalena se irá extendiendo en la Orden. Aparecerá reflejada en la predicación y en la liturgia; pero además, dará origen a verdaderas obras de arte en la pintura y en la literatura.



Santa Catalina de Siena: profeta en medio de la Iglesia¹

Mary O'Driscoll, O.P.

Siena es una hermosa ciudad independiente y culturalmente rica, situada en la Toscana italiana. En la Alta Edad Media, alcanzó su máximo esplendor como centro financiero y de comercio.

Catalina Benincasa, amplia y popularmente conocida como Catalina de Siena, fue una mujer admirable. No sólo destacó en su tiempo, sino también en los siglos siguientes como una personalidad viva, fuerte, apasionada y entusiasta. Era una mujer con una inmensa pasión por la vida que se entregaba plenamente a cualquier cosa de la que estuviera convencida. Su convicción más honda fue el amor inmenso y asombroso de Dios por la humanidad, manifestado en Jesucristo. Como resultado de vivir interna y externamente desde esta verdad, llegó a ser una gran mística, locamente enamorada de Dios que la amaba y, a la vez, una figura histórica importante que trabajó infatigablemente por la renovación de la Iglesia y del mundo en el que vivió. Uno de sus biógrafos la describe como una persona que siempre se entregaba “al máximo”, cuando respondía plenamente de corazón a su Dios amoroso o cuando ayudaba compasivamente a su prójimo necesitado.

La fecha de su nacimiento más aceptada es el 25 de marzo de 1347, en Siena. Su madre Lapa di Puccio Piagenti y su padre Jacopo Benincasa, tintorero. Su casa es actualmente centro de peregrinación para los numerosos visitantes de la ciudad medieval. Se pueden visitar diferentes dependencias entre ellas el sótano donde Catalina vivió en soledad y oración durante tres años de su vida.

A edad muy temprana Catalina decidió que quería entregar su vida a Dios. Esta determinación parece estar relacionada con una visión extraordinaria de Jesucristo. Su deseo de pertenecer a Dios se puso de manifiesto primero con su voto de virginidad, con su decisión de unirse a las “*mantellate*”, grupo de mujeres laicas dominicas. Tenía 16 ó 17 años cuando se incorporó a esa comunidad laical. Catalina dedicó sus primeros tres años de su vida como “*mantellata*” a la vida de oración, recluida en su casa. Sólo salía para participar en las celebraciones litúrgicas en la iglesia de los dominicos. Después de este tiempo de retiro, Catalina se entregó de nuevo al servicio activo del prójimo y se convirtió en una imagen familiar en las calles de su ciudad natal.

Se narran muchas historias de su sensibilidad y preocupación por los pobres y de su cuidado atento a los enfermos de Siena. Aún hoy se puede visitar el hospital de la misericordia en el que veló a los moribundos aún a riesgo de su propia vida.

A pesar de que era una mujer iletrada, el magnetismo de su personalidad y la autenticidad de su santidad eran tan atrayentes que muchos buscaban estar en su compañía y aprender cómo ser verdaderos seguidores de Cristo.

Hacia los veinticinco años, la vida de Catalina cambió considerablemente. Se encontró inmersa en la vida política de su tiempo, al principio en contra de su inclinación, pero después asumiendo lo que sentía que era el deseo de Dios.

Viajó de un lado a otro en nombre de Cristo crucificado como heraldo de reconciliación y de paz. Fue un periodo de intensa actividad en la vida de Catalina, realidad que ella misma subrayó al firmar una de sus cartas precisamente como “Catalina Marta”. Sin embargo en medio de sus múltiples ocupaciones permaneció profundamente contemplativa. Le gustaba visitar el monasterio dominicano de Monte Pulciano, entre otros, en el que oraba frecuentemente ante la tumba de su hermana dominica Santa Inés.

Durante la estancia en Aviñón, a Catalina se le presenta otra tarea en su camino: la de tratar de convencer al Papa Gregorio XI para que trasladase la sede apostólica a Roma. Empresa difícil porque Gregorio, tímido y fácilmente manipulable, estaba rodeado de cardenales franceses que eran muy reacios a dejar su confortable forma de vida en Aviñón e ir a la ciudad de Roma a la que consideraban insalubre e incivilizada. Su sucesor Urbano VI, se embarcó, de manera inmediata a su elección, en la reforma de la Iglesia. Su forma de llevar a cabo esta tarea enfureció de tal manera a los cardenales que, cinco meses más tarde declararon inválida su elección y eligieron rápidamente a otro Papa, Clemente VII. Este hecho marcó el comienzo del Gran Cisma de Occidente.

A pesar de que Catalina consideró crueles y despiadados algunos de los métodos de Urbano, lo apoyó firmemente como verdadero papa. Éste, necesitando el consejo de la mujer sienense, le pidió que fuera a Roma; allí se trasladó en 1378. Un grupo de sus discípulos fue con ella y juntos vivieron una vida comunitaria cerca de la iglesia dominicana de la Minerva. El resto de su corta vida, Catalina dedicó su tiempo a trabajar y orar para que terminara el cisma. Sufrió tanto por esta causa que enfermó gravemente. En una de sus últimas cartas le dice a su amigo Raimundo de Capua, que si la viese, contemplaría *“a una mujer muerta yendo a San Pedro cada día”*. Pero añade: *“No quisiera dejar ese lugar, ni de noche ni de día, hasta ver a esta gente gozando de un poco más de seguridad”* (en paz con el Papa). Sufrió mucho física y espiritualmente en las últimas semanas de su vida. El 29 de abril de 1380, murió en brazos de su amiga íntima, Alessa, rodeada por muchos otros amigos y seguidores.

A finales de abril, sabiendo que estaba llegando a su última hora, mandó llamar a la familia de sus seguidores, que se encontraban con ella en Roma, se dirigió a ellos dulcemente y les dio los siguientes consejos: en primer lugar, les recordó que si querían estar unidos a Dios, habrían de tratar de desprenderse de todas sus búsquedas personales y falsos apegos, pues Dios quiere ser amado con toda la mente y el corazón de la persona. Les dijo sabía no era tarea fácil. Recalcó que había tratado durante toda su vida de practicar una oración incesante, basada en la verdadera humildad y no con la confianza puesta en su propia virtud.

En segundo lugar, reflexionando en torno a su propia vida, dijo que *“estaba convencida de que todo lo que le había sucedido a ella y a otros era signo del inmenso amor de Dios”*. Esta convicción le había dado tal confianza en la Providencia divina, que estaba *“lista para aceptar de buen grado cualquier cosa que se le presentara en el camino”*. De esta manera, les exhortó a tener una esperanza inquebrantable en la Divina Providencia.

Finalmente les rogó que se amaran unos a otros, porque ese fue el mandamiento de Jesús antes de morir (Jn15,12)... *“amaos unos a otros, mis queridos hijos, amaos”*. Les aseguró que si se amaban unos a otros, *“no caerían en la trampa de emitir juicios, sobre los demás ni de hablar mal inútilmente de su prójimo”*. Una expresión importante de este amor a los otros es el deseo de renovación de la Iglesia y de orar, trabajar y ofrecerse a Dios con este fin.

Algunos rasgos de la vida de Santa Catalina

Breve apunte sobre su época

Hay que enmarcar la vida y la obra de Catalina en la época en la que vivió. El siglo XIV fue un periodo de gran inseguridad y disturbios para la sociedad occidental. Los grandes cambios culturales, económicos, políticos y sociales causaron una gran conmoción y confusión. Conflictos violentos y guerras civiles. La estancia del Papa en Aviñón, seguida por el Gran Cisma de Occidente.

Finalmente, el siglo XIV marcó la transición de la Edad Media al Renacimiento, lo cual trajo consigo cambios radicales en la concepción de la vida y en las costumbres.

Sin embargo el siglo XIV fue también un siglo de intenso misticismo. De hecho, es conocido como la Edad de Oro de la mística. A ésta pertenecen los notables místicos del Rhin, el Maestro Eckhart, Juan Tauler, Enrique Suso y Margarita Ebner, que fueron todos, como Catalina, seguidores de Santo Domingo. A pesar de las dificultades de la Iglesia y la pérdida de fe en algunos, hubo en ese tiempo muchos otros, hombres y mujeres sencillos, que intentaron vivir una vida de profunda oración.

Nuestra mirada al siglo XIV es, sobre todo muy valiosa y significativa, por las similitudes entre la época de Catalina y la nuestra.

Catalina de Siena, una mujer de su tiempo, fue capaz de hablar a sus contemporáneos de una manera relevante y útil. Es muy probable que pueda hablarnos a nosotras también hoy.

Seguidora de Domingo

“Por Catalina pasó todo el alma de Domingo”. Estas palabras fueron dirigidas a toda la Orden Dominicana por el Maestro fray Aniceto Fernández en 1970, con ocasión de la declaración oficial de Catalina de Siena como Doctora de la Iglesia y son el tributo más grande que le puede ser otorgado como dominica. Santa Catalina tenía un profundo amor a Santo Domingo y a la Orden que él fundó. Creció bajo la sombra de la iglesia de Santo

Domingo, iglesia dominicana de Siena. Allí pasaba horas en oración y participaba en las celebraciones litúrgicas, especialmente en la eucaristía. Los frailes que vivían en el convento anexo al templo eran sus amigos y consejeros.

Los años de profundo aprecio de la vida dominicana y de escucha de sus perspectivas teológicas influyeron tanto en Catalina que podríamos decir que mucho antes de recibir el hábito dominicano ya era dominica, por ósmosis. Cuando decidió hacerse dominica, escogió unirse a las “mantellate”, un grupo de mujeres laicas agregadas a la Orden dominicana que, aunque se reunían regularmente, vivían en sus propias casas, dedicando sus vidas a la oración y a las obras de caridad.

Después de unirse al grupo de las “mantellate”, Catalina se dio cuenta que no era necesario ser varón para predicar la Palabra de Dios. De hecho, toda su vida puede ser descrita como un ejemplo del Carisma dominicano tal y como aparece presentado en las primeras Constituciones de la Orden.

Con la fuerza de Dios y el nombre de Jesucristo, Catalina se atrevía a predicar la Buena Noticia a sus contemporáneos.

Mujer eclesial

Descubrimos un amor intenso y apasionado por la iglesia que aparece mejor explicado con los términos de su gran amor por Jesucristo. La Iglesia no es otra que el mismo Cristo.

El amor intenso de Catalina por la Iglesia muestra el gran deseo de reforma eclesial que la mueve a lo largo de su vida y explica su agudo sufrimiento al estallar el Cisma. A su amigo Raimundo de Capua escribe: “*Muero y no puedo morir, mi corazón se quiebra y no puede quebrarse por el deseo que tengo de la renovación de la Iglesia.*”

El amor apasionado de Catalina de Siena por la Iglesia le dio la capacidad de permanecer con ella en todos sus sufrimientos y momentos trágicos y de no perder nunca la esperanza de que llegara un día a transformarse en la Iglesia que Dios quería.

Mística y contemplativa

A lo largo de toda su vida recibió manifestaciones extraordinarias. A pesar de que Catalina gozó de la experiencia de fenómenos místicos, nunca los consideró como esenciales para una vida profunda de oración.

Es significativo que sean sus biógrafos los que resaltan, más que ella misma en sus escritos, estos hechos extraordinarios. Para ella la manera de llegar a una auténtica relación con Dios pasaba por el camino “común” de fe, esperanza y amor.

La relación de Catalina con Dios gozó de gran naturalidad. Su amigo y confesor, Raimundo de Capua, narra que Catalina eran tan consciente de la presencia de Jesús mientras oraba que, cuando llegaba a la doxología, al final de un salmo u otra oración, acostumbraba a decir: “Gloria sea al Padre, y a Ti y al Espíritu Santo”.

En el último capítulo de su Diálogo, pregunta *¿Qué más podías darme que darte a ti mismo?* (D 167). Catalina se dio cuenta de que, al recibir el regalo “íntimo” de Dios, le había sido dada una nueva manera de contemplar a las personas, los acontecimientos y las cosas, y sobre todo el camino de Dios.

Encontrando a Dios en la creación

En la tradición dominicana siempre se ha subrayado la bondad de la creación del mundo, un aprecio muy especial por la Encarnación. Este énfasis está conectado con las circunstancias históricas de la fundación de la Orden. Este es el fundamento de toda la predicación dominicana y Catalina de Siena pertenece a esta tradición. Jesucristo es el centro de toda su teología y espiritualidad; él es la imagen perfecta de Dios y por lo tanto, quien puede revelárnoslo.

La historia de su vida es la historia de su participación contemplativa en el mundo. Para ella, esta creación es una puerta hacia Dios. En el primer capítulo de su Diálogo, Dios la invita a “abrir los ojos de su mente” y a contemplar “*la dignidad y belleza*” de todos los seres humanos. Para ella la belleza diseminada en la creación visible, no es sino un tenue reflejo de la belleza humana, y ésta a su vez un tenue reflejo de la belleza de Dios.

Santa cristocéntrica

En su vida de fe, Catalina de Siena es una de esas cristianas que mantiene fija la mirada primordialmente en Jesucristo crucificado. Éste es el foco central, la fuente de inspiración para todas sus oraciones y actividades. Catalina tenía un amor apasionado por Jesucristo.

Cuando Catalina de Siena habla de Cristo como “el camino” le gusta sobre todo referirse a él como “el puente”. *“Os he dado un puente, mi Hijo, para que podáis cruzar el río, el mar tormentoso, de la vida presente, sin ahogaros”* (D21).

“El puente tiene tres peldaños y puedes alcanzar el último subiendo los dos anteriores. Hay tres etapas en el viaje. La primera es la del siervo; la segunda, la del amigo y la tercera la del niño que me ama sin preocupación por sus intereses egoístas”. (D56)

Es el regalo más bello que Dios nos ha dado y a quien es imposible mirar sin ver también a Dios. Cuando Catalina ve a Jesucristo, ve por encima de todo el amor y la misericordia de Dios.

El viaje hacia el autoconocimiento

En la página inicial de su Diálogo, Catalina de Siena se describe como “moradora de la celda del autoconocimiento”. Esta afirmación es crucial para comprender que la santa de Siena ha desarrollado su teología y espiritualidad en el contexto del autoconocimiento. En su camino hacia Dios, la primera pregunta de Catalina no es: *“¿quién es Dios?”*, sino más bien: *“¿quién soy yo?”*.

Pero para conocer quiénes somos o cuál es el significado de nuestras vidas, necesitamos ir a Dios que nos creó. Por ello la invitación repetida de Dios a Catalina es la siguiente: “Abre los ojos a tu mente y mira dentro de mí”. Nunca podremos llegar al más profundo y rico autoconocimiento si no nos vemos a través de los ojos de Dios, como ella dice, si no nos miramos en el “amable espejo” de Dios. El Dios de Catalina es siempre amable al igual que el Dios de Jesús que nos describe el Evangelio. La razón por la que podemos vernos en nuestro amable Dios es que estamos hechos a su imagen divina. *“Para desear la consecución del verdadero Conocimiento y de amarme a mí, Vida eterna, lo importante es que no te apartes del conocimiento de ti misma, que bajes al valle de la humildad y me reconozcas a mí en ti”.*

La Doctrina de la Perfección, donde expresa el camino del conocimiento como medio para llegar a la unificación con Dios: *“Conociendo amamos, y amando nos hacemos uno con lo que amamos, pero ese conocimiento tiene que partir del conocimiento propio, como camino de humildad”.*



Una mujer que predica en el contexto de una cena¹

Maritzé Trigos, O.P.

Jesús se encuentra en Betania, que significa casa del pobre, casa de Simón el leproso que connota marginación, exclusión, y estaba sentado a la mesa (Mc 14,3). Situaciones, espacios y actitudes propias de una Iglesia doméstica, de una Iglesia Comunidad construida y vivida desde la perspectiva del pobre.

Están «**los de la casa**», «**los de la mesa**», la comunidad íntima de Jesús, los excluidos y excluidas, como eran las mujeres, los pobres, los huérfanos, las viudas, los enfermos y perseguidos. Desde ahí se predica; es el lugar social y teológico donde Dios quiere hablarnos hoy, la perspectiva del pobre; son los que siempre estarán a nuestro lado en una situación mundial de guerra y de globalización económica, los mártires de nuestros pueblos de hoy, la Palabra viva de Dios encarnada en sus procesos y organizaciones, en su vida cotidiana.

«Algunos de los presentes se enojaron, y se dijeron unos a otros: ¿Por qué se ha desperdiciado este perfume? Podía haberse vendido por el equivalente al salario de trescientos días, para ayudar a los pobres. Y criticaban a aquella mujer» (Mc 14,4-5).

«Pero Jesús dijo: Déjenla, ¿por qué la molestan? Ha hecho una obra buena conmigo» (Mc 14,6).

Una mujer sin nombre proclama a Jesús rey y sacerdote y lo unge, quizá con la presencia activa y silenciosa de ese grupo de mujeres que seguían a Jesús desde Galilea, y que estuvieron presentes al pie de la cruz, «*estaban María Magdalena, María la madre de Santiago, Salomé. Además, había allí muchas otras que habían ido con ella a Jerusalén*» (Mc 15,40).

Esta mujer es atrevida, supera la discriminación, la exclusión de su época y se lanza con este gesto que choca a las estructuras religiosas y económicas... Jesús se pone de su parte, «*déjenla, no le impidan que lo que está haciendo es algo muy importante*».

Su sensibilidad de mujer, su ternura, su compasión la lleva a este acto solidario y amoroso.

Su gesto profético de ungir con perfume la cabeza de Jesús es muy simbólico. No es gratuito atreverse a gastar un perfume fino y costoso sobre Jesús. Intuye quién es Él, se adelanta a la muerte y a la Resurrección, denuncia las estructuras de muerte y anuncia la esperanza. Su acción profética, que es predicación, provoca reacción, controversia, desacuerdo. Imposible que fariseos, maestros de la ley y publicanos, por su actitud de rechazo a la Buena Nueva, pudieran entender este lenguaje, a ellos no les era permitido entrar en los secretos del Reino.

«Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que escondiste de los sabios y entendidos. Sí, Padre, porque así lo has querido» (Lc 10,21).

La mujer del perfume predicó con todo su ser, menos con la palabra oral, guardó silencio, pero no un silencio cobarde y miedoso, sino un silencio henchido de denuncia, de esperanza, de vida, de memoria histórica, de justicia... Hoy estamos cansados de tanta palabrería y buscamos acciones comprometidas, predicar desde nuestra propia vida, no hablar de Dios, sino dejar que Dios hable a través de nuestra vida, de la vida del pueblo sufriente y excluido...

Catalina de Siena advierte a Raimundo de Capua: «*El dominico ha de ser hijo verdadero y pregonero de la palabra encarnada, no tanto con la voz sino con la propia vida, aprendiendo siempre del Maestro de la verdad. De este modo dará fruto, y será conducto por el que Dios hará llegar la gracia al corazón de los oyentes*». Hoy estas mismas palabras nos la dice también a las mujeres dominicas, hijas de la Palabra encarnada desde nuestra propia vida, más que con las palabras, al estilo de la mujer del perfume, que actúa proféticamente desde el símbolo de lo corpóreo, su acción simbólica sigue trascendiendo hoy.

«Esta mujer ha hecho lo que ha podido: ha perfumado mi cuerpo de antemano para mi entierro» (Mc 14,8).

Su predicación del corazón, no de sensiblería, sino desde la misericordia de un Dios Padre y Madre que se compadece en la víspera de la muerte del Hijo único de Dios... Anuncio que contagia, que apasiona, que no es

discurso vacío, sino que tiene la autoridad de una vida.

Predicó desde las entrañas que sienten el sufrimiento del pueblo perseguido que clama justicia, que resiste ante la acechanza del enemigo y derrama su perfume más caro y fino para invadir la casa del buen olor de Jesucristo, del aroma de la esperanza y de los sueños de nueva vida.

Hoy es una exigencia predicar no sólo desde la intelectualidad y racionalidad, sino desde las vísceras unidas a una racionalidad sintiente, como lo hizo Domingo, desde las pieles secas y sufrientes, desde su llanto y dolor, es desde ahí que podremos transformar y asumir la construcción del Reino, como mujeres dominicas y hombres dominicos en la historia y contexto de hoy.

Predicación desde las fronteras, desde los límites de la vida humana; a Jesús ya lo buscaban para entregarlo y darle muerte, era la víspera de su pascua... Es desde ese Memorial de la Pasión-Muerte y Resurrección que la mujer predica con este gesto simbólico, rico en contenido y profundo en su significado.

Predicación que es contestataria al poder del dinero, desestabiliza el dominio egoísta y los planes de muerte, provoca reacción a los adversarios que violentan la vida. Es desde una ética liberadora que se recupera la dignidad humana. La mujer del perfume manifiesta gran convicción y firmeza a su conciencia, convicciones arraigadas que la llevan a una libertad inaudita.

Predicación que convoca con un poder transformador, porque la Verdad y la Justicia son requisitos ineludibles, para que la Buena Nueva se convierta en signo de vida digna.

Alejandra Marabotto, o.p., sintetiza muy bien lo que debe ser nuestra predicación hoy: *«Creemos que lo más auténtico de nuestra predicación femenina se diseña en este ámbito del escuchar y del suscitar la narración, cuidando de que las palabras acogidas y brindadas sean sobriamente necesarias, fermento de liberación. En una sociedad que divide a los hombres en usuarios de derechos y excedencia, siguiendo las huellas de Domingo, caminamos hacia los que están de más; los no necesarios, los no previstos. Allí predicar es disfrutar del banquete desertado por la ciudad opulenta. En cada esquina, en cualquier lugar los excedentes en número, con el hábito de los que vuelven de la gran tribulación están disponibles para fraternizar y compartir el pan, dando rostro al Reino que ya está entre nosotros».*



Hijas e hijos de Domingo hacen teología juntos¹

Wojciech Giertych, O.P. (Polonia)

Hubo un tiempo en que parecía que una mujer no podría ser doctora de la Iglesia. Felizmente hemos salido de ese periodo y nos estamos haciendo cada vez más conscientes del enfoque específicamente femenino a los divinos misterios, que es un gran servicio y un gran don para la Iglesia. Quiero interpretar este hecho a través de una distinción (que hizo Tomás de Aquino) entre el *intellectus* y la *ratio*. El intelecto es el poder de intuición de la mente, la capacidad de captar la realidad directamente. La razón es el poder unir las cosas, viendo las conexiones, llegando a conclusiones mediante un silogismo. Tanto la mente masculina como la femenina tienen las dos cosas, el intelecto y la razón, pero la mente femenina es más intelectual y la masculina más racional. En muchas lenguas utilizamos el mismo verbo para describir la función de la mente y de la mano (*to grasp, saisir, capire, chwyci*). Normalmente la mano masculina es mayor, más fuerte, capaz de agarrar un objeto pesado, mientras que la femenina es más delicada, más pequeña, capaz de transmitir algo cuando se pone sobre el hombro de alguien en un gesto de comprensión y simpatía. Si ahora aplicamos esta observación al trabajo de los teólogos, que han intentado describir el misterio de la presencia de la gracia divina en el alma humana, vemos una diferencia notable entre los trabajos de hombres y mujeres. Tomás de Aquino es típicamente masculino en su trabajo, especifica claramente el funcionamiento de todas las facultades, hábitos, actos, en sus dimensiones naturales y sobrenaturales, con la precisión de un "ingeniero de la santidad". La larga descripción de las diversas emociones, de su adaptación en las virtudes naturales y teológicas, de la contribución de la razón, el intelecto, la voluntad, memoria, imaginación y, por supuesto, la gracia, puede ser en ocasiones enervante por su precisión. Si comparamos esto con la descripción de Santa Catalina de Siena o de Santa Faustina Kowalska, u otras mujeres místicas, vemos que hay un enfoque diferente. El enfoque femenino es menos racional, más intelectual, más descriptivo y poético. Su presentación no es tan precisa como la de Tomás de Aquino, pero es fascinante por su encanto. Tiene algo de las palabras de un amigo, que se sienta a nuestro lado, nos agarra por el codo y dice: "Mira". ¿Qué teología necesitamos, la teología racional de los hombres o la teología intelectual de las mujeres? ¡Necesitamos las dos! Ciertamente nosotros los hombres necesitamos los dos enfoques. Si dejamos de beneficiarnos del enfoque femenino, nuestra teología se vuelve rígida y seca, se vuelve demasiado conceptual y no invita a entrar en el Misterio. ¿Por qué hay tan pocos santos entre los tomistas?

Diane Jagdeo, O.P. (Trinidad y Tobago)

Hay con toda seguridad una conexión integral entre hacer teología y participar en la vida de comunidad. En efecto, no existe teología fuera de la comunidad de los fieles. Me siento privilegiada de formar parte de una comunidad de hermanas que tienen en común la vida y la fe. Nuestra reflexión diaria en común sobre el Evangelio y nuestro estudio semanal son dimensiones de nuestra vida en comunidad. Juntos en la pertenencia al ambiente rural, nos facilita la oportunidad estimulante y nos desafía a articular, a aprender y pensar de modo teológico. De esa manera, hacer Teología y vivir nuestro propio carisma son dos aspectos de la misma vida: ¡una verdadera vida dominicana! Aquí se nutre la "pasión por Dios y la compasión por la humanidad", y por todo lo creado. La vida y la misión están entrelazadas. Ahora comenzamos a soñar la posibilidad de que algunos de nosotros -hermanos, hermanas y laicos dominicos- puedan reunirse para promover la dimensión comunitaria de nuestra predicación. El sueño es formar una comunidad de predicación con una base contemplativa.

Sin duda la mujer teóloga es un don especial a la Iglesia. Nuestra contribución específica, tal como yo lo veo, es de ayudarnos a ganar un espacio dentro de la Iglesia, de modo que la participación verdadera e inclusiva haga que la Iglesia como comunión resulte un encuentro efectivo de liberación, elevación y salvación. ¡La voz y sabiduría de las mujeres debe resonar como trompeta que augura el tiempo de renacimiento de una Iglesia que ha sido demasiado clerical y distante, demasiado "ajena" y fría!

Julia Daniela Iskrova, O.P. (Eslovaquia)

Por la experiencia que tengo, debo reconocer que "hacer teología" es algo propio de la hermana dominica, para la que la primera obligación debe ser convertirse en predicadora de la Palabra para que todos podamos encontrar, conocer y dar a Cristo la respuesta apropiada, tomando posición clara: aceptándolo o rechazándolo.

Confieso que haber respondido «sí» me hace sentir más contenta y segura. Siento que puedo crecer, que puedo enriquecerme a mí misma y a los otros con el "material" que no es impreciso, es un "material" que ayuda a vivir los momentos gozosos y los tristes, que ayuda a acercarse siempre más a Cristo. El "material" que contiene la Palabra de Dios en las palabras de los hombres.

Conociendo y profundizando continuamente en la Palabra de Dios, el tiempo no puede ser considerado perdido, el camino elegido no puede ser considerado equivocado, sino que es un gradual acercamiento, día tras día, a la meta final que es Cristo, y un continuo reconocer que Él es antes de todo y que todo subsiste en Él (cf. Col 17).

Me siento contenta de que Santo Domingo haya incluido en su Orden el estudio como uno de los pilares de su espiritualidad. Estudiar no es fácil y es también una mortificación, una ascesis, pero, es fuente de alegría extraordinaria por la cual vale la pena afrontar cualquier sacrificio.

Por esto quisiera animar a todos los miembros jóvenes de la Orden Dominicana a estudiar la Palabra de Dios y a ponerla en práctica, porque solamente esto tiene valor en nuestra vida. Profundizar cada día más y más en el conocimiento de aquel Cristo que hemos elegido, que nos ha elegido, por el que hemos decidido ofrecer la vida. Si no hacemos esto, es inevitable que busquemos hacer otras cosas y llenar nuestro tiempo con aquello que el mundo nos ofrece, cosas que pueden parecer útiles e interesantes, pero que infelizmente son efímeras y transitorias.

Vale la pena estudiar la Palabra de Dios, no tanto por nosotros mismos, como nuestro alimento cotidiano, sino también y especialmente para compartirla con otras personas que entran en contacto con nosotros. ¡Ésta es nuestra vocación dominicana!

Liam Walsh, O.P. (Irlanda)

La teología es el ser humano agarrando la Palabra de Dios, amasándola y dándole forma en palabras e imágenes, horneándola en el fuego del pensamiento crítico para que pueda ser recibida por el pueblo de Dios como pan de vida. No puede ser expresada solamente por un grupo de la familia humana, corriendo el riesgo de resultar desequilibrada o de convertirse en instrumento de control mental que puede llevar a la defeción por parte de los que no forman parte de tal grupo. La teología necesita todo el ámbito de la experiencia humana: ser la voz de los pobres así como la de los ricos, la voz de las mujeres así como la de los hombres, la voz de los laicos así como la de los clérigos. Actualmente necesita incluir explícitamente voces femeninas. Aunque los hombres no sean enteramente incapaces de hablar en favor del lado femenino de nuestra humanidad, no tiene mucho sentido esperar que lo hagan todo por sí solos. La teología necesita a las mujeres para ser completamente teología. Necesita mujeres que dispongan de tiempo y espacio institucional para hacerlo adecuadamente y al más alto nivel. Domingo hizo que la práctica de la teología fuera parte integral de la vocación dominicana. No es sorprendente que las mujeres dominicas hayan entrado en este campo tan pronto como les fue posible: en realidad fueron las primeras que propiciaron el cambio. La llamada está todavía presente: la llamada a que todos los dominicos, hombres y mujeres, reciban una sólida base teológica en su formación; la llamada a que algunos de nosotros, tanto hombres como mujeres, tengan la oportunidad de convertirse en teólogos profesionales competentes.

María Teresa Murillo, O.P. (España)

Porque experimentaba que mis palabras no alcanzaban a expresar y responder a los interrogantes fundamentales, no sabía hablar de Dios (predicar) en las condiciones cambiantes de nuestro tiempo, de nuestros hermanos y a veces de mí misma, decidí estudiar teología. Pienso como Mary O'Driscoll O.P. que "si queremos predicar una palabra relevante a nuestros contemporáneos, necesitamos hacer de las situaciones

de vida una fuente de la teología". Tener una actitud reflexiva profunda hacia la vida, que nos ayude a cuestionar, a buscar, a aprender.

Percibo la vocación teológica en nuestro tiempo como una necesidad urgente; siempre lo ha sido, pero si cabe en nuestro tiempo lo es más. Esta vocación significa para mí vivir mi vida religiosa dominica con muchísima más coherencia y con muchísima más capacidad de reflexión profunda hacia la vida. Ello me ayuda a cuestionarme, a buscar, a aprender, a acoger, a entender, a sintonizar, a cambiar.. Para mí es muy importante porque me ayuda a ser lo que soy: mujer, creyente, dominica.

Nuestra Orden, se ha dicho desde los orígenes, ha sido fundada para la predicación. El diálogo con la increencia y la cultura laica es hoy una de las grandes urgencias de nuestro tiempo, pero ¿cómo dialogar sin conocer las ideologías que conforman la mentalidad y la cultura del mundo contemporáneo? ¿Cómo dialogar con la cultura a la vez que respetamos su autonomía? ¿Cómo hacer posible que nuestra predicación o palabra humana sea palabra salvadora de Dios? ¿Cómo hacer posible que nuestra predicación no sea retórica, sabiduría humana sin más y que acerque a nuestras vidas retazos de gracia, trascendencia y misericordia tan necesarias en nuestro mundo?

En palabras de Xavier Quinzá, "lo importante no es lo que aprendamos, sino cómo nos transforma lo que aprendemos. No querer aprender es querer quedarse como uno es, satisfecho de su ignorancia. Aprender es cambiar, enriquecerse, adquirir un nuevo ser".

Nuestra formación no puede estar al margen de nuestra vida si queremos predicar y evangelizar. No es posible evangelizar al margen de la realidad. El género humano se encuentra hoy en día, en una nueva época de su historia, en la cual los cambios radicales y profundos se extienden a toda la sociedad, sin excepción.

En esta realidad experimentamos que la lucha por la justicia se ha convertido en la piedra de toque y el criterio de verificación de toda predicación y evangelización. Esto hay que encarnarlo; sólo así hay una posibilidad de que cuando prediquemos, hablemos, etc., expresemos una palabra que pueda ser entendida por la gente de nuestro tiempo.

Es una tarea complicada y debemos hacerla conjuntamente; las comunidades deben estar implicadas, es el laboratorio de nuestra vida, allí elaboramos parte de nuestra existencia y así tiene que ser una tarea colectiva. Tarea que contrastamos con nuestras hermanas que nos aportan y esclarecen ideas. El trabajo conjunto en la Orden es otro reto a afrontar. La visión femenina y masculina sobre la vida conjugadas en la reflexión teológica será uno de los aportes más interesantes que podemos ofrecer a nuestro tiempo. Pues "la humanidad tiene dos alas, masculina y femenina; hasta que las dos alas no estén preparadas para el vuelo, la humanidad no levantará alas y volará".

Helen Frances Bergin, O.P. (Nueva Zelanda)

Como mujer que pertenece a una comunidad de Hermanas Dominicas, encuentro que mi teología se nutre profundamente en mi vivir y orar con otras mujeres. Las primeras experiencias de la vida religiosa, el salmodiar en común y los otros oficios corales me hacen tomar conciencia del Dios que me circunda en todas las estaciones y en cualquier estado de ánimo. Hoy nuestras reuniones regulares en torno a una mesa para reflexionar y orar juntas sobre el Evangelio del día me recuerdan los desafíos inmediatos de la Palabra de Dios en nuestra vida. Frecuentemente siento una llamada a escuchar de modo especial la llamada de Dios. Compartir con frecuencia la oración comunitaria nos lleva a conversaciones que implican profundamente nuestra vida de mujeres en comunidad. Nos recuerda también nuestra necesidad de orar con y por nuestro mundo. Es un tiempo que profundiza la reflexión teológica. Es un tiempo que, sin duda, nos enriquece.



La liturgia: plataforma de predicación¹

Inmaculada Egüés, O.P.

Domingo de Guzmán tenía muy claro que la liturgia era una fuente de gracia para los creyentes y así, no sólo mantuvo el rezo del Oficio Divino como una práctica individual, sino que lo rezaba con sus frailes en común (comunidad) y, como cuentan sus biógrafos, paseaba por el coro animando a sus frailes a la alabanza y a meditar en el corazón lo que decían sus labios para que se diera de manera afectiva y coherente esa participación *en espíritu y en verdad*.

Santo Domingo vivió siempre la liturgia con entusiasmo y profundidad y buscó siempre aquellos estímulos que le ayudasen a una más plena participación y entendimiento de la misma.

Desde los orígenes, el fundador de la Orden de Predicadores incluye en sus comunidades el amor a la oración litúrgica en comunidad.

La palabra *Veritas* es clave en nuestra historia como dominicos y dominicas. La veracidad en la vida y en la oración de un dominico o una dominica, es un valor irrenunciable.

Los maestros generales y los capítulos hacen constante referencia a la práctica de la oración y al espíritu de la oración comunitaria *activa* en la que participen plenamente, todos los miembros de la comunidad. El Capítulo General de Caleruega (1995) sugiere “*crear -en las comunidades- un espacio litúrgico, no necesariamente sacramental, en el cual se pueda escuchar y dialogar, teniendo en cuenta al otro en su contexto comunitario y apostólico*” lo cual sería muy beneficioso para la vida fraterna y comunitaria.

El mismo capítulo reconoce que para bien de la vida fraterna y comunitaria, la liturgia *podría ser un lugar donde entrasen en juego simultáneamente, la transparencia y la eficacia, evitando quedarse en un nivel superficial*.

Basándonos en lo dicho podemos afirmar que:

- a) La oración litúrgica de la Orden desde los orígenes de la misma es una oración encarnada. Parte de la vida y se proyecta en la vida. De tal manera que para ser fieles, no sólo a la praxis de la Orden sino a la misma liturgia post-vaticana, hemos de acercar la vida a la liturgia y, a su vez, la liturgia a la vida. De ahí la “obligación” de promover liturgias encarnadas que acojan la vida y la celebren, la iluminen, potencien el compromiso y el testimonio.
- b) La liturgia, desde la espiritualidad dominicana, es una liturgia que rezuma inserción y que parte desde la inserción. Es una liturgia que compromete y celebra el compromiso.
- c) Está invadida de compromiso con el más pobre, una espiritualidad comunitaria y participativa, democrática y respetuosa, aprendida en el contacto con la humanidad doliente.
- d) La liturgia de la Orden de Predicadores es una liturgia orientada a la acción apostólica y surge de la acción apostólica.
- e) Es una liturgia con sensibilidad para destacar las diferencias de los tiempos litúrgicos y dejarse interpelar por ellos (adviento, cuaresma, pascua). Abierta al lenguaje de los signos y de los símbolos (los gestos, la iconografía dominicana, el arte en la orden, la sencillez de ritos) Respetuosa con la forma de expresión de los pueblos. Sabe acoger la idiosincrasia de los distintos lugares y admite el cambio que se produce en la expresión con el correr de los tiempos. Comprende que cada tiempo necesita su manera peculiar de manifestar sus vivencias y busca formas nuevas para tiempos nuevos. Acepta los diferentes modos en que las nuevas generaciones manifiestan a Cristo y asume estas formas para la predicación.

Mucho hemos heredado de la Orden Dominicana pero uno de los legados más ricos es el amor a la oración litúrgica. El dominico, la dominica, ama la liturgia, celebra la liturgia, fomenta el amor a la liturgia y encuentra en ella y por tanto en el rezo en común, o sea en la comunidad-asamblea “*fuerza de la que mana toda la fuerza*” para el compromiso.

Celebrar en común la Liturgia de las Horas no es reunirse en el templo o en el coro para “recitar” laudes o vísperas. El rezo común acoge la realidad y la de las personas de la asamblea. Rezar en común es poder llegar a la oración con la totalidad de mi ser, mis circunstancias y las de quienes me rodean, mis realidades y las del mundo en que vivimos, “*el mundo no es sólo el objeto al que ofrecer el mensaje de salvación sino que es también el lugar teológico en el que debemos buscar la Verdad de Dios*”. Y si bien es sabido de todos que la celebración litúrgica es mucho más que la celebración de la vida y los problemas y alegrías de las Humanidad, no por eso debe dejar al margen las circunstancias y el entorno de quienes celebran. Debe acoger la totalidad de la persona con su situación concreta, sus ilusiones, sus fracasos, sus logros y sus cansancios. Todo eso tiene que ser recogido, celebrado e iluminado en la oración. El hecho de insinuarlo en común antes de empezar o en cualquier otro momento, nos puede dar la clave para que nuestra oración, sin dejar de ser un acontecimiento universal de salvación y de la Iglesia, se haga a la vez más real, más próxima, más personal y más comunitaria.

Vivir en comunidad es poner en común no sólo lo que tengo: comunidad de bienes, sino lo que soy con toda mi realidad; comunidad de vida. La oración comunitaria está en las coordenadas de esa universalidad cósmica de salvación en la que nos integramos para saborear la presencia, también hoy para nosotros salvadora, de Cristo en el Espíritu, y esto lo hacemos con la comunidad y en la comunidad.

La Orden de los dominicos y dominicas se ha destacado también por su liturgia de porte sencillo, humano, cercano y sin protocolos, buscando cortar distancias por la sencillez de sus ritos y la cercanía de trato, lo cual puede engendrar el riesgo de relativizar demasiado las formas de expresión y caer en la “gris” y en la intranscendencia simbólica. Riesgo que puede evitarse reforzando con gestos y acciones definidas lo más significativo del Misterio que se celebra.

Acercar la liturgia a la asamblea no significa relativizar el Misterio. La liturgia encierra realidades que escapan a nuestro entendimiento y que sólo se ponen de manifiesto cuando le dejamos espacio al Misterio.

La vivencia y la comprensión litúrgica no es solamente algo intelectual sino la captación del mensaje que nos revelan los signos, los ritos, las acciones simbólicas sacramentales. Éstas, con frecuencia, se escapan a la razón, la trascienden y entran en el campo del Misterio y sólo desde ahí se hace comprensible el lenguaje de Dios.

La liturgia se destruye cuando se sustituyen los símbolos por discursos, la Palabra de Dios por las palabras humanas, o la gracia divina por el compromiso meramente humano.

A veces por explicar lo inexplicable, se cae en la banalización, en la trivialidad o en el acoso verbal de tanta palabrería y lo único que se consigue es desvirtualizar el Misterio.

Algunos retos

Empezamos diciendo que las celebraciones litúrgicas, deben estar impregnadas de las características sustanciales de la espiritualidad de la Orden, lo cual obliga a realizar una liturgia en la que se note con claridad lo específico de esa espiritualidad de los seguidores del carisma de Domingo.

Precisan un talante que manifieste claramente lo peculiar del carisma de la Orden de Predicadores desde lo simbólico, lo espiritual, lo teológico y lo antropológico.

Exigen una liturgia que atienda y dé respuesta a los interrogantes de los hombres y las mujeres de hoy sabiendo combinar las realidades pastorales con las verdades de fe. Por tanto, los hombres y mujeres de la Orden no pueden conformarse con llevar a cabo un culto legalista o individualista. Ni tampoco hacer celebraciones como una obligación adquirida. La liturgia no es una costumbre heredada de santo Domingo o de quienes hicieron la Orden antes de nosotros. No es un trabajo o realizar. No es un gueto en el que todos nos sentimos cómodos y felices o a salvo contando lo que nos gusta. Una liturgia desde la espiritualidad dominicana no es, ni mucho menos, una evasión en la que se potencie la sensiblería y la dirección verticalista, que no inquieta en el aspecto social ni en el compromiso por una sociedad más justa. No es tampoco una acción que sirve sólo para justificar mediocridades y satisfacer o acallar conciencias. “*La liturgia no es una huida, sino compromiso en un clima celebrativo familiar y espontáneo, fuera de todo sacralismo o hieratismo*”. Es pues evidente que en la celebración litúrgica, respetando y destacando el misterio que la fundamenta tiene cabida la expresión de lo humano sin menoscabo de lo divino.

La liturgia debe ser un *espacio radical* en la vida de los dominicos y dominicas. Una liturgia que manifieste con claridad la opción de “fronteras”. Cuando hablamos en la Orden de “fronteras” sabemos a qué nos estamos refiriendo, sabemos qué decimos de situaciones, hechos, o lugares de *riesgo* donde la acción de Dios necesita todavía dejarse ver, necesita encarnarse, necesita visibilizarse. Existen situaciones en la vida humana en las

que todavía no se manifiesta la salvación. La Humanidad se resiste a la acción de Dios y esconde actitudes y realidades que necesitan ser salvadas. Es en ese espacio en el que hay que incluir el talante de la liturgia dominicana. Este talante, además, puede acarrear complicaciones y conlleva y plantea opciones arriesgadas.

Concluyendo diremos que la liturgia desde la espiritualidad dominicana, como liturgia cristiana que es, debe realizarse sobre la sólida base del Misterio Pascual: pasión, muerte y resurrección de Jesucristo que se actualiza en la comunidad de creyentes reunidos en el nombre del Señor (*cf. Sacrosanctum Concilium n. 7*).

La Liturgia, presidida y animada por dominicos y dominicas -por ser liturgia de predicadores y predicadoras- ha de definirse claramente como *plataforma de anuncio y denuncia*. Las liturgias dominicanas han de manifestar que se ha tomado partido preferencial por los más desfavorecidos.

Las celebraciones no pueden hacerse en base a la rutina, la prisa, la desgana, o la ansiedad; no debe celebrarse sin especificar el compromiso.

Tampoco debe hacerse de forma leguleya y superficial. "*Se insiste en que se ha de tener la convicción de la necesidad absoluta de espíritu de oración y no sólo tener en cuenta el cumplimiento de las normas o rúbricas de la oración*". Menos sin estar encarnada en la historia ni acoger la vida. Acoger lo cotidiano no quiere decir trivializar lo sagrado.

Debe ser una liturgia de *inserción* tomando como apoyo aquellos elementos de participación que expresen y potencien la colaboración de los creyentes en la obra de la Salvación, aquellos componentes que no anulen ni adormezcan la capacidad de participación y compromiso de los hombres y mujeres allí reunidos. Ha de manifestar como suyos aquellos elementos (canciones, moniciones, signos, símbolos, homilía, peticiones, murales, etc.) que ayuden a encarnarse en el "*aquí y ahora*" de nuestro mundo sabiendo descubrir en ellos la verdad que encierran. "*En la Orden es tradición tomar en serio el mundo y cada momento particular de la historia y no tener temor a afrontar la verdad contenida en cada momento dado*" especialmente los que afectan a la comunidad allí reunida y teniendo en cuenta, desde la compasión dominicana, *a la humanidad dolorida*.

La Liturgia, desde la espiritualidad de Domingo de Guzmán, no puede ser artificiosa, protocolaria, que gire alrededor de nosotros mismos o nuestros intereses particularistas; no debe ser una celebración pomposa, aparatosa, espectacular, ceremoniosa, rutinaria, vacía de contenido o anquilosada e inamovible, sino que debe ser algo realmente humano que a la vez trascienda y ayude a *palpar la presencia salvadora* de un Dios que acompaña e ilumina la historia de la Humanidad. En fin, una liturgia al mismo tiempo antropológica y pneumatológica.

A la vez, la liturgia dominicana ha de ser una liturgia que al anunciar y celebrar sacramentalmente el amor de Dios y el misterio de Salvación realizado en Cristo Jesús lo haga de manera *encarnada, interpelante, festiva*; solemne, dentro de la sencillez; cercana, sin ocultar ni velar lo que ofrece de misterio precisamente por el Misterio que ofrece. Festiva sin vulgaridades ni pasotismos; admitiendo nuevas formas. Creativa asumiendo lo corpóreo, los gestos, la expresión corporal. Una liturgia que denuncie la injusticia, los atropellos, las desigualdades de la sociedad con claridad evidente en la misma celebración y a través de ella. Y que aproveche los elementos que la propia liturgia le ofrece para imbuirlos de la propia espiritualidad dominicana. Ha de ser dialogal y pluriforme, como la Orden misma.

En lo que se refiere a los ejercicios de piedad el Concilio Vaticano II prefiere la celebración litúrgica antes que cualquier otra forma de ejercicios de piedad popular y aunque los recomienda, éstos han de *estar orientados a la liturgia y, en cierto modo deben derivar de ella, ya que la liturgia por su naturaleza está muy por encima de ellos*. Sólo desde este criterio adquieren sentido algunos ejercicios de piedad que la Orden dominicana propone como suyos.

La oración litúrgica de los seguidores de Domingo debe ser una celebración que viva y avive la teología, que viva y avive la presencia salvadora de Dios y la haga asequible a la comunidad que celebra.

Una liturgia que *enseñe teología*. Decía el Padre Ives Congar reconociendo a la celebración litúrgica la cualidad didáctica: "*debo a la Liturgia la mitad de la teología que sé*".

La liturgia bien celebrada hace al estudio más profundo, más incisivo, le da plenitud pero sobre todo ofrece a quienes la celebran la oportunidad de experimentar con el corazón lo que no se entiende con la razón.

La oración litúrgica de predicadores y predicadoras no puede ser neutral ni "descafeinada". Debe ser una liturgia *definida, comprometida* con las hermanas y hermanos que sufren y con los rechazados y desheredados de la sociedad. Una liturgia que viva la novedad profética desde el anuncio de la Buena Noticia y que le ponga al alcance de todos y todas las creyentes desde la propia realidad que viven y que esta intención se descubra fácilmente.

La Liturgia de la Orden debe ser una liturgia que comprometa a quienes la celebren. Las celebraciones litúrgicas de los dominicos y dominicas no pueden ser una liturgia mediocre, sin identidad dominicana. Ha de ser una liturgia de ojos abiertos, una liturgia que parta de la contemplación interior y de una *“contemplación callejera. Al igual que la Escritura nos revela a Dios, así también la gente que encontramos en la calle. Todos ellos nos muestran, si tenemos ojos para ver, aspectos del rostro de Dios en la condición humana”*.

Pero la sabiduría popular dice que “no todos los ojos abiertos ven ni todos los ojos cerrados duermen”. Para ver hay que mirar, hay que fijarse, hay que querer percatarse de lo que sucede, no hay que volver la cabeza y marcharse, hay que analizar, implicarse, comprometerse.

Por otro lado, cerrar los ojos y no dormir es saberse, encontrarse, ser uno mismo, identificarse con la única Verdad, es encontrar en el interior de uno mismo, en la noche, el reflejo del rostro de Dios que se ha descubierto, *durante el día*, en el rostro de los hermanos y hermanas. Es entrar en la *“celda interior”* donde se gesta el amor y se siente el clamor de los hermanos y hermanas y sentir el impulso de ir a comunicar lo descubierto desde la predicación de la Verdad.

Es reconocer a Jesucristo, descubrir su exigencia y, como Catalina de Siena, salir con radicalidad al encuentro de los enfermos y empobrecidos.

Las celebraciones litúrgicas dominicanas por ser liturgia de dominicos y dominicas, tienen que recoger y manifestar en sí mismas, de una o de otra forma, la radicalidad. Y, en algunas ocasiones, la exigencia de la propia realidad que se vive llevará a quienes celebran a traspasar incluso los límites de lo prudente, humanamente hablando.

En fin, la liturgia de la Orden de Predicadores y por extensión, la de toda la Familia Dominicana tiene que ser plataforma de predicación, lugar de evangelización, espacio de anuncio y de denuncia, en definitiva, una *liturgia profética, una liturgia de “frontera”*.



La mujer, llamada a dar vida¹

Judith León Guevara, O.P.

A ejemplo de nuestros fundadores y fundadoras que aprendieron de María cómo encarnar la Palabra, las religiosas dominicas estamos llamadas a dar vida. La mujer es un espacio abierto a la vida. Dios, que es vida, ha hecho de esta potencia capaz de procrear y es que Dios sólo llama a la vida a lo que vale, a lo que trasciende, a lo que tiene vida sin término y Jesús, que nos revela el ser del Padre, nunca llama a lo que pasa, a lo que muere; fecunda y hace crecer a la persona con su ser aceptada, con su vida en la vida.

Es en el regazo de una madre, en sentido físico o espiritual, en donde se pronuncia por primera vez el dulce nombre de padre, refiriéndose a Dios. Aquí se abre el ser a la vida; aquí se forja el futuro de una persona; aquí empieza a florecer y esto supone que debe encontrar un bagaje de valores. Ser mujer supone capacidad para acoger la vida, alimentarla, protegerla, darla a luz. Es toda una misión, imagen de la solicitud de Dios por la persona.

Con nuestra vida hemos de alimentar a aquellos que en el plan de salvación se nos confían; somos una réplica de quien se ha hecho "El proyecto de vida". Es interesante hacer un alto en el camino de la misión y reflexionar sobre todo lo que implica ser mujer y mujer consagrada. ¿Cómo acogemos nuestro propio ser; cómo acogemos el ser del otro? ¿cómo acogemos la Palabra y nos dejamos acoger por ella? ¿vivo y propicio espacios para vivir?

Acoger la vida es darle a nuestra vida el estilo nuevo de Jesús en el amor, en la compasión, en la búsqueda de la verdad, y es cuando cobra todo su sentido nuestro ser de mujeres: llamadas a amar con el amor con que Dios nos ama en Jesús. Un amor como en la madre auténtica, sin medida, hasta la sangre. Es el amor de todas las horas y todos los días, con el amor con el cual Jesús vive en nosotros.

Ser tierra buena donde florezca el bien, donde se encuentre la vida, donde se nutran los valores. Donde haya una mano y un corazón femeninos se debe estar forjando el "*homo postmodernus*" y con él un mundo donde se vayan creando nuevas dimensiones que reflejen el ascenso de la persona a su único destino: la plenitud en Dios.

Juan Pablo II, refiriéndose a esta urgencia, al equilibrio del hombre, diseña este propósito, hablando de la búsqueda de una auténtica "Ecología humana" que recupere a la persona en sus dimensiones de originalidad, libertad y autodominio, apertura y solidaridad, rescatando en todo ello su ser humano que significa ser trascendente, logrando la armonía, utilizando nuestras potencialidades, viviendo por el bien y la verdad.

Buscar nuestro origen es plantearnos radicalmente ¿para qué vivimos? ¿qué significa ser humano-mujer? Es sabernos parte activa de un proyecto; implica el derecho al "sentido de la vida". Es hora de levantar el vuelo. Es hora de que la palabra se haga carne y viva en la vida nuestra, ser mujer para gestar a los nuevos hijos de Dios, conforme a su proyecto eterno.

Es situarnos más allá de los acontecimientos y descubrir el signo de hoy para mí, ante un mundo de violencia y de muerte; ser vida, dar a luz la vida. Dar vida con la Vida que se va enseñoreando de la nuestra y nos comunica la gracia de ser sacramento vivo de Dios, si entramos en el plan de salvación.

Amor...

El que se acuna en mi ser cada mañana,
para ser prodigado en la misión.

El de mis sueños y mi búsqueda,
el de mi entrega diaria con todo el corazón.

El del dulce coloquio hecho poema,
que colma el sentimiento y la razón.

Amor total, universal,

el que se entrega en secreto y sin mirar a quién.
Un silencio, una palabra, mi actitud,
una sonrisa, la fatiga y el dolor.
Porque yo soy vida en Ti,
yo soy promesa.
¡Soy amor!

Desde la óptica eterna, donde encontramos el sentido existencial, hagamos autoconciencia para formularnos de nuevo las preguntas: ¿De dónde? ¿a dónde? ¿para qué? ¿por qué mujer? Experimentemos la presencia de este misterio último sobre nuestra vida, el "Aquí estoy" (Ex 3,14) que nos acoge de nuevo haciendo con nosotras, una vez más, la alianza de la creación, con su amor operativo manifestado en nuestras vidas: "He aquí que hago nuevas todas las cosas", mediante nuestro compromiso diario de dar vida, animadas por su amor, para un proceso creacionista permanente, en donde nos encontremos con el Dios de la eternidad, convertido en el Dios del tiempo y de la historia.

¿Puede haber algo más cercano a la descripción de Juan para dar vida que el ser mujer llamada a ser espacio habitable por el amor y la bondad para que surja la creación? (cf. Jn 7, 3-38).



La predicación en diferentes textos de las constituciones de monjas y hermanas

Congregación Santo Domingo

IV. Comunidad que da lo contemplado - Misión Evangelizadora

Jesús, enviado por el Padre para la salvación de todos los hombres y mujeres, nos llama a seguirle, nos consagra, y nos envía, animadas por la fuerza de su Espíritu, a continuar su misión: proclamar la Buena Nueva del Reino y construir la fraternidad universal. (Const. 66)

El espíritu apostólico de nuestro padre Santo Domingo, que envió a sus frailes por todo el mundo a proclamar el mensaje de salvación, animó a nuestras hermanas en la primera expansión de la Congregación. Así nosotras, enviadas por la comunidad a todos, hombres y mujeres, en especial a los más pobres, evangelizamos y colaboramos en la transformación de las estructuras sociales, conscientes de que el apostolado es una obra comunitaria que incumbe a toda la comunidad. (Const. 67)

La Congregación participa de la misión de la Orden dominicana cuyo fin es la predicación y la salvación de las almas. "Aquel que incesantemente fecunda la Iglesia con nuevos hijos, queriendo asemejar los tiempos actuales a los primitivos y propagar la fe católica, os inspiró el piadoso deseo de abrazar la pobreza y profesar la vida regular para consagraros a la predicación de la palabra de Dios, propagando por el mundo el nombre de nuestro Señor Jesucristo". (Const. 68)

La madre Teresa acoge y vive este carisma apostólico de Santo Domingo, lo impulsa en la Congregación, y nos pide que vivamos con ardor este compromiso evangelizador. Ella manifiesta, con su propio testimonio, que esta vida apostólica sólo conserva su genuino carácter dominicano si brota de la abundancia de la contemplación y nos lleva a ella. (Const. 69)

En el ejercicio de nuestra misión apostólica nos consideraremos unidas al Supremo Pastor. Somos enviadas a participar de la dimensión profética y evangelizadora de la Iglesia local integrándonos en la pastoral de conjunto y siendo agentes de comunión. Colaboramos con los obispos, la Orden, la vida religiosa, los demás sacerdotes y los laicos en la edificación de la Iglesia. (Const. 71)

La comunidad, por su testimonio de unidad y amor es por sí misma casa de predicación, signo, memoria y profecía de los valores del Reino. Nuestra misión es una tarea compartida por todas y cada una. En ella, como miembros de un mismo cuerpo, hemos de poner al servicio de los demás los dones que hemos recibido. (Const. 72)

Somos apóstoles más por lo que somos que por lo que hacemos, ya que el testimonio de nuestra propia vida es la mejor predicación. (Const. 73)

Misioneras Dominicas del Rosario

Nuestra tarea evangelizadora seguirá el ejemplo de Cristo, que vino al mundo a "anunciar a los pobres la Buena Noticia, a proclamar la liberación a los cautivos y a dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos". Así, nos queremos comprometer en la tarea de liberación integral de los pueblos, anunciando y celebrando la presencia de la salvación de Cristo, y proclamando la esperanza de que es posible transformar las situaciones y estructuras de pecado, que impiden la marcha de los hombres hacia la comunión con Dios y con los hermanos, mediante el compromiso cristiano que brota como exigencia del Evangelio, especialmente del espíritu de las Bienaventuranzas, y se constituye en el mandato de vivir juntas, de una manera consciente, la fuerza renovadora de la resurrección que actúa en todos por el poder de Dios. (Const. 10)

La tarea evangelizadora nos exige:

- el testimonio de nuestra vida consagrada en la que sobresalga, como en Santo Domingo de Guzmán, una íntima unión con Dios y plena comunión con la Iglesia;
- eficiente preparación teológica;
- estudio de las ciencias que ayudan al conocimiento de la realidad;
- servicio al pueblo, no sólo remediando los efectos de la injusticia, sino ayudando a transformar las causas que la originan. (Const. 11)

La tarea evangelizadora reclama de nosotras un talante contemplativo. No podemos considerar acción y contemplación como dos polos antagónicos y mutuamente excluyentes. Ambos se integran en la vivencia unitaria de la práctica evangelizadora... (Const. 40)

Acción y contemplación deben trascenderse mutuamente. Cuando la contemplación es trascendida en acción, se verifica de alguna manera que el Dios que hemos contemplado es el Dios vivo, actuante en la historia y que nos envía permanentemente a los hermanos. Y cuando la acción es trascendida en contemplación, mostramos que en nuestro acercamiento a los hombres, a los pobres, no nos buscamos a nosotras mismas, sino lo que Dios quiere para ellos. (Const. 41)

La actitud serena de la contemplación nos ayuda a evitar al fácil riesgo de la dispersión, también a cimentar nuestras opciones, proyectos y energías sobre quien es la base de nuestra existencia y de nuestro apostolado, el Señor... (Const. 42)

Nuestra tarea evangelizadora se realiza en diálogo con el mundo, proclamando la Palabra que convoca al Reino... (Const. 43)

Por nuestra opción evangelizadora tenemos que encarnarnos en las diferentes culturas descubriendo sus valores... (Const. 44)

La fuerza cristiana de la Encarnación que nos mueve a una actitud de servicio, nos hará integrarnos en el esfuerzo común por descubrir el Plan de Dios para lograr el pleno desarrollo de los hombres en Cristo. Esto nos exigirá:

- compartir la vida de los pobres con sus riesgos e inseguridades;
- estimular sus iniciativas en orden a un desarrollo integral y motivar sus actos sin sustituirlos;
- acompañarles en su búsqueda activa de un mundo más justo y más fraterno. (Const. 45)

Aceptaremos que exista diversidad dentro de nuestras comunidades, tareas y ambientes, según las necesidades de la evangelización y de la Iglesia en las distintas circunstancias históricas... (Const. 46)

Dominicas de la Enseñanza de la Inmaculada Concepción

Santo Domingo movido por la compasión, descubrió el carisma de su vocación apostólica: la predicación. Y éste es el servicio que quiso ofrecer a la Iglesia y a la humanidad a través de la Orden que él fundó. (Const. 88)

La vida de las hermanas en comunión es una proclamación viviente del Reino y el primer medio de evangelización. Por tanto, se nos invita a vivir la profecía de cara a la situación actual de la humanidad, a ser predicadoras, ser testigos del Evangelio como mujeres consagradas. (cf. Const. 89)

Misioneras Dominicanas de la Sagrada Familia

Participando del carisma de Domingo de Guzmán nuestra Congregación se constituye miembro de la Familia Dominicana, lo cual nos exige complementariedad y colaboración mutua para llevar a cabo la Predicación de la Palabra dentro de nuestras características congregacionales.

En el seguimiento de Jesús la dimensión esencial es la Misión: la realización del Reino. Así se manifiesta desde la llamada de los primeros discípulos. Somos por tanto, enviadas a participar de la misión de Jesús que se continúa en la Iglesia. Por tanto, nuestra vida debe estar penetrada de espíritu apostólico, y toda nuestra acción apostólica de espíritu religioso. (Const. 41)

Dominicas de la Anunciata

Incorporada la Congregación a la Orden Dominicana, las hermanas nos sentimos impulsadas a vivir plenamente el espíritu apostólico de nuestro Padre Santo Domingo. Reconocemos el principio y signo de unidad de toda la Familia Dominicana en el Maestro de la Orden, como sucesor de Nuestro Padre. En cuanto de nosotras dependa, procuraremos trabajar en la edificación del Pueblo de Dios en comunión fraterna con los otros miembros de la Familia Dominicana, salvando siempre el fin propio de nuestra Congregación. (Constitución Fundamental)

La actividad apostólica debe fluir de la oración y contemplación. Ésta nos ayudará a crear un “espacio interior” en el que nos encontremos con nosotras mismas y con Dios. A la vez, la acción ha de realizarse de tal manera que nos disponga a orar y contemplar mejor. (Const. 90)

Nuestra tarea apostólica es por naturaleza, comunitaria, e incumbe necesariamente a toda la comunidad. Es esencial la colaboración y complementariedad de todas las hermanas como una riqueza que se pone al servicio de la misión. (Const. 90 §III)

Misioneras de Santo Domingo

En nuestra acción apostólica es necesario no solamente atender a las situaciones y aspiraciones de las personas a las que dirigimos nuestra evangelización, sino también establecer con ellas un trato vivo, de forma que permanezca como norma de toda evangelización la transmisión de la palabra revelada, sobre todo, entre quienes están alejados de la fe.

Constitución Fundamental de las Monjas

§ I. Las monjas de la Orden de Predicadores nacieron cuando el Santo Padre Domingo asoció a su «Santa Predicación», por la oración y la penitencia, a las mujeres convertidas a la fe católica, reunidas en el monasterio de Santa María de Prulla y consagradas solamente a Dios. A estas monjas, al igual que a los monasterios establecidos en otros lugares, el beatísimo Padre les dio una regla de vida que debían seguir y constantemente les mostró su amor paterno y su cuidado. Efectivamente, «no tuvieron otro maestro que las instruyese en las cosas de la Orden». Después, como parte que eran de la misma Orden, las encomendó a la solicitud fraterna de sus frailes.

§ II. Tanto los frailes como las monjas tienden, por su manera de vivir, hacia la perfecta caridad para con Dios y para con el prójimo, que es eficaz para buscar y procurar la salvación de los hombres, conscientes de que se convertirán en verdaderos miembros de Cristo cuando se consagren totalmente a ganar las almas, a imitación del Señor Jesús, el Salvador de todos, que se entregó totalmente a sí mismo para nuestra salvación. Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo; una misma caridad y una misericordia. La misión de los frailes, de las hermanas y de los seglares en la Orden es «evangelizar por todo el mundo el nombre de nuestro Señor Jesucristo». La de las monjas consiste en buscarle en el silencio, pensar en Él e invocarlo, de tal manera que la palabra que sale de la boca de Dios no vuelva a Él vacía, sino que prospere en aquellos a quienes ha sido enviada (cf. Is 55, 10).

§ III. Llamadas por Dios, a ejemplo de María, las monjas permanezcan sentadas a los pies de Jesús y escuchen sus palabras (cf. Lc 10, 39). Así se convierten al Señor, apartándose de las inquietudes y solicitudes mundanas. Olvidando lo que quedó atrás y lanzándose a sí mismas a lo que tienen delante (Flp 3, 13), mediante la profesión de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, se consagran a Dios por votos públicos. Con pureza y humildad de corazón y con ferviente y asidua contemplación, aman a Cristo que está en el seno del Padre.

§ IV. Imitando a la Iglesia congregada en Jerusalén por la predicación de los Apóstoles y por la cotidiana y unánime oración (Hch 2, 42) las monjas ofrecen en la presencia de Dios el sacrificio de alabanza, principalmente en la celebración de la liturgia. Perseverando en la oración con María, Madre de Jesús, desean ardientemente la plenitud del Espíritu Santo para que, a cara descubierta, puedan contemplar la gloria del

Señor y transformarse en su misma imagen, de claridad en claridad, como movidas por el Espíritu del Señor (cf. 2 Cor 3, 18).

§ V. Uniformes en la norma de vida puramente contemplativa, guardando en la clausura y en el silencio la separación del mundo, trabajando diligentemente, fervientes en el estudio de la verdad, escrutando con corazón ardiente las Escrituras, instando en la oración, ejercitando con alegría la penitencia, buscando la comunión en el régimen, con pureza de conciencia y con el gozo de la concordia fraterna, buscan «con libertad de espíritu», al que ahora las hace vivir unánimes en una misma casa y en el día novísimo las congregará como pueblo de adquisición en la ciudad santa. Creciendo en caridad en medio de la Iglesia, extienden el pueblo de Dios con misteriosa fecundidad y anuncian proféticamente, con su vida escondida, que Cristo es la única bienaventuranza, al presente por la gracia, y en el futuro por la gloria.

§ VI. Haciendo profesión de obediencia, según las mismas Constituciones, «no como esclavas bajo la ley, sino como libres por la gracia», mírenlas cuidadosamente como el ejemplar de la propia fidelidad a su vocación divina y practiquen una vida «saludable para sí mismas, ejemplar para los hombres, alegre para los ángeles y grata a Dios».



La predicación en las actas de los Capítulos Generales

Frailes de la Orden de Predicadores¹

La predicación y el signo de identidad de la Orden

Hay muchos símbolos dominicanos: el hábito, el escudo, el perro con la antorcha a los pies de Domingo. Pero sólo hay un signo de identidad, un código genético para los miembros de la Orden, de la Familia Dominicana: es la predicación para la salvación de la humanidad (LCO 1 § IV), el ministerio de la Palabra, la misión evangelizadora. El Capítulo General celebrado en Roma ha querido recordar a toda la Familia Dominicana, monjas, frailes, hermanas apostólicas y laicado dominicano, este nuestro signo de identidad, mientras nos acercamos al jubileo del 2016.

Desde el comienzo hemos de recordar que las variantes de la predicación y de la evangelización han sido múltiples en la tradición dominicana: la homilía y la enseñanza, la palabra oral y la palabra escrita, la expresión artística, la comunicación virtual, el diálogo interpersonal, el testimonio de la vida... Para que la predicación no se redujera al sermón o la homilía, ya Humberto de Romans hablaba de « predicar fuera de la predicación». Pero también queremos recordar que el anuncio explícito del Evangelio debe ser aspiración fundamental en todas esas variantes. De tal forma que, en todos los ministerios apostólicos de la Orden, se debe procurar llegar a ese anuncio explícito del Evangelio. Esto requiere que el predicador haya creído primero en el Evangelio, como María, «la oyente de la Palabra». Y requiere también estar dispuestos al diálogo y a dar la palabra a los demás. (n. 50)

Dominicas de la Anunciata²

[...] Volver la mirada a nuestros orígenes nos lleva a encontrarnos con la inspiración y el carisma fundacional de Santo Domingo y de San Francisco Coll que nos insta a renovar el ardor apostólico; ellos también vivieron en épocas de profundos cambios y encontraron por los caminos de la vida multitud de hombres y mujeres hambrientos de pan, de cultura, de consuelo, y de sentido para sus vidas. En situaciones históricas distintas, pero semejantes en sus carencias, llevaron la luz de la Verdad y la Buena Noticia del evangelio que transforma y da Vida y Esperanza.

Nosotras, movidas por su ejemplo y urgidas por los sufrimientos y clamores de la humanidad, queremos, en comunión con la Iglesia y junto a los hombres y mujeres de buena voluntad, desde nuestra identidad dominicana y animadas por el Espíritu de Jesús, seguir trabajando incansablemente, aun sabiendo de nuestra fragilidad y pequeñez, para hacer realidad la nueva globalización de la justicia, del amor, de la paz, de la dignidad y del respeto a los derechos humanos y a la integridad de la Creación.

Estamos llamadas a construir auténticas comunidades de vida en lo cotidiano de cada día. A recrear una manera de vivir sencilla, acogedora y compasiva que posibilite espacios de encuentro y de misión compartida. A tejer redes de solidaridad y a situarnos al lado de los pobres y excluidos de hoy. Ello nos exige una mayor implicación en sus problemas, participar más activa y decididamente por su integración en la sociedad, a apoyar sus iniciativas y defender junto a ellos sus derechos, para que su propia voz sea escuchada y hagamos realidad entre todos, un mundo más justo y humano.

[...] Las hermanas estaremos atentas a cuidar y promover la vida y la dignidad de todos los seres humanos sin excepción. A estas especialmente atentas a las necesidades de la mujer, los niños y los jóvenes. A trabajar con los demás miembros de la Familia Dominicana y con los laicos que comparten nuestra vida y misión.

Dominicas de la Enseñanza de la Inmaculada Concepción³

Somos dominicas y estamos llamadas a predicar la Palabra. Esta predicación al estilo de Domingo de Guzmán deberíamos realizarla desde:

- nuestra realidad de mujeres dominicas;
- una escucha atenta y común de la Palabra;
- una mirada contemplativa y compasiva;
- el estudio;
- la itinerancia;
- la dignidad de las personas promoviendo la justicia, la libertad y la paz;
- la fraternidad.

Las hermanas somos predicadoras:

- si desde el testimonio de vida evangélica anunciamos que otro mundo es posible;
- si vivimos la fraternidad y somos signo de comunión;
- si somos buscadoras junto con otros;
- si nuestras comunidades son más proféticas, más atentas a la realidad, más comprometidas, más ingeniosas para hablar de Jesús con la vida y despertar en otros el deseo de conocerlo.

Congregación Santo Domingo⁴

Hoy siguen invitándonos a potenciar y revitalizar el estudio que nos lleve a vivir una “espiritualidad de ojos abiertos”; a hacer de la oración diaria el espacio de encuentro con Dios donde presentar las necesidades de la humanidad, y a predicar en toda circunstancia al Dios de la Vida, con palabras creíbles, capaces de generar esperanza.

1.- De la Actas del Capítulo General de los Frailes de la Orden de Predicadores, Roma 2010.

2.- De la Introducción a las Actas del XXII Capítulo General de 2006 de las Dominicas de la Anunciata.

3.- De las Actas del Capítulo General de Caleruega 2008 de las Dominicas de la Enseñanza de la Inmaculada Concepción.

4.- De las Actas del XVIII Capítulo General de la Congregación Santo Domingo.



La predicación dominicana en la educación

Hay una predicación viva y actual de las hermanas a través de las diferentes mediaciones donde está presente una comunidad dominicana: educación, sanidad, familias, trabajos en cárceles, con inmigrantes, en la actividad misionera, siendo comunidad que está presente en su medio.

La educación: un medio de predicación-evangelización

Entendemos la educación como uno de los medios de predicación, según se explicita en diferentes textos de Constituciones dando vida y promoviendo los valores dominicanos reflejados en el Ideario-Carácter propio de las diferentes Congregaciones y Fundaciones Educativas.

Siguiendo el legado de nuestra Fundadora asumimos el reto de la educación, cauce privilegiado de transformación social, al servicio de nuestros hermanos, acompañando su crecimiento humano y religioso. La educación que ofrecemos en nuestros centros se inspira en el humanismo cristiano que se desprende del Evangelio, en las orientaciones de la Iglesia, en el carisma dominicano y en la propuesta educativa y evangelizadora de la madre Teresa. Asumió la educación cristiana como forma específica de predicación dominicana.[...] En la escuela encontramos hoy un lugar de predicación y, desde ella, nos integramos en la misión evangelizadora de la Iglesia.

(cf. Constituciones de la Congregación Santo Domingo, nn. 70, 75 y 76)

Tendremos presente el mandato de nuestro Fundador el P. Coll: enseñar la verdadera doctrina por las poblaciones grandes y pequeñas e iluminar las tinieblas de la ignorancia. Nos dedicaremos especialmente a la educación como una de las formas más eficientes de evangelizar. Nuestra labor educativa se realiza principalmente por medio de la escuela católica que se propone la formación integral de la niñez y juventud, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura y el cultivo progresivo de los valores del espíritu.

(cf. Constituciones de las Dominicas de la Anunciata, nn. 88 y 97)

Nuestro ser predicadoras y nuestro compromiso profético en la misión educativa nos impulsa a trabajar día a día por hacer realidad “La escuela por la que apostamos”:

- Una escuela que apuesta por la persona como valor fundamental y que busca, con su acción educativa, la formación integral de la misma. Trata de sacar lo mejor de cada alumno: favoreciendo un clima de respeto, armonía, trabajo y esfuerzo; educando todas sus dimensiones (intelectual, emocional, social, ética y trascendente) y ofreciendo un trato personalizado.
- Una escuela que plantea su proyecto educativo a partir de los valores del Evangelio y que está animada por los valores dominicanos de la verdad, la interioridad, la fraternidad y la solidaridad.
- Una escuela en misión compartida, donde hermanas y laicos participan y se comprometen, cada uno desde su propia identidad, en la misión y carisma.
- Una escuela en pastoral, que pone en marcha todos los mecanismos que hacen posible seguir cumpliendo hoy su misión evangelizadora: desde una educación en valores, respetando y acogiendo el pluralismo religioso actual, acompañando a cada persona en su proceso de fe, promoviendo acciones solidarias y comprometidas más allá del horario escolar, organizando experiencias para vivir y compartir los valores del evangelio.

- Una escuela inclusiva, que no discrimina ni margina, abierta a la totalidad del alumnado e integradora de la diversidad; donde se respeta el derecho del otro a ser diferente y donde se promueve una verdadera educación intercultural.
- Una escuela solidaria, que educa desde la vida y para la vida, que tiene en cuenta los problemas y las realidades del mundo, sensible a los más desfavorecidos, que promueve una mirada compasiva, que ayuda a crecer a la persona en solidaridad, responsabilidad, capacidad crítica y defensa de la justicia, la paz, la integridad de la creación y los derechos humanos por encima de todo.

(cf. Dominicas de la Enseñanza de la Inmaculada Concepción, Actas del Cap. General de 2008, n. 96)

Estos y otros textos extraídos de nuestros documentos ponen de manifiesto la importancia del proyecto educativo como plataforma de evangelización.

Para mantener e impulsar el carisma dominicano se han creado diferentes Fundaciones Educativas que aportan una estructura estable aun cuando la presencia de los religiosos se vea disminuida. Nuestra apuesta va por la educación, educación impregnada de valores cristianos y dominicanos, y la intercongregacionalidad, el trabajo en colaboración, como medio también privilegiado de desarrollar nuestra misión.

Los valores a transmitir son los que vienen enmarcados en el Carácter Propio de las diferentes Fundaciones.

Fieles al carisma de Santo Domingo de Guzmán, en las escuelas DEIC:

- Realizamos nuestra tarea educativa desde un estilo cercano, abierto, acogedor, alegre, de trato personal y de confianza mutua.
- Potenciamos el estudio como búsqueda de la verdad y de la realización personal.
- Estamos atentos a las necesidades reales de las personas y de la sociedad para servir a todos, y tenemos como prioridad ayudar a los alumnos más necesitados.
- Nos proponemos crear espacios para que se hagan vida y se compartan los valores de la interioridad, la verdad, la fraternidad y la solidaridad.
- Hacemos realidad la misión compartida hermanas-laicos y juntos contribuimos a la educación integral de nuestros alumnos.
- Nos ofrecemos como una comunidad en la cual todos somos aceptados, podemos dialogar, escuchar y ser escuchados, y sentirnos corresponsables.

(Del Carácter Propio de la Fundación Educativa Dominicas de la Enseñanza)

Fieles al deseo del P. Coll la Fundación hará de sus centros educativos lugares de promoción humana y de evangelización, insertos en la realidad, donde se dé el anuncio de la Palabra, se celebre la fe, se ayude a la maduración personal y al compromiso social.

Dará prioridad a las características propias del estilo dominicano:

- Educación desde una comunidad en la que todos los integrantes asumen el compromiso de mantenerla viva y en renovación permanente, y ponen los medios para conseguirlo.
- Profundidad en la búsqueda de la Verdad y adhesión a ella a través del estudio y la oración.
- Síntesis progresiva y armónica entre fe, cultura y vida.
- Respeto a la dignidad de la persona y cultivo de sus valores peculiares.
- Sencillez, cercanía, actitud positiva, compasión, misericordia y cercanía a todos, en especial a los más necesitados.

(Del Carácter Propio de la Fundación Educativa Francisco Coll, FEFC)

Aprovechando la riqueza que supone ser Familia, se vive la colaboración de frailes y hermanas en un proyecto educativo intercongregacional: la Fundación Educativa Santo Domingo.

En fidelidad a nuestras raíces y a nuestra historia, los criterios que animan nuestro estilo educativo son:

- Una educación que promueva el estudio crítico y la contemplación como búsqueda de la verdad y que desde el respeto, defienda el amor a la Verdad.
- Una educación integral, que convierta al educando en sujeto de su propio desarrollo, responsable de su entorno social y medioambiental.
- Una educación democrática, participativa y fraterna en sus estructuras, de modo que todos los implicados en el proceso educativo contribuyan a la construcción de un modo de vida en comunidad de acuerdo a estos valores.
- Una educación transformadora y comprometida capaz de potenciar en el alumnado capacidades para comprender e interpretar la realidad y transformar las relaciones entre las personas con las nuevas sensibilidades interculturales, medioambientales, solidarias e igualitarias.
- Una educación que integre en todo su proceso educativo a la familia, espacio irremplazable en la educación.
- Una educación para el servicio, estudiar no sólo para saber más sino para servir mejor.
- Una educación con clara intencionalidad cristiana a través de la actividad pedagógica y académica.
- Una educación que forme jóvenes solidarios capaces de irradiar su experiencia de Jesucristo, siendo testimonio de esperanza y alegría en su compromiso con el mundo.
- Una educación que desde la compasión y la misericordia atienda preferentemente a los más necesitados
- Una educación que promueva el conocimiento y amor a María, mujer creyente, modelo de vida cristiana que acogió y vivió en plenitud el proyecto de Dios.
- Una educación que promueva una espiritualidad encarnada en la historia, iluminada por la fe en Cristo Jesús, que anime la auténtica promoción humana y capacite para vivir los valores evangélicos.

(Del Carácter Propio de la Fundación Educativa Santo Domingo, FESD)

Nuestras comunidades se definen como comunidades de predicación y nuestro lema “contemplar y dar lo contemplado”. En consecuencia la acción evangelizadora de nuestros centros está enfocada hacia la búsqueda de la Verdad y el anuncio de la Buena Noticia, desde el testimonio de la propia vida. Por eso nuestro objetivo es la verdad allí donde esté y cooperamos para que nuestros alumnos y alumnas sepan pasar del conocimiento de las diversas verdades al conocimiento y aceptación de la Verdad.

(Del Carácter Propio de la Fundación Educativa Santo Domingo, FESD)



Una entrega a todo riesgo: mártires del Congo¹

Nieves Campión, O.P.

El testimonio de vida de unas vidas dedicadas al servicio, es la forma más rica y expresiva de transmitir un mensaje que interese y evangelice. Las palabras solas pueden olvidarse pronto y no calar en la persona, sino quedar en la superficie. Queremos presentar el testimonio de hermanas que nos precedieron, tres navarras y una leonesa, que dieron su vida hasta la muerte, y que junto a otros misioneros y misioneras sembraron y dejaron sus «vidas entregadas en anonimato, pequeños testimonios que componen el cuadro de grandeza de la santidad misionera. Siguieron a Jesús, sembrando semillas de amor, servicio, fraternidad y “entrega a todo riesgo”. Recrear sus vidas es volver a leerlas a la luz del tiempo nuevo que ellas contribuyeron a crear, para animarnos en nuestro camino de lucha que hoy todavía recorremos con los pueblos donde trabajamos, poniendo el esfuerzo en la misma causa: el Reino y la fraternidad.

“La mejor forma de llorar por un amigo es continuar cultivando su campo”

Mons. Mee Muzhirwa (Asesinado en Bukavu el 29-10-96)

Escribo estas líneas como homenaje a las hermanas de África, no sólo a nuestras mártires, sino también a todas aquellas que sufrieron indeciblemente en los sucesos de 1964 y no murieron. Mi admiración por todas ellas, por la sencillez y parquedad con que siempre han evocado aquella terrible etapa de su vida como si la prisión, la tortura y la posibilidad de la muerte fueran algo común de lo que no mereciera la pena hablar.

Creo que asimismo vivieron M^a Justa, M^a del Buen Consejo, M^a Cándida y M^a Olimpia, como no dando importancia a la decisión de permanecer en la Misión, conscientes del peligro que corrían. Cuatro mujeres, cristianas, misioneras, dominicas y enfermeras, a cargo de la misión de Stanleyville. Recuerdo con cariño también a todas las que hoy siguen “cultivando su campo”.

Unos meses antes de su muerte escribe María Justa (49 años) a su madre: “*Todo lo que me pasa, todo lo que me pueda pasar, lo ofrezco a Dios por los negros a los que cuido, por todos los negros. No te preocupes, madre, pues soy feliz*”. En otra carta “*Di al doctor que las misioneras dominicas españolas le enviamos un gran abrazo y, que no volveremos a vernos nunca en la tierra*”. Días después sería apresada, torturada y muerta junto con sus hermanas de comunidad y otros misioneros y misioneras.

Alguien ha dicho que el martirio pertenece a la profundidad de relaciones entre personas, a la fidelidad a los demás, al diálogo humano, y ésta me parece una explicación profunda de la decisión de nuestras hermanas. Invitadas a salir, cuando aún podían hacerlo, sintieron sin duda la vinculación fraternal que les unía a las personas que estaban a su cuidado, a aquel pueblo en concreto, personas que formaban parte de su vida. Su fidelidad se vistió de rostros y nombres y decidieron quedarse, esto les costó la propia vida.

Hoy queremos recuperar su memoria, volver a reflexionar sobre el sentido de sus vidas y sus muertes. Es cierto que su testimonio ha estado siempre presente como exigencia de compromiso que, según Monseñor Munzihirwa, “es la mejor forma de llorar”.

En este siglo que ahora termina muchos otros misioneros y misioneras han corrido su misma suerte en diversas partes del mundo. Esas muertes que nos golpean, nos escandalizan y nos duelen son como un iceberg bajo el cual hallamos la gran masa de martirizados secularmente, víctimas de guerras que nunca provocaron, muertes anónimas por amor a los cuales nuestros/as mártires dieron y dan su vida.

Su muerte ciertamente nos dice la verdad sobre lo que fue su vida, entregada día a día a nuestros hermanos africanos, muriendo poco a poco en el desvelo de su trabajo de enfermería. Días y noches luchando por la vida de los demás, comprometidas desde el fondo de tal manera que no quisieron abandonar su misión. Sus vidas mismas fueron testimonio, martirio, en la medida en que se desvivieron por el prójimo, no buscando su propio interés, sino el de los demás. *Murieron así porque habían vivido así.*

¿Por qué las mataron?

Al retomar el contexto socio-político de ese momento histórico, recordamos las fuerzas que intervienen en él: un elemento fundamental que es la transición lenta y forzada de un país colonizado hacia su propia independencia: las posiciones políticas e ideológicas que se mueven a nivel internacional y los intereses económicos. Bélgica, como otras potencias coloniales, no tenía la menor intención de deshacerse de una “propiedad” que le traía grandes beneficios. La declaración de la Independencia no supuso la salida del poder colonial. Para los congoleños la dominación siempre había sido blanca y belga. Al menos aquella de la que tenían memoria y quizá más belga que blanca. Las hermanas no eran belgas, pero trabajaban en las misiones que los belgas habían abandonado. Su identidad española hizo que en alguna ocasión se les perdonara la vida: “Son españolas, déjenlas, han venido a ayudarnos”. Pero no eran tiempos para constatar identidades, para todos eran tiempos de vida o muerte.

El mal histórico de la opresión de unos hombres sobre otros estaba allí. Había crecido allí, lo distorsionaba todo hasta el punto de confundir a los secularmente oprimidos acerca de quiénes eran sus amigos. Los religiosos no eran sino avanzadilla de los intereses “burgueses” coloniales. La religión había que abolirla, es además una religión extranjera. Los intereses rusos y chinos van también en esta línea. El mundo, dividido en “buenos y malos”; dos proyectos socio-económico-políticos diferentes intentando alinear sus filas el mayor número posible de países y África espacialmente codiciada por ambos bandos.

Creo que pensar seriamente por qué las mataron nos lleva a esta conclusión: distorsión de las razones de su presencia, manipulación de una población frustrada permanentemente, tratada con violencia que responde con la violencia. Esto no significa justificar los hechos, de ninguna manera; fue terrible. Pero tampoco podemos negar qué es lo que se jugaba allí y en qué encrucijada de intereses se vieron envueltas. Los hechos que ocurrieron, brutales sin duda, expresaban la gran frustración ante la libertad soñada, prometida y que no era más que un sueño acariciado que se escapa al despertar.

Nadie puede negar que la mayoría del pueblo quería a las hermanas. Las supervivientes dan testimonio de ello. Verlas regresar a la Misión, después de haber sido detenidas una y otra vez, era motivo de regocijo para todos. La gente acudía a la casa con sencillos presentes: frutas, gallinas, etc. Como para hacerles olvidar el mal trato sufrido: “*si ustedes se van nadie cuidará de nosotros*”.

Este mismo testimonio lo encontramos en las comunicaciones de las hermanas de Stanleyville: “*Nos sentimos queridas*”. Nadie paga por su trabajo, pero no dejan de llegar los pequeños obsequios.

No fue pues una animosidad directa contra ellas, probablemente contra ninguno de los misioneros. Su muerte fue consecuencia de una coyuntura histórica caótica, confusa. Probablemente si hubieran tenido oportunidad de defender “su causa” ante los grandes de uno y otro lado, ante aquellos que tenían el poder de decidir sobre el destino de los pueblos y que jugaron con su futuro, les hubieran hablado de su perplejidad ante una guerra injusta cuyas consecuencias pagaban como siempre los más pobres, los inocentes siempre engañados en sus aspiraciones, siempre frustrados en sus esperanzas. El corazón fraterno no entiende la guerra, menos aún si contempla sus efectos desde la orilla opuesta al poder, pero ellos no les hubieran entendido, era otra lógica.

Los que materialmente las mataron, los que dispararon, no tenían nada personal contra ellas; defendían lo que creían sus intereses de los intereses ajenos. *Las hermanas se dieron perfecta cuenta de lo que se jugaban, es esta guerra y arriesgaron sus vidas*. Esto nos lleva a reflexionar un poco sobre el sentido de su muerte, nos lleva a la segunda pregunta: ¿Por qué murieron ellas? ¿Cuál fue la razón tan poderosa que les impulsó a apostar y a perder la vida? ¿Por qué creyeron que valía la pena quedarse y quizá morir?

¿Por qué murieron?

Preguntarse por qué murieron es preguntarse qué es lo que para ellas fue tan valioso que mereciera la pena entregarle la vida. ¿Qué causa les parecía lo suficientemente válida que justificara quedarse? Quizá una de las razones aunque remota haya que encontrarla en el mismo talante con el que se accedía a la vida religiosa y misionera. Aquellos tiempos en los que ellas profesaron eran tiempos de decisiones moralizantes y definitivas. Morir en la Misión, de una u otra forma, era algo asumido implícitamente.

Era ***una entrega a todo riesgo*** y quemando todas las naves. Las misioneras que salieron de nuestros noviciados en aquellas épocas sabían que probablemente nunca regresarían a la patria y aceptaban todos los desafíos que implica la inserción en zonas pauperizadas, selváticas y desérticas, los riesgos que conlleva la vida entre los pobres, amenazados siempre por todas las violencias.

Vivir en pobreza, castidad y obediencia, “hasta la muerte”, tal como se decía en la fórmula de la profesión perpetua, no era algo que se dijera livianamente, significaba *pasión por el Reino, opción por los hermanos más pobres, obediencia al proyecto de Dios sobre este mundo*, y colocadas de ese lado no pensaban en volver atrás.

Esto da paso a la razón más profunda: el seguimiento de Jesús. “*He despreciado el reino del mundo y todo ornato de este siglo por amor a Nuestro Señor Jesucristo a quien vi, a quien conocí, de quien me enamoré, en quien puse mi confianza, a quien quise con ternura.*” Son palabras de M^a Cándida (29 años), pero que fueron subrayadas por todas con su propia vida. Una exigencia y una urgencia honesta y presente. Antes de salir para la misión escribe María del Buen Consejo (27 años): “*La misionera, más que nadie, ha de ser santa y yo estoy tan lejos de esto que tengo miedo de hacer mal a los otros en lugar de bien*”. Sencilla, cercana, tomándose en serio la vida, se entregó hasta el final: “*no quiero ser santa de garabato*”.

Tomarse en serio el Evangelio, el seguimiento de Jesús, es asumir, entre otras cosas, que tal vez en algún momento me toque hacer realidad el precio del Amor, que acaso deba asumir el dar la vida por los hermanos. La muerte martirial, como la cruz, nunca se busca por ella misma, viene por sí sola cuando se vive en la dinámica diaria de la fidelidad a Dios y al prójimo.

La misma muerte martirial de Jesús se inscribe en este horizonte. Él no buscó la muerte pero tampoco huyó de ella. Las razones de su condena hay que buscarlas también en el plano político-religioso de su época. Las autoridades religiosas temían perder su status, su administración de la religión y los beneficios que ella les devengaba. Ellos supieron manipular la decisión política de Pilatos, quien temía que la autoridad del César fuera puesta en cuestión ante un pueblo belicoso que aceptaba de mal grado las leyes del Imperio y con ello debilitaban su propia autoridad. A Jesús lo mataron por todo eso, pero Él murió porque su experiencia de Dios como Padre y el anuncio del Reino le movían a poner en entredicho una práctica de fe, la de los fariseos, que esclavizaba a sus hijos. Su predicación removía cimientos antiguos, edificios construidos sobre arena, privilegios adquiridos que distorsionaban la Ley. De algún modo tuvo que aceptar la alternativa de renegar de su fe o aceptar su muerte. Optó por lo último.

Para nuestras hermanas estaba también en juego su fe, su praxis cristiana. ¿Cómo anunciar que Dios está con los pobres y darles la espalda cuando llega el conflicto? Permanecer allí significaba afirmar con vida y muerte, si era necesario, de qué lado se encontraban. Esta fue su respuesta: “*Nuestro camino es el de Dios, y si hemos de morir, moriremos, pero no podemos abandonar la misión*”. ¿Qué significa esta frase? Tal vez significaba que habían descubierto que el camino de Dios pasaba, en aquella encrucijada de intereses, por el desamparo de los pobres, de los enfermos en su caso concreto, de aquellos que pagaban las consecuencias de algo que no habían provocado. *No quisieron salirse de ese camino*.

Los pobres de Stanleyville estaban sin poder huir a ninguna parte, sin un país refugio para ellos, golpeados por unos y otros. Si amar es vivir a fondo la compasión, para ellas resultó cierto sufrir la misma pasión de muchos de los africanos. **Compadecer** es vivir en tal cercanía con los demás que me involucro solidariamente en sus dolores y problemas. La descripción del juicio final en Mateo 25 está en clave humana y no doctrinal. Los situados a la derecha del Padre son aquellos que rubricaron su fe con acciones a favor de los hermanos.

Su propia vida estaba ya convertida en testimonio (martirio) de la persona de Jesús, del sentido de su vida y de su muerte: *testimonio del valor para Dios de los últimos de este mundo, de los más pobres, de los que no contaban para nada en vida y seguramente no fueron contadas sus muertes*. «*El que nos ha traído tampoco nos abandonará. Él sabe sacar siempre de un gran mal un provecho mayor*» (María Olimpia, 37 años). Si mártir es aquel que sin ninguna otra arma responde con su vida de la vida de otros, este título corresponde a nuestras hermanas. Fueron testigos que hablaron con palabras de vida y estuvieron prestas a rubricarlas con letras de sangre. *Se quedaron como bandera de paz, como bandera de amor, como bandera entre los adversarios*. Sólo querían vivir.

Mujeres de una gran fuerza interior, forjadas en la oración, reforzadas en el mutuo testimonio del amor fraterno, vivido dentro y fuera con un punto de mira común: el Evangelio. Capaces de un diálogo profundo tan hondo que cada una apostaba en él literalmente su propia vida. A la luz de lo que para ellas significaba el seguimiento de Cristo, su discernimiento concluyó con la decisión de permanecer. Ese era el “*camino de Dios*” y efectivamente se encontraron en Él. Nos queda seguir “*cultivando su campo*” y es un mensaje para nosotras, las misioneras dominicas y la iglesia de hoy y de mañana: *hay que buscar siempre el camino de Dios y éste indefectiblemente pasa por el hermano, por el más pobre, por el más empobrecido*.



Testimonio de las monjas contemplativas de clausura

Monasterio de Sancti Spiritus

Desde nuestro carisma, dentro de la Orden, somos predicadoras contemplativas. No vivimos aisladas del mundo, ni de nuestros hermanos; sino que viviendo en la soledad y en oración pero formando una verdadera comunidad fraterna, compartimos apasionadamente todos los sentimientos de la propia vida y hacemos igualmente nuestro, el “signo del tiempo” que vivimos.

A través de la acogida y llevando todo a la oración procuramos tener presente, que nuestro testimonio de vida oculta, es señal y signo de referencia para todos nuestros hermanos.

Abrimos nuestro corazón y nuestros monasterios a los hermanos y hermanas, a diferentes grupos o personas aisladas, a todos los que quieren compartir con nosotras su experiencia de fe y de vida, junto con la nuestra. Cuando vienen nuestros hermanos y hermanas compartimos oración, liturgia y ratos de diálogo fraterno.

Es más fácil vivirlo que explicarlo, porque entramos en el campo de experiencias y sentimientos que son testimoniales, y cuya referencia es sólo la misma persona de Cristo.

A la vez nosotras sentimos que nuestra vida con estos encuentros y compartiendo ratos de silencio, oración y diálogo, nos vuelve más “ricas”, saboreando lo que es la Presencia del Dios, y cómo encontramos el rostro de Cristo en cada persona que se acerca o que acude de alguna manera al monasterio. Esta transmisión directa y personal, es muy fecunda por ambas partes, viendo que la Orden y la Iglesia toda, es un entramado de relaciones personales con Dios y con los demás.

También en esta acogida hay personas que, de otra manera y no tan directamente, tienen contacto con nosotras, o bien por cuestiones de trabajo o por visitas al monasterio de manera cultural, o simplemente, y en su gran mayoría, buscando descanso, sosiego y tranquilidad; entonces encuentran no sólo un lugar para ello, sino unas personas, que por su vida, están felices y sin palabras, testimonian que la felicidad puede experimentarse de otro modo... Libres, sin nada, sólo la Presencia de Dios. No teniendo, pero sí siendo.

Hemos visto cómo, después de un rato compartiendo, cambian. Abren su corazón y su persona, como también hacemos sencillamente nosotras, cuestionándose muchas cosas acerca de la vida contemplativa de clausura, que suponemos que antes, o no se preguntaban, o eran diferentes los interrogantes. Contamos con numerosos testimonios de personas en gran mayoría jóvenes; una vez que se marchan, escriben y nos dan las gracias porque lo mejor ha sido el rato de oración compartida y el diálogo franco, sencillo y abierto sobre la realidad de nuestra vida.

Con este pequeño testimonio también queremos agradecer a nuestros hermanos y hermanas, que nos hacen partícipes de todo lo suyo y que acogemos como verdadera Familia que formamos. Llevamos al Señor por medio de la oración, todas las intenciones y las propias vidas, que harán del apostolado y testimonio de entrega en distintos modos o maneras, una mayor fecundidad, con gozo y ánimo para continuar como verdaderos discípulos y seguidores de Cristo.

La fuerza del mismo Señor, que ayuda, ilumina y sostiene a través de su Espíritu, por la oración, hace que alrededor del monasterio en lazos de fraternidad, se reúna una Familia nueva y dinámica, igual que originariamente, dio lugar a la “Santa Predicación”.

La nuestra es callada, y sin movernos del monasterio. Ser un testimonio vital y creativo de la pasión por la humanidad a través de la contemplación, en vida claustral.

Contemplar, y regalar, compartiendo, lo contemplado.



¿Cómo predicamos en comunidad?

Dominicas de Racine

Las Dominicas de Racine anunciamos la Palabra de Dios de diferentes formas. A través de nuestra oración y contemplación, retiros anuales y días de reflexión, y nuestros diversos ministerios que nos permiten llegar hasta los pobres y la gente de nuestro tiempo que sufre. Dos ejemplos son el Centro de Eco-Justicia que tiene en cuenta prestar cuidado ambiental para miles de personas de diferentes edades que visitan nuestro centro.

Otro es el “Centro de las Esperanzas”, que brinda servicios a personas necesitadas en Racine. Construye una conciencia de las causas y consecuencias de la pobreza y emplea propuestas colaboradoras, desde diferentes dimensiones para aliviar este aspecto... Productos con un comercio justo se venden en el centro. El Centro de las Esperanzas alienta integridad y curación, y promueve cuestiones de justicia y paz:

- trabajando en varios comités para cambiar sistemas y estructuras que deshumanizan;
- renovando frecuentemente nuestra dedicación a la Misión de la Orden Dominicana de “alabar, bendecir y predicar”;
- compartiendo el arte, la música, la poesía y otras formas creativas que reflejen nuestro carisma;
- invitando a personas a compartir reflexiones sobre las Sagradas Escrituras y compartiendo imágenes e historias sobre las predicaciones colocándolas en la pizarra de las noticias comunitarias;
- ofreciendo a través de programas de retiros, días de reflexión y oración para grupos y para nuestros miembros de la comunidad;
- compartiendo nuestros recursos a través del Fondo de la Misión que apoya una variedad de grupos trabajando en temas de justicia social;
- esfuerzos de nuestro Consejo de Derechos y Justicia que estudia y responde a temas como el tráfico de personas, reformas de inmigración, cuidado del medio ambiente, relaciones con nuestra Iglesia y otros temas importantes.

¿Cómo predicamos en medio de la diversidad cultural?

En el pasado hemos estudiado diversos aspectos del racismo. En este tiempo las Dominicas de Racine están haciendo un estudio más intenso al respecto. El Padre Bryan Massingale de la Arquidiócesis de Milwaukee ha escrito extensamente y ha hablado a diversos grupos de los Estados Unidos, sobre el racismo en la Iglesia Católica. Estamos mirando el racismo como un tema moral y no tan sólo como un tema de color de piel. Existen cambios culturales sísmicos en los Estados Unidos y a través del mundo llevando la raza blanca a una minoría. Esto nos llama a mirar profundamente este tema.

El racismo ha esclavizado a la persona de color y de otras culturas que las han llevado a una baja autoestima, pobreza y degradación. También esclaviza a la población blanca y les impide desarrollar la misión de la Iglesia de crear un mundo de hermandad y fraternidad, donde todas las personas puedan reclamar y vivir en dignidad y así crear un mundo de justicia y paz. Reconocemos que esto será una misión a largo plazo y difícil. Nos llama, en palabras del Padre Massingale, “a llorar nuestra historia y permitir que Dios y su poder transformador cambie nuestras vidas y nos permita crear una profunda amistad interracial y mirar a través de los ojos del otro”. Otro mundo es posible y necesitamos llevar nuestra misión seriamente dentro de nuestra comunidad y más ampliamente dentro de la Iglesia entera.

Por algún tiempo nos hemos comprometido en oración interreligiosa, diálogo y acción. La Coalición Interreligiosa de Racine, provee oportunidades de cooperación con personas de otros credos respondiendo a temas como tráfico de personas, inmigración, racismo y mucho más.

Algunos miembros participan en vigiliyas de oración llevadas a cabo por miembros del clero local para recordar y llorar con familias de las víctimas de la violencia. El Centro de Siena también auspicia el Viernes Santo anual con oración ecuménica y en diciembre oración / reflexión para el clero local y otros líderes de comunidades de fe.



Verdad en el amor

Silvia Bara, O.P.

Me siento con un cierto temor y temblor a la hora de responder a esta petición fraterna sobre “La verdad en el amor”, pero me lanzo a ella, convencida de que también las mujeres somos llamadas a tomar la Palabra, a ser predicadoras de gracia y misericordia, a pesar de no sentirme tanto “teóloga” como buscadora de una Verdad que me atrae y trasciende...

¿Cómo llegué a estudiar teología? La sed de comprender, las preguntas que se encadenaban, me han caracterizado desde niña. Creí que la ciencia iba a saciar mi interés por conocer la realidad y me adentré en el estudio de la Química. Me inquietaba saber qué son las cosas, quería saber de qué están hechas. Me fascinó conocer la estructura atómica, la variedad de propiedades de un compuesto en función de sus enlaces y sobre todo la complejidad y precisión del metabolismo humano. Crecía en mí la experiencia de que el conocimiento que daba por evidente era puesto en cuestión y exigía una nueva visión de la realidad ante los nuevos datos que aportaba la ciencia, o los nuevos saberes que iba adquiriendo. Los avances de la comunidad científica se construían, por un lado, sobre la colaboración entre investigadores y, por otro, sobre el cuestionamiento de la veracidad de conocimientos que parecían consensuados. Percibir esta constante itinerancia del investigador hacia nuevos horizontes transformó mi admiración ante la maravilla de la estructura química de las cosas en una inquietud cada vez mayor. Suscitaba nuevas preguntas que desbordaban el ámbito de la bioquímica. ¿Qué es el ser humano? ¿Hacia dónde camina? ¿Cuál es el sentido de las cosas? ¿Y de mi vida? Entonces fui descubriendo mi vocación religiosa dominicana: la sed de Absoluto, el amor incondicional que Dios me tenía, su proyecto de Vida para toda la humanidad. Llena de entusiasmo deseaba anunciar lo intuido y trabajar para que su Amor llegara a todos, especialmente a los excluidos.

En los años 80, en España no era frecuente que hubiera mujeres en el ciclo institucional de estudios teológicos. Nosotras estudiábamos en la formación inicial algunas asignaturas de teología y después completábamos nuestros estudios civiles y teológicos de manera personalizada. Mi inserción en el mundo laboral en el centro de Formación Profesional Niño Jesús del Remedio, con adolescentes y jóvenes con fracaso escolar por diversas razones, socioeconómicas, necesidades especiales..., y la pastoral con jóvenes en una parroquia, me empujó a aterrizar lo estudiado y al mismo tiempo me llevó a profundizar en mi vocación de predicadora. Sin embargo, sentía la necesidad de ahondar mi formación teológica, una teología puesta en diálogo con la vida y con las preguntas o confrontaciones que me hacían los alumnos, los compañeros y especialmente los jóvenes de la parroquia con los que compartía la fe y el deseo de hacer posible un mundo más justo y solidario. Por ello pedí hacer el Bachillerato en Teología y después la Licenciatura, estudios que fui alternando o compatibilizando con el trabajo de profesora y con actividades de evangelización y de promoción social en la parroquia y el barrio en el que estaba inserta mi comunidad religiosa. Este ir y venir entre la predicación y el estudio abrió en mí un gran deseo de relacionar lo estudiado con la vida y la misión; de buscar una teología a la escucha de las aspiraciones y necesidades de mujeres y hombres de nuestro tiempo; y de conectar la teología con la espiritualidad y con la vida de la comunidad cristiana.

Así, me influyó profundamente la noción de cultura de la *Evangelii Nuntiandi* y la importancia de la inculturación del Evangelio propuesta por Andrés Tornos y Xavier Quinzá en la asignatura que impartían en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid: “Evangelización y culturas”. Alimentaron mi convicción de que toda teología ha de ser una “teología contextual”: una reflexión que busca conocer las culturas en las que se mueve, el entramado de significados compartidos, para dialogar con ellos. Una teología cuya tarea consiste en poner en relación el evangelio, los textos de la tradición y las situaciones contemporáneas para que la Palabra sea significativa. Más tarde pude constatar como esta misma preocupación subyace en teólogos como Schillebeeckx, Rahner, Tillich... aunque no la denominaran de esta manera. Y cada vez más, la situación de creciente multiculturalidad que vivimos en Europa y en particular en España sigue siendo un acicate para nuestro quehacer teológico. Percibo la necesidad de que nuestra teología se sitúe en medio de múltiples polaridades: entre la globalización y la valoración de lo local, incluso de manera desacerbada; el pensamiento débil y la reflexión teológica profunda; la indiferencia religiosa y la diversidad de religiones y el fundamentalismo; el diálogo con los distintos saberes y las periferias culturales, intelectuales, sociales... Salir

también al encuentro de los que son “tirados al borde del camino”, empobrecidos, extranjeros, mujeres maltratadas, discapacitados, parados...

También me ha interesado mucho la historia de la teología: enmarcar las preguntas de cada época en su contexto histórico y teológico, reconocer a quién se dirigen, a qué responden, con quién dialogan... Acercarme desde esta perspectiva no sólo a la Escritura, sino también a los Padres de la Iglesia, a los concilios y demás declaraciones magisteriales, favorece y enriquece mi comprensión de los mismos y me ayuda a descubrir su dinamismo para nuestros días. Gracias a diversas asignaturas y profesores se fue consolidando lo que había intuido desde el campo de la ciencia: nunca podemos apresar la Verdad, creer que la poseemos del todo. Más bien es nuestro horizonte y nos trasciende siempre.

La enseñanza del Vaticano II ha estado presente desde los inicios de mis estudios teológicos, así como en la práctica pastoral cotidiana en las parroquias en las que hemos trabajado (mis hermanas dominicas y yo), profundamente marcada por una eclesiología de comunión. Intentar, desde dentro, que la Iglesia sea comunidad de comunidades, sin discriminación por género, edad o nivel de estudios. Devolver el papel y la palabra a las mujeres, a los laicos, a los jóvenes, a los más sencillos... Sin embargo, también hemos chocado con reticencias y bastantes dificultades por parte de algunos presbíteros que consideraban que ellos, varones ordenados, son los depositarios de la Palabra y únicos legitimados para tomar decisiones en la pastoral... Por tanto, las dificultades ante diferentes corrientes teológicas que existen hoy en la Iglesia no las he encontrado en mi Provincia o en la Orden, sino más bien en mi trabajo cotidiano en el seno de una comunidad local, por diferentes concepciones eclesiológicas y maneras de entender el servicio de la autoridad. Con mucho dolor hemos sido testigos de grandes desgarros en las parroquias por la llegada de un nuevo párroco con una línea más conservadora, que “tiraba abajo” el trabajo de años de formación y de animación para formar grupos comunitarios y que laicos y laicas, jóvenes y adultos, tomaran el protagonismo y la palabra.

Mi vocación a la teología se inserta en la llamada a predicar como mujer en la Iglesia. Mi pasión por el anuncio explícito de la Palabra, especialmente el acompañamiento personal, la animación de grupos cristianos o la predicación en retiros, me fue llevando a desear profundizar mi formación teológica y cambiar de orientación profesional. De ser educadora de adolescentes con dificultades pasé a enseñar Religión Católica en Secundaria y luego Teología en la universidad. Además de reivindicar un mayor espacio para las mujeres en la Iglesia, intuí que necesitaba ahondar en la Palabra que quería anunciar, desde la oración y desde el estudio. Por ello, hay una relación directa entre mi teología y la predicación dominicana. Fue la urgencia de la predicación la que me ha conducido a la reflexión teológica, aunque también es cierto que la dedicación que ésta implica me haya hecho reducir el tiempo dedicado a la pastoral directa. Desde hace cuatro años doy clase de Introducción al Hecho Religioso en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid y colaboro con los jesuitas en la Pastoral de la universidad. Impresionada por los atentados del 11 de marzo en Madrid y la reacción de xenofobia y “antiislamismo” que produjo, mi trabajo se centró en el diálogo interreligioso, tanto a nivel intelectual la cuestión cristológica en el diálogo interreligioso- como práctico, con la organización de un ciclo de actividades a lo largo del curso en torno al “Encuentro entre religiones y culturas”. Sin embargo, lo que centra mis energías en este momento, además de las clases, es el estudio de la teología mística de las dominicas y dominicos alemanes del siglo XIV, especialmente Heinrich Seuse, o.p. (Enrique Suso o Susón), sobre el que estoy redactando mi tesis doctoral. Descubro en su propuesta una teología muy vinculada a la experiencia del Dios contemplado y una predicación del Dios de la gracia y la misericordia que sale al encuentro del ser humano en lo más hondo de sí mismo y que reenvía a los hermanos. El acento peculiar de Seuse consiste en subrayar la centralidad de la humanidad de Jesús en el camino místico. Para llegar a la unión con Dios, recuerda, el mejor camino es contemplar la humanidad de Jesucristo: seguir sus pasos, tener sus mismos sentimientos y conformarnos a su imagen. La vida espiritual no consiste en huir de nuestra condición humana, pues Dios mismo la ha asumido y salvado. Por tanto, lo humano y lo divino no se contraponen sino que en Jesucristo se encuentran de manera plena. El misterio de la encarnación desvela al mismo tiempo quién es Dios y quiénes somos nosotros. Un Dios que nos ama hasta el extremo de hacerse vulnerable, de entregarse hasta la muerte para darnos vida. Un ser humano que encuentra su plenitud y su felicidad en la apertura al Otro y a los otros, en la donación, el amor, la solidaridad...

Estudiar cómo hicieron teología los dominicos y dominicas del siglo XIV me ayuda a sentirme vinculada y unida a nuestra familia, me ayuda a amar a las hermanas y hermanos dominicos de ayer y de hoy. Aunque también se trata de una historia herida que muestra que nunca ha sido fácil la búsqueda de la verdad. Hay momentos en que la fidelidad a lo intuido o descubierto conlleva la incomprensión, la soledad o el rechazo, como le sucedió a Seuse o al Maestro Eckhart, acusado de herejía en primer lugar por dos dominicos, y a tantas personas a lo largo de la historia.

La contextualización y la historia de la teología me han ayudado a intentar comprender otras líneas teológicas y a intentar escuchar "lo diferente", no absolutizar mi punto de vista. Pero, al mismo tiempo, cierto modo de hacer teología muy dogmatizante me distancia de algunas personas. Sin embargo, creo que a veces los prejuicios y los encasillamientos nos impiden un verdadero encuentro; he experimentado que si se trascienden formulaciones, muchas veces hay más comunión en lo esencial de la que en un primer momento podríamos pensar. Creo que las tres condiciones que propone nuestro hermano Claude Geffré para un verdadero diálogo entre distintas religiones son válidas para todo diálogo: respetar la alteridad del interlocutor en su identidad peculiar, permanecer fiel a la propia identidad y reconocer una cierta igualdad entre interlocutores. Esto quiere decir que aunque uno defienda su propia verdad, recuerda que el otro también tiene un compromiso absoluto con la suya. Cada uno de nosotros necesita sentirse escuchado y reconocido como un tú y, al mismo tiempo, ha de estar abierto al otro.

Lo que más me ha ayudado a amar a mis hermanas y hermanos no ha sido tanto hablar de lo que "sé", o discutir de teología, sino compartir aquello que nos da sentido, nos hace felices, nos "habita" por dentro: la experiencia de fe, las dificultades de la vida, su relectura creyente... Orar juntos, reír y llorar juntos... Quizá entonces se rompen prejuicios, se trascienden heridas y podemos hacer una teología en diálogo.



Retazos de predicación misionera: “Ve y diles a mis hermanos”

Celestina Veloso, O.P.

María de Magdala amó y se sintió amada por su Señor y Maestro. Fiel hasta el final, experimentó la presencia del Resucitado, y tras recibir el “envío” del Señor, se puso en camino convirtiéndose, a partir de entonces, en la “Apóstola de los Apóstoles”. Nos alegramos por pertenecer a esta Orden que la tiene como patrona y también somos enviadas por el Maestro. Pertenece a este grupo de mujeres, discípulas que, fieles a la llamada y al seguimiento, hemos recibido este mismo mandato: “Ve y dile a mis hermanas, a mis hermanos...”

Como Familia Dominicana somos depositarias del Carisma de la Predicación de aquel Hombre Evangélico: Domingo de Guzmán, predicador incansable, evangelizar es nuestra razón de ser. Con San Pablo también decimos: “¡Ay de nosotras si no evangelizamos!” (cf. 1 Cor 9, 16).

Al igual que los otros miembros de la Familia, la predicación, anuncio explícito de la Buena Nueva de Jesús, es también un modo de ser y transmitir la fe, evangelizamos a partir del contexto socio-político, pluricultural y religioso donde estamos presentes. Se trata por lo tanto de ser una presencia que evangeliza, un anuncio que genera esperanza y un modo de vivir que interpela, cuestiona y transforma esa misma realidad. Siendo así, concretamos en acciones diversificadas lo que profesamos con los labios y llevamos en el corazón.

Se me pidió escribir este artículo y compartir mi experiencia como testimonio de predicación, después de conocer algunas comunidades dominicanas y lo hago con gusto pues no puedo callar ante lo que he visto y oído.

En enero de 2010 participé de la XIII Asamblea de CODALC. En aquella Asamblea asumimos un Proyecto de Misión-Dignidad Humana en Haití-Los Cacaos, dada la situación en que quedó el país después del terremoto de aquel año y que, en mi condición de Promotora de Justicia y Paz, seguí de cerca.

A partir de entonces empezó una comunidad intercongregacional y laical para estar atendiendo a aquellos nuestros hermanos, siendo una presencia esperanzada, promoviendo la vida y las personas. Desde octubre de 2010 hasta hoy tres Congregaciones Dominicanas han liberado alguna hermana para estar allí por un tiempo. Dos laicas voluntarias han estado unos meses participando del trabajo de las hermanas. Esta comunidad es un gran testimonio por la opción que se tomó: servir a los más pobres de América Latina según los datos estadísticos.

Muchas comunidades de nuestra Familia están insertas en las periferias y en situaciones de fronteras, muchas hermanas han dado y siguen dando su vida por amor al Reino a través de diferentes mediaciones apostólicas o sencillamente con su presencia, su testimonio y su oración, o colaborando creativamente en Talleres Misioneros.

Otra comunidad que conozco y quiero compartir con vosotras y vosotros es la misión realizada por las Dominicas del Rosario de Monteils; son tres hermanas que hace 18 años viven en Vallejuelo una pequeña ciudad de República Dominicana casi frontera de Haití. Ellas trabajan con pequeños agricultores en el Centro Semilla de Vida. Es de destacar, además de la bonita misión de este Centro, el trabajo de hermanas que, con ochenta años, bien conduciendo una camioneta o bien un tractor, acuden a celebrar la Palabra, suben lomas para hacer el sondeo del agua, acueductos, tanques, abriendo caminos trabajando con los campesinos. Lo que puedo decir es que cada una desde la misión que realiza es presencia de Iglesia y la encarnación del carisma de Domingo. Evangelizar en todo tiempo y lugar.

Yo vivo en Brasil, pertenezco a la Congregación de las Dominicas de la Anunciata y comparto la misión realizada aquí por la delegación.

Las comunidades están en las periferias y la misión realizada por las hermanas desde los inicios fue la evangelización en una Iglesia viva y comprometida, en las comunidades de base y en distintas pastorales, acogiendo y acompañando la Fe en las parroquias, ya sea con los dominicos o con otros religiosos, en centros comunitarios, en la promoción de las mujeres, de los niños y jóvenes. Pero también en la educación como

maestras en escuelas públicas, hasta que empezamos con una escuelita de infantil propia. Hoy la misión se prolonga en otras regiones de Brasil. Hace casi dos años empezamos una nueva misión en Vila Verde (Estado de Acre) en la región Amazónica. Es también una misión de frontera en una realidad de primera evangelización.

Comparto también la bonita misión de mis hermanas y de las Dominicanas Misioneras del Rosario en Lima (Perú). Un mismo carisma con expresiones diferentes. La misión de las Misioneras Dominicanas presentes en una casa de ejercicios, donde por todas partes se respira la presencia de Domingo.

Mis hermanas que también están allí en Lima, viven en Villa Hermosa, un barrio muy pobre. Esta comunidad trabaja en un colegio de "Fe y Alegría" con casi 2000 alumnos. Una hermana de 82 años se dedica a visitar los enfermos en el hospital, escuchándolos, consolando las familias. Con su amor y cercanía aviva la esperanza, arregla los documentos para que sean atendidos, pues vienen de la selva.

En el colegio el muro está pintado con letras bien grandes: Educando en Valores. ¿Ésta no es una buena propuesta y predicación para todos los colegios de Dominicos y Dominicanas? La escuela es un importante areópago para la evangelización. Se espera que de allí salgan hombres y mujeres comprometidos con la realidad, con deseos de transformarla desde los valores del Evangelio. Hombres y mujeres del bien, constructores de paz y de la justicia.

Visitando la comunidad de las Dominicanas Romanas en Belo Horizonte, me pude encontrar con un grupo de hermanas que, mayores y enfermas, son antorchas que iluminan y nos animan con su testimonio de fidelidad. A este grupo pertenece la hna. Geraldina, que aún está amenazada de muerte por su compromiso y lucha por la reforma agraria. A ella y a otros dos hermanos nuestros la presidente de Brasil dirigió estas palabras en la entrega de un premio por la defensa de los Derechos Humanos: "Quiero agradecerlos y decirles cuánto precisa Brasil de vuestro testimonio, ciudadanos valientes, obstinados, protagonistas de la lucha contra la violencia, la injusticia, la desigualdad. La militancia es decisiva para fortalecer cada día el proyecto de desarrollo".

¿Éstas no son palabras que nos incentivan a seguir trabajando y creyendo que otro mundo es posible y necesario? El grito de Montesinos y de la primera comunidad Dominicana en las Américas sigue vivo.

Sabemos que las características de la pobreza son las mismas en todas partes, la falta de agua potable, niños sin escuelas, el hambre, el saneamiento básico, la atención a la salud, el analfabetismo, vivienda digna, en fin, la falta de respeto a los derechos humanos esenciales... Sabemos también que las causas son las mismas: la injusticia, la ganancia, la falta de solidaridad, la ausencia del Reino, la riqueza en manos de unos pocos, políticos no comprometidos con el bien común, la corrupción, en fin, el imperio del mercado y de la globalización, que genera y sostiene esta realidad, explotando y marginando a la gente.

El artículo exige brevedad y, por otra parte, ni conozco ni pretendo ser exhaustiva, pero sé que la vida dominicana, la predicación de las mujeres dominicanas tiene mil rostros y propuestas como lo son las necesidades de la humanidad donde estamos presentes. ¿Dónde están hoy los cumanos?



Allí está Dios

Valeria María Nougués, O.P.

El gran desafío de la vida humana es encontrar sentido, encontrar a Aquél que da sentido pleno a nuestra vida. En esta perspectiva nuestra vocación como predicadoras dominicas, no es otra que dar testimonio de nuestras búsquedas y hallazgos, ensayar caminos de acceso al Misterio de Dios y ser encontradas por Él en nuestros intentos, ser enviadas una y otra vez: “ve y diles a mis hermanos y hermanas.”

En mis treinta años de vivencia del carisma dominicano, Dios me fue llevando por diversas experiencias pastorales, la educación formal e informal, la misión entre los más excluidos de la sociedad en villas miserias, comunidades indígenas y campesinas, chicos de la calle, niños, mujeres, animadores de comunidades cristianas y líderes populares, por mencionar los más significativos que habitan mi corazón. Lo que me urge es anunciar el Misterio de Dios que ha querido habitar entre nosotros y ser parte de nuestra Historia, y siempre soy gratamente sorprendida porque en el compartir con mis hermanas y hermanos soy encontrada por Dios. Entre mis búsquedas la mayor inquietud es descubrir los lenguajes apropiados para hablar con Dios y sobre Dios en cada contexto.

Hace algunos años me di cuenta que el arte se había constituido para mí en un lenguaje en el que se expresaba mi experiencia de Dios, me sentí identificada por la expresión de una gran amiga y la asumí como propia: “soy Arteóloga”. Por aquellos años, CODALC me solicitó que organizara el II Encuentro de artistas de América Latina y el Caribe, que llamamos “*Predicarte*”; en ellos integramos todas las dimensiones de nuestro carisma desde el Arte. Ya son tres los *Predicarte* que he animado, dos continentales y uno regional. En cada *Predicarte* celebro la posibilidad de reconocer a Dios en la Belleza y de anunciarlo desde los diferentes lenguajes del arte; los dones de cada uno de los hermanos y hermanas que participan son una verdadera riqueza de nuestra Orden.

¿Por qué el arte se puede constituir en un modo de predicación? Ha sido la inquietud que me movió a profundizar en mis estudios teológicos y escribir acerca de ello en mi investigación. No se trata de una simple ilustración, un modo agradable de complementar nuestro mensaje. El secreto del arte es que el mensaje se encuentra en la obra misma, no se debe buscar en otro lado, porque el arte auténtico es un movimiento del espíritu humano que se expresa y da testimonio de una totalidad de sentido, nos remite en definitiva a Dios y lo que Dios obra en nosotros.

Tendría muchas cosas por compartir, pero deseo remitirme sólo a dos experiencias que siguen alimentando mi contemplación. Hace tres años cuando me encontraba restaurando el Cristo de nuestra capilla, un niño me preguntó: “¿Qué le estás haciendo a Dios?”, yo respondí un poco perpleja, “*lo estoy restaurando*”, -consciente que me expresaba sólo sobre la imagen-. Durante toda la cuaresma, mientras trabajaba en el Cristo, esta pregunta daba vueltas en mi corazón; ya cerca de la Pascua vino la respuesta: “*el misterio de la redención no se centra en lo que nosotros hagamos a Dios, sino en lo que Dios hace con nosotros en su misericordia: restaura nuestras vidas heridas por nuestro pecado*”.

La pintura de murales colectivos viene siendo una práctica que aprendí junto a Anne Stickel y que en cada *Predicarte* realizamos como testimonio de nuestro Encuentro. En la comunidad educativa de mi colegio, ya hicimos dos murales colectivos. El año pasado mientras pintaba junto a docentes, alumnos y madres de nuestro colegio, los niños iban comentando nuestra obra. Una mañana decidí comenzar el panel dedicado a “Jesús y los niños”; sólo tenía un esbozo de la figura, pero me sentí con el deseo de pintar el rostro antes que nada y era sólo eso lo que había en una gran pared blanca. En la tarde, uno de los más pequeños me dijo radiante mirando el panel: “*Allí está Dios*”; sentí una gran felicidad. Creo que esto es lo que puede provocar el arte, un camino de acceso a Dios que se nos quiere manifestar para que lo reconozcamos en formas y colores que surgen de la intensidad de nuestra vida contemplativa.

En el mes de mayo estaremos pintando en una parroquia de uno de los barrios marginales de Rosario, donde la pobreza y la violencia son un flagelo; deseamos por medio del mural colectivo despertar la inquietud que podemos buscar otros modos de expresarnos y de soñar un mundo en el que la esperanza sea posible trabajando juntos.

Como enunció Kandinsky la misión del artista, es: “*enviar luz a las profundidades del corazón humano*”¹. Y es en esta misión que nos situamos en la Orden cuando predicamos con pinceles y colores; es allí donde somos interpelados por nuestro mundo tan sediento de imagen.

Valeria María Nougués, O.P., pertenece a las Dominicas del Santísimo Nombre de Jesús.

1. - Vasili Kandinsky, *De lo espiritual en el arte. Contribución al análisis de los elementos pictóricos*, Paidós, Buenos Aires 2004, p. 23.



Las dominicas y la predicación

Edvige Tamburini, O.P.

En este año que la Orden se ha dedicado a la reflexión sobre la predicación “a lo femenino” es oportuno preguntarse si verdaderamente nosotras, mujeres dominicas, estamos predicando, cuáles son los ámbitos de nuestro anuncio y cuál es el mensaje que ofrecemos.

Me he planteado personalmente esta pregunta y, con la nostalgia de Domingo, debo reconocer que mi predicación, después de algunos, demasiados, años como superiora general en mi Congregación, no está dirigida hacia los Cumanos, sino hacia el interior de la Orden y de la Iglesia.

Predico, de hecho, a las hermanas de varias Congregaciones, tanto de nuestra Unión como a las novicias del nor-occidente de Italia. Y les transmito aquello que *he visto y oído* y mi mensaje se concentra en tres temas que cada año están a la base de mi reflexión.

Predico ante todo la “**Presencia**”, la *Shekinah*, dirían nuestros hermanos hebreos, porque la percepción del Señor constantemente a mi lado da fuerza y esperanza a mi vida y a mi servicio. Aquello que pasa por mis manos pasa custodiado por el Señor que me lo ha prestado, y estoy segura que lo sostiene con su preocupación, impidiendo que lo destruya por mi fragilidad e incompetencia. El conocimiento de la divina Presencia nos mantiene en el temor y en la confianza, la espera de su ayuda y de su inspiración.

Predico por esto la necesidad de la **escucha**; sobre todo invito a la escucha obediente de la Palabra de Dios en la fidelidad constante al ejercicio del estudio y de la oración de la *Lectio Divina*. En un clima de silencio, al que invito a la comunidad, predico la belleza de la Escritura y la alegría de descubrir el rostro y el “estilo de Dios” para aprender a vivir con su familia.

Pero exhorto también a la escucha de los momentos de la historia en los cuales Dios nos habla. Invito a documentarse para conocer de verdad y para dar un vistazo a los acontecimientos del mundo, y a las circunstancias de nuestra cotidianidad con el optimismo de que *todo coopera al bien de aquellos que aman a Dios*, si bien, con el tesón responsable y la oración de quien sabe vivir en el *ya pero todavía no*.

Predico la **comunión**, como fruto del anuncio evangélico, en constante apertura a la acogida de las hermanas y hermanos nuevos. Invito a entrar en la comunión, no con el cansado voluntarismo, sino con el humilde reconocimiento de la respectiva fragilidad que abren al intercambio y a la gratitud. Predico la comunión que nace de la convergencia hacia el único Señor y se cimenta en la misericordia recibida y dada.

Sólo así, se puede contemplar la belleza de la barca de Domingo en la cual, como dice Santa Catalina, todos están bien, perfectos y no perfectos. Precisamente por esta comunión relanzo a todas mis hermanas Dominicas mis preguntas: nosotras, mujeres dominicas, ¿predicamos verdaderamente? ¿Cuáles son los ámbitos de nuestro anuncio? ¿Cuál es nuestro mensaje?

“El Señor nos transforma en templo de predicación, en casa de oración y de alabanza permanente”.



***“Humanizando las cárceles”:
para ser capaces de ver en cada preso el rostro del Señor***

María Bastera, O.P.

La Buena Noticia del Señor llevada por los/as hermanos/as que buscan para ellos la libertad tan anhelada. Esta Palabra revelada, acogida, meditada es proclamada y transmitida con unas características: está en el corazón de la Pastoral Social; es un servicio a los más pobres; debe ser una manifestación de Dios a los hombres de hoy que están privados de libertad; tiene como base **“la misericordia de Dios”** que siempre está dispuesto a entregarnos el perdón; es como el **“samaritano”** que visita, acoge, ayuda, al que está caído; tiene como centro al caído que **“es imagen de Dios”**; se trabaja por la **“justicia”** para defender siempre la dignidad de la persona; comprometidos con los **“derechos humanos”** según lo plantea el documento de Aparecida.

Lo que se quiere en este trabajo es que los privados de libertad conquisten cuanto antes su **“libertad”** como don que viene de Dios. En este contexto, se nos plantea el desafío humano y social, ¿desde dónde se lleva a cabo esta misión humanizadora y evangelizadora? Y también, ¿quién puede afirmar sin miedo a equivocarse que se encuentra preparado/a para enfrentar tan delicada y sublime misión? La respuesta la encontramos desde nuestro encuentro con Jesucristo; desde Él nada es imposible, menos tratándose de una misión que tiene el soporte de la fe, de la esperanza y sobre todo de la caridad que anida en el corazón de todo bautizado y en la Iglesia.

Cuando empecé mi misión en la cárcel debí cultivar la paciencia y tolerancia pues las peticiones eran siempre las mismas: me falta ropa, no tengo más que lo puesto, útiles de aseo, toalla, avise a mi familia, al abogado... Tampoco puedo olvidar el llanto de muchos de ellos al reconocer sus fallas, sus errores; el canto en las celebraciones litúrgicas, en los talleres bíblicos y el agradecimiento por visitarlos sin indagar su pasado y llevarles regalos para sus hijos en Navidad.

Les comparto, además, que he trabajado toda mi vida en la Pastoral Educativa; ahora de jubilada, me dedico a esta Pastoral Penitenciaria. Siempre tenemos nuevos campos donde aportar y acompañar a los más necesitados. La enseñanza que Jesús dirige a sus discípulos es para que nosotros también despertemos de nuestro letargo y recordemos que el destino de cada una se decide en la actitud que tengamos ante los necesitados.



Ministerio de predicación en Naciones Unidas

Lucienne Siers, O.P.

He estado trabajando como representante de una ONG (Organización No Gubernamental) durante nueve años, actuando como directora de la Asociación para la Justicia Global. Nuestra organización es una red de congregaciones religiosas y grupos laicos interesados en establecer vínculos y una mayor participación en las Naciones Unidas. Trabajar con gente de todo el mundo ha sido una experiencia increíble.

Como ya he trabajado en una serie de cuestiones difíciles, como el VIH/SIDA, el desarrollo social, financiamiento para el desarrollo, erradicación de la pobreza y el desarme, he llegado a ser muy consciente del carisma de la Vida Dominicana como un don que llevo a mi trabajo.

La oportunidad de predicar es una experiencia única en la ONU. No existe una predicación formal de la misma forma en que la hacemos durante la liturgia, pero sí tengo la oportunidad de expresar mis preocupaciones, así como de ver que las voces de personas vulnerables sean escuchadas. Una forma en la cual nuestro ministerio o misión está predicando es que nos debemos asegurar de que lo que se pronuncia es una evaluación honesta de lo que los líderes necesitan saber: es hablarle al poder con la verdad. También debemos asegurarnos de tener todos los datos para respaldar nuestras afirmaciones. Luego, en la medida de lo posible, tenemos que despejar el camino para aquellos que necesitan hablar por sí mismos en lugar de atrevernos a hablar por ellos.

Dar a las personas las herramientas que necesitan para hablar por sí mismas es otra manera por la cual nosotros predicamos. La Asociación para la Justicia Global brinda programas educativos que explican el marco de trabajo de las Naciones Unidas, ilustrando cómo la gente puede acceder a la organización de la ONU para hablar sobre temas que sean importantes para ellos. Nuestros programas son atendidos tanto por religiosos como por laicos que tienen especial interés en aprender sobre el funcionamiento de las Naciones Unidas. Nuestra meta es llevarlos al siguiente nivel, lo que les permitirá encontrar su propia voz en la expresión de sus problemas y preocupaciones, así como para elevar sus voces a los gobiernos y líderes mundiales. Nosotros que tenemos hermanas y hermanos trabajando en poblaciones vulnerables alrededor del mundo, necesitamos hablar, de modo que lo que sabemos pueda ser conocido por quienes ejercen el poder.

Podría parecer intimidante hablar en los salones de las Naciones Unidas, sin embargo, saber que nuestras actividades se basan en el Evangelio, nos brinda la confianza para avanzar. La mayoría del tiempo los políticos del mundo ignoran las voces de aquellos que son tratados injustamente. Cuando tenemos el testimonio de nuestros miembros que han visto la injusticia con sus propios ojos y que están dispuestos a compartirla con nosotros, nuestra tarea es encontrar una manera de exponer las acciones injustas y darlas a conocer a los líderes, ministerios o representantes de los países que estén dispuestos a actuar.

El ministerio o misión en las Naciones Unidas tiene muchos niveles, y no todos necesitan trabajar en Nueva York o en Ginebra para participar de manera activa. Más bien, como predicadores, todos hacemos nuestra parte al dar lugar a un mundo justo, y todos estos diferentes roles son esenciales para conseguir dicha tarea. Algunos de nosotros estudiaremos y enseñaremos para crear conciencia. Otros vivirán como testigos de un sistema de valores que es sencillo y consecuente con nuestra vida consagrada. Podemos fomentar formas alternativas de vivir en contraste con la riqueza que nos rodea. Podemos trabajar para transformar nuestras propias instituciones desde dentro. También podemos participar en acciones organizadas para promover el cambio; todos nos podemos oponer a lo que se dirige en la dirección equivocada. Y de esta forma, continuar explorando y desarrollando nuestra espiritualidad, que abarca a todos los que sufren de tantas maneras.

